

[LIBRO DE LA REGLA PASTORAL.]

PRÓLOGO AL LIBRO DE LA REGLA PASTORAL.

I. Después de haber incluido en el primer tomo los comentarios exegéticos sobre la Sagrada Escritura, en este segundo hemos reunido las restantes obras de indudable fidelidad gregoriana, libres de toda interpolación, cualquiera que sea su género: ya sean apologéticas, en defensa de la carga pastoral rechazada; ya sean históricas, como los Diálogos; ya sean dogmáticas y canónicas, como el Registro de Cartas, en el que se contiene casi todo el derecho canónico. Para comenzar este segundo tomo con el libro apologético de la Regla Pastoral, muchas razones nos persuadieron; especialmente la antigüedad, excelencia y utilidad de la obra.

En primer lugar, el mismo santo Doctor atestigua no de manera oscura, en la carta antes 46, ahora 48, del libro I, que fue escrito antes de los Diálogos y del Registro de Cartas, al inicio de su pontificado.

En segundo lugar, de todas las obras de San Gregorio, ninguna es más excelente, ya sea por el orden y economía de toda la obra, ya sea por la abundancia y peso de las sentencias.

En tercer lugar, no hay nada en ese pequeño libro, verdaderamente áureo, que no aporte la máxima utilidad, no solo a los obispos y otros pastores y rectores de almas, sino también a todos y cada uno de los cristianos, especialmente a aquellos a quienes incumbe el cuidado de gobernar una familia.

II. Por ello, fue ansiosamente buscado y recibido con gran aplauso por todos, tanto griegos como latinos. San Leandro, obispo de Sevilla, lo recibió de su amigo Gregorio, lo besó y lo publicó en todas las Iglesias de España. Mauricio Augusto, habiéndolo obtenido del diácono Anatolio, lo entregó para ser traducido al griego por el obispo Anastasio de Antioquía, y lo publicó; lo cual el santo Doctor, preeminente en humildad no menos que en ciencia, soportó con dificultad. Los ingleses, traído por los primeros predicadores del Evangelio, discípulos de nuestro Gregorio, siempre lo tuvieron en gran estima. Para que no solo aquellos que sabían latín se alimentaran de los frutos de este libro, Alfredo, el sabio rey de los Sajones Occidentales, fundador de la Academia de Oxford, lo tradujo al sajón y, con un prefacio, lo ofreció como un regalo muy apreciado a sus compatriotas; de cuya versión existen ejemplares tanto en la biblioteca de la Santísima Trinidad de Cambridge como en la Cottoniana.

III. Sin embargo, en ningún lugar la estima por esta obra fue más evidente que en nuestras Galias y en las provincias vecinas que entonces obedecían a los francos, como se desprende de innumerables monumentos antiguos, de los cuales mencionaremos algunos aquí.

En el concilio de Maguncia del año 813, después del santo Evangelio, las Epístolas y los Hechos de los Apóstoles y los cánones, se propuso este libro, en el cual los obispos debían investigar de qué manera podían, con sana doctrina y ejemplos de justicia, perfeccionar y conservar el estado de la Iglesia de Dios y el progreso del pueblo cristiano, inquebrantable, con la gracia de Dios, como se lee en el prefacio de este concilio.

En el concilio de Reims II, del mismo año, can. 10: Se leyeron las sentencias del libro Pastoral del beato Gregorio, para que los pastores de la Iglesia entendieran cómo debían vivir ellos mismos y cómo debían amonestar a sus súbditos; porque, según el mismo beato

Gregorio, de manera diferente deben ser amonestados los prelados y de manera diferente los súbditos.

En el concilio de Tours III, celebrado en la misma época, se promulgó, can. 3: Ningún obispo puede ignorar los Cánones o el Libro Pastoral del beato papa Gregorio, si es posible. En ellos, cada uno debe considerarse a sí mismo como en un espejo constantemente.

El primer canon del concilio de Chalon II decreta que los obispos entiendan los cánones y el libro del beato papa Gregorio sobre el cuidado pastoral; y que vivan y prediquen según la forma allí establecida.

Finalmente, en el concilio de Aquisgrán del año 836, cap. 1, sobre la Vida de los obispos, se recomienda el mismo libro en los can. 7, 9 y 10, y en el cap. 2, sobre la doctrina de los obispos, can. 3, 5, 6.

A esto se añade que, según entendemos por Hincmaro, arzobispo de Reims (En el Prefacio del opúsculo 55 Capit.), era costumbre entonces que el obispo que iba a ser ordenado y consagrado recibiera ante el altar, junto con el libro de los sagrados Cánones, la Regla Pastoral del beato Gregorio en su mano, con esta exhortación: que así lo guardara en su vida, enseñanza y juicio, como está descrito allí.

Para que las perfectísimas y más exquisitas reglas de vida propuestas en este libro beneficiaran a más personas entre nuestros galos, una versión francesa del mismo fue publicada recientemente en París por André Pralard en 1694. Si hubiera sido comparada con códices manuscritos en lugar de con ediciones impresas, podría decirse con razón que estaba completa en todos sus aspectos.

IV. El santo Doctor concibió esta obra excelente mucho antes de publicarla. Ciertamente ya la tenía concebida en su mente cuando elaboraba el trigésimo libro de los Morales, como se constatará al comparar los argumentos de las admoniciones de la tercera parte con el capítulo antes 4, ahora núm. 13, del libro mencionado, donde se lee: De manera diferente deben ser amonestados los hombres y de manera diferente las mujeres. De manera diferente los jóvenes y de manera diferente los ancianos, etc. Lo cual concluye así: y ciertamente debimos insinuar sutilmente cuál es el orden de la amonestación para cada uno; pero nos vemos impedidos por el temor a la prolijidad del discurso. Sin embargo, con la ayuda de Dios, el ánimo desea completar esto en otra obra, si aún queda algo de tiempo en esta vida laboriosa.

V. Lo cumplió felizmente en el mismo inicio de su ministerio pontifical, para responder al obispo Juan de Rávena, quien amistosamente se quejaba de que había querido huir de las cargas del cuidado pastoral escondiéndose. Quejas de este tipo son ahora muy raras, pero antes eran frecuentes; casi todos los hombres piadosos llamados al oficio pastoral rechazaban tal carga por su humildad y modestia extremas. Por la misma razón, Gregorio, el otro mucho más anciano, apodado el Teólogo, se vio obligado a responder a sus amigos que le reprochaban, en su Apologético o primera oración en la que expone las razones de su huida para evitar el episcopado (Tom. I); y después de increpar la locura de quienes buscan el episcopado, prosigue con las dificultades del oficio pastoral, tanto en el gobierno de las almas, como en la distribución y predicación de la palabra divina, como en la necesidad de alcanzar la perfección cristiana: Porque es un vicio del prelado no ser el mejor posible. Una obra ciertamente excelente, digna de la cual se juzga que nuestro Gregorio extrajo mucho, especialmente en esta sentencia: El arte de las artes y la ciencia de las ciencias es gobernar al

hombre, que se lee en el Apologético de Gregorio Nacianceno cap. 31, y en el libro de la Regla Pastoral I parte c. 1.

Con el mismo argumento y en una ocasión similar, Juan Crisóstomo escribió seis libros sobre el sacerdocio, a los cuales, entre tantas obras excelentes del santo Doctor, Suidas atribuye con razón el primer lugar, debido tanto a la sublimidad como a la claridad y elegancia del discurso. Pero volvamos ya al libro mismo de la Regla Pastoral; y mostremos lo que hemos hecho al publicarlo.

VI. En la mayoría de las obras elaboradas por el santo Pontífice, la distinción de capítulos y sus argumentos no le pertenecen. Pero tanto la distribución del Libro Pastoral en cuatro partes, como la división de las partes en varios capítulos, y los títulos prefijados a cada capítulo, reconocen a él como autor. Nuestra principal preocupación fue presentar el texto puro de todos los errores y corrupciones, ya sean de los copistas o de los tipógrafos; lo cual, con la ayuda de muchos y ciertamente óptimos manuscritos, confiamos haber logrado en gran parte.

Y ciertamente, incluso en las ediciones más recientes, la obra más hermosa yacía vergonzosamente deformada; de tal manera que a menudo el sentido quedaba en suspenso, o faltaba por completo, o incluso, lo que es peor, se desviaba hacia el error: lo cual vale la pena demostrar con algunos ejemplos, no para buscar la envidia de otros editores, ni para buscar nuestra gratitud, sino para que la necesidad de una edición más corregida resplandezca más y más.

VII. En la tercera parte, capítulo 1, admonición 22, col. 1106, ed. Gussanv., se lee: Para que no, al descuidar dar fruto de buenas obras, se sequen completamente de la vida presente, como por la aridez de la raíz; donde la serie del discurso y los libros manuscritos obligan a leer: como si fueran cortados de la verdor de la raíz. Lo cual se conecta muy bien con lo inmediatamente precedente: Prevean el golpe del hacha cercana; y se refiere sin duda a la reprensión de Juan tomada de Lucas, ya el hacha está puesta a la raíz de los árboles (Luc. III).

Admonición 23, col. 1108, el contexto de Mateo se presenta mutilado de esta manera: ¿Qué pensáis, que he venido a traer paz a la tierra? no, sino espada (Matth. X); cuando en los manuscritos se lee: No penséis que he venido a traer paz a la tierra (o en la tierra); no he venido a traer paz, sino espada.

Admon. 24, col. 1110: De ahí que contra los vasos de aquel condenado, es decir, los predicadores del Anticristo, se dice con voz divina al beato Job. En los manuscritos, sin embargo, se encuentra: de los vasos de aquel condenado, es decir, del Anticristo; y ciertamente según el pensamiento de Gregorio, quien suele llamar al Anticristo vaso del diablo. Véase Morales, lib. XXXII, n. 22.

Admon. 36, col. 1112: Y de manera diferente (deben ser amonestados) quienes hacen el bien, lo ocultan. Se desea el sentido, pero al restaurar la palabra que, y leyendo: quienes el bien que hacen, lo ocultan, se completa.

Cap. 2 de la misma tercera parte, col. 1139, que en nuestra edición es cap. 63: Así deben ser predicados los bienes, para que no se ordenen también los males de lado, donde debe leerse: Para que no se ayuden también los males de lado, como tienen todos los manuscritos. El propósito del santo Doctor se hace evidente por lo que sigue inmediatamente: Así, dice, debe

infundirse la generosidad de dar a los avaros, para que, sin embargo, no se censuren las riendas de la prodigalidad.

Finalmente, c. 4, nuestro 38, col. 1129; Porque al conceder lo leve, sustrae lo más agudo, para que, como no podría levantarse para abandonar todo a la vez, mientras se deja familiarmente en algo suyo, se tolere sin dolor en algo suyo. Si hay algún sentido en estas palabras, suenan algo muy malo, es decir, que el alma debe dejarse en algunos vicios menores para que se tolere en los mayores, y descanse; lo cual está lejos del pensamiento de tan gran Doctor. Así debe leerse según los manuscritos: Porque al conceder lo leve (o lo ligero) sustrae lo más agudo; para que, como no podría levantarse para abandonar todo a la vez, mientras se deja familiarmente en algo suyo (vicio, o, en algún vicio suyo), se tolere sin dolor en algo suyo (vicio); lo cual es claro y sano.

VII. Por lo tanto, con tales y muchos más errores que desfiguran la obra más hermosa, hemos puesto todo nuestro esfuerzo en reunir una gran cantidad de códices antiguos de mejor calidad, a los cuales se comparó el texto, y con cuya ayuda se purgó fácilmente; de los cuales aquí tienes un índice.

1. El Trecense antiquísimo, escrito en letras unciales y mayúsculas, no mucho después de la muerte de San Gregorio, según se puede conjeturar. En este códice se anota elegantemente y con precisión de dónde se extraen los testimonios de la Sagrada Escritura. Si se citan según los LXX intérpretes, se indica. Sin embargo, este preciosísimo libro fue corrompido por algún lector malintencionado, especialmente en los contextos de la Sagrada Escritura. No obstante, no fue difícil alcanzar lo que se leía antes de la corrupción, lo cual seguimos. Este antiquísimo códice nos fue prestado por los reverendos padres del Oratorio del colegio Trecense, con el consentimiento y favor del reverendísimo padre de la Tour, preósito general de la congregación del Oratorio, muy meritorio.

2. El códice Corbiense not. 93 supera los ochocientos años de antigüedad.

3. De la Iglesia de Chartres, de casi la misma antigüedad.

4. De San Pedro de Chartres, de edad apenas inferior.

5. Otro del mismo monasterio de alrededor de quinientos años.

6. De San Pedro de Beauvais. Este códice fue escrito mientras la Iglesia de Beauvais era regida por el obispo Hugo, a mediados del siglo X, o poco después, como podemos deducir de los versos sobre la reciente muerte de este obispo, escritos en la misma mano al final del volumen.

7. De la Iglesia de Laon.

8, 9 y 10. De San Pedro de Jumièges, de los cuales el más antiguo tiene una antigüedad de setecientos años.

11, 12 y 13. De San Audoeno de Ruan. El primero está a poco de los seiscientos años de antigüedad.

14. De la Iglesia primacial de Ruan. Quinientos años.

15. Del monasterio de Santa María de Lyra.

16 y 17. Dos de San Teodorico cerca de Reims, completamente concordantes.

18. Del monasterio de Valle Clara del orden Cisterciense.

19. Del monasterio de Longpont del mismo orden.

20. En el vigésimo lugar se deben mencionar ocho anglicanos, uno de la biblioteca pública de Oxford, otro de la biblioteca del colegio de Merton, los demás del colegio de San Juan Bautista, o de la biblioteca de la Iglesia de Winchester, sobre los cuales consulta a Thomas James en Gregorio restituido.

21. Además, consultamos y utilizamos para los lugares más destacados dos códices de San Germán, que principalmente, mientras se imprimía esta obra excelente, tuvimos ante nuestros ojos.

También utilizamos varias ediciones, especialmente las parisinas, una del año 1518 y otra de 1571. La romana o vaticana, preparada por orden del sumo pontífice Sixto V, y otras casi contemporáneas o más recientes, especialmente la parisina del año 1668, que salió de la oficina de Leonardo, obra de un teólogo parisino, de quien observamos que las diversas lecturas recopiladas con gran cuidado de manuscritos más antiguos coinciden casi en todas partes con las nuestras.

Que Dios haga que, así como Gregorio gobernó toda la Iglesia con tanta caridad, piedad, humildad, mansedumbre y solicitud, leyendo y consultando constantemente este libro, así también aquellos que son puestos al frente de las Iglesias individuales, guiados por los consejos y advertencias del mismo, desempeñen debidamente el oficio pastoral, y así presidan a otros, que beneficien tanto a ellos como a sí mismos.

LIBRO DE LA REGLA PASTORAL DE SAN GREGORIO MAGNO, PONTÍFICE ROMANO, A JUAN, OBISPO DE LA CIUDAD DE RÁVENA. (C,S)

PRIMERA PARTE.

1 Al reverendísimo y santísimo hermano Juan, coobispo, Gregorio.

Reprendes, querido hermano, con benigna y humilde intención, que haya querido huir de las cargas del cuidado pastoral escondiéndome; para que no parezcan leves a algunos, expreso en el estilo de este libro todo lo que pienso sobre su gravedad, para que quien está libre no lo desee imprudentemente; y quien lo deseó imprudentemente, tema haberlo alcanzado. Este libro se distingue por una discusión cuádruple, para que avance hacia el ánimo de su lector con alegaciones ordenadas como con ciertos alimentos. Pues cuando la necesidad de las cosas lo exige, es muy importante considerar cómo llega cada uno al culmen del gobierno; y habiendo llegado a esto debidamente, cómo vive; y viviendo bien, cómo enseña; y enseñando correctamente, con cuánta consideración reconozca diariamente su propia debilidad, para que ni el temor evite el acceso, ni la vida contradiga la llegada; ni la vida carezca de doctrina; ni la doctrina sea ensalzada por la presunción. 2 Por tanto, primero el temor debe moderar el deseo: después, el magisterio que se recibe sin buscarlo, debe ser recomendado por la vida; y luego es necesario que el bien del pastor que se muestra viviendo, también se propague hablando. Finalmente, queda que las obras perfectas sean deprimidas por la consideración de la propia debilidad, para que no las extinga ante los ojos del juicio oculto el tumor de la soberbia. Pero como hay muchos semejantes a mí en impericia, que al no saber medirse a sí

mismos, desean enseñar lo que no han aprendido; que estiman tanto más ligero el peso del magisterio, cuanto más ignoran su magnitud; que sean reprendidos desde el mismo inicio de este libro; para que, como indoctos y precipitados desean alcanzar la cima de la doctrina, sean repelidos en la misma puerta de nuestro discurso por los atrevimientos de su precipitación.

CAPÍTULO PRIMERO. Que los inexpertos no se atrevan a venir al magisterio.

Ningún arte se presume enseñar, a menos que primero se aprenda con meditación atenta. ¿Con qué temeridad, entonces, se asume el magisterio pastoral por los inexpertos, cuando el arte de las artes es el gobierno de las almas? ¿Quién no sabe que las heridas de los pensamientos son más ocultas que las heridas de las entrañas? Y, sin embargo, a menudo quienes no han conocido los preceptos espirituales, no temen profesarse médicos del corazón: mientras que quienes desconocen la eficacia de los ungüentos, se avergüenzan de ser vistos como médicos de la carne. Pero como, por la gracia de Dios, toda la cima del presente siglo se inclina hacia la reverencia de la religión, hay algunos que dentro de la santa Iglesia, bajo la apariencia de gobierno, buscan la gloria del honor; desean ser vistos como doctores, anhelan superar a los demás, y, como atestigua la Verdad, buscan los primeros saludos en el foro, los primeros asientos en las cenas, las primeras sillas en las reuniones (Matth. XXIII, 6, 7); quienes tanto más no pueden administrar dignamente el oficio del cuidado pastoral asumido, cuanto más han llegado al magisterio de la humildad solo por la soberbia. La misma lengua se confunde en el magisterio, cuando se aprende una cosa y se enseña otra. Contra quienes el Señor se queja por medio del profeta, diciendo: Ellos reinaron, y no por mí; se hicieron príncipes, y yo no lo supe (Oseas VIII, 4). Porque reinan por sí mismos, y no por el juicio del supremo Rector, quienes, no apoyados por virtudes, no llamados divinamente, sino encendidos por su propia codicia, arrebatan más bien que alcanzan la cima del gobierno. A quienes, sin embargo, el juez interno tanto eleva como ignora, porque a quienes tolera permitiéndolo, ciertamente los ignora por el juicio de la reprobación. Por eso dice a algunos que vienen a él incluso después de los milagros: Apartaos de mí, obradores de iniquidad, no sé quiénes sois (Lucas XIII, 27). La impericia de los pastores es increpada por la voz de la Verdad, cuando se dice por el Profeta: Los mismos pastores no conocieron la inteligencia (Isaías LVI, 11). A quienes nuevamente el Señor detesta, diciendo: Y los que tienen la ley no me conocieron (Jeremías II, 8). Y la Verdad se queja de no ser conocida por ellos, y protesta que no conoce el principado de los ignorantes, porque ciertamente aquellos que no conocen las cosas del Señor, son desconocidos por el Señor, como atestigua Pablo, quien dice: Si alguno ignora, será ignorado (I Cor. XIV, 38). La impericia de los pastores a menudo corresponde a los méritos de los súbditos, porque aunque no tengan la luz de la ciencia por su culpa, se actúa con juicio estricto para que por su ignorancia también ofendan a los que siguen. De ahí que en el Evangelio la Verdad misma dice: Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo (Matth. XV, 14). De ahí que el salmista no con ánimo de desear, sino con el ministerio de profetizar, denuncia, diciendo: Oscurézcanse sus ojos para que no vean, y encorva siempre su espalda (Salmo LXVIII, 24). Los ojos, en efecto, son aquellos que, colocados en la misma cima del honor, han asumido el oficio de prever el camino: a quienes, sin duda, los que siguen se adhieren; se les llama espaldas. Por lo tanto, con los ojos oscurecidos, la espalda se dobla, porque cuando pierden la luz de la ciencia quienes van delante, ciertamente se curvan para llevar las cargas de los pecados quienes siguen.

CAPÍTULO II. Que no asuman el lugar del gobierno quienes no cumplen viviendo lo que han aprendido meditando.

Y hay algunos que con diligente cuidado examinan los preceptos espirituales, pero lo que penetran al entender, lo pisotean al vivir; de repente enseñan lo que no aprendieron por obra, sino por meditación; y lo que predicán con palabras, lo combaten con sus costumbres. De ahí que cuando el Pastor camina por terrenos abruptos, el rebaño lo sigue hacia el precipicio. Por eso, a través del profeta, el Señor se queja contra el despreciable conocimiento de los Pastores, diciendo: "Cuando bebían el agua más clara, la enturbiaban con sus pies; y mis ovejas, que habían sido pisoteadas por sus pies, se alimentaban; y lo que sus pies habían enturbiado, eso bebían" (Ezequiel XXXIV, 18, 19). Los Pastores beben el agua más clara cuando, comprendiendo correctamente, beben de las fuentes de la verdad. Pero enturbiar esa misma agua con los pies es corromper los estudios de la santa meditación viviendo mal. Las ovejas beben el agua enturbiada por sus pies cuando los súbditos no siguen las palabras que oyen, sino que imitan solo los ejemplos de depravación que ven. Cuando tienen sed de palabras, porque son pervertidos por las obras, es como si tomaran lodo de fuentes corrompidas. De ahí también está escrito por el profeta: "La trampa de la ruina de mi pueblo, los sacerdotes malos" (Oseas V, 1; IX, 8). De ahí nuevamente el Señor dice a través del profeta sobre los sacerdotes: "Se han convertido en un obstáculo de iniquidad para la casa de Israel". Nadie, de hecho, hace más daño en la Iglesia que aquel que, actuando perversamente, tiene el nombre o el orden de santidad. Nadie se atreve a reprender a este delincuente; y el ejemplo de la culpa se extiende vehementemente cuando, por reverencia al orden, se honra al pecador. Sin embargo, los indignos huirían del peso de tanta culpa si consideraran con el oído atento del corazón la sentencia de la verdad, que dice: "Quien escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgaran una piedra de molino al cuello y lo hundieran en lo profundo del mar" (Mateo XVIII, 6). Por la piedra de molino se expresa el ciclo y el trabajo de la vida secular, y por el profundo del mar se designa la condenación extrema. Por tanto, quien ha sido llevado a la apariencia de santidad, destruye a los demás ya sea con la palabra o con el ejemplo; ciertamente habría sido mejor que la muerte lo constreñera a actos terrenales bajo un hábito exterior, que demostrarlo imitable en culpa a los demás en los oficios sagrados, porque si cayera solo, de alguna manera la pena del infierno lo atormentaría más tolerablemente.

CAPÍTULO III. Sobre el peso del gobierno; y que las adversidades deben ser despreciadas, y las prosperidades temidas.

Hemos dicho esto brevemente para mostrar cuán grande es el peso del gobierno, para que nadie se atreva a profanar los sagrados gobiernos si no es apto para ellos, y por el deseo de la cumbre, acepte la guía de la perdición. Por eso, piadosamente Santiago prohíbe, diciendo: "No os hagáis muchos maestros, hermanos míos" (Santiago III, 1). Por eso, el mismo Mediador entre Dios y los hombres evitó recibir el reino en la tierra, quien, trascendiendo también el conocimiento y el sentido de los espíritus celestiales, reina en los cielos desde antes de los siglos. Está escrito: "Jesús, entonces, cuando supo que iban a venir para llevárselo y hacerlo rey, huyó de nuevo al monte él solo" (Juan VI, 15). ¿Quién podría haber gobernado a los hombres sin culpa, como aquel que ciertamente gobernaría a aquellos que él mismo había creado? Pero porque vino en carne para no solo redimirnos por su pasión, sino también para enseñarnos por su vida, dando ejemplo a los que lo siguen, no quiso hacerse rey, pero voluntariamente se dirigió al patíbulo de la cruz; huyó de la gloria ofrecida de la cumbre, buscó el castigo de la muerte vergonzosa; para que sus miembros aprendieran a huir de los favores del mundo, a no temer los terrores, a amar las adversidades por la verdad, a evitar las prosperidades temiéndolas, porque estas a menudo contaminan el corazón con orgullo, y aquellas lo purifican con dolor. En estas el alma se eleva, en aquellas, aunque a veces se eleve, se abate. En estas el hombre se olvida de sí mismo, en aquellas, incluso contra

su voluntad, se ve obligado a recordarse. En estas a menudo se pierden los bienes pasados, en aquellas se borran incluso las faltas de mucho tiempo. Pues a menudo el corazón es oprimido bajo la disciplina de la adversidad: si se eleva al culmen del gobierno, inmediatamente se transforma en orgullo por el uso de la gloria. Así Saúl, que antes considerándose indigno había huido, tan pronto como asumió el gobierno del reino, se enorgulleció (I Samuel X, 22; XV, 17, 30); deseando ser honrado ante el pueblo, al no querer ser reprendido públicamente, rasgó al mismo que lo había ungido en el reino (Hechos XIII, 22). Así David, complaciendo en casi todos sus actos al juicio del autor, tan pronto como careció del peso de la opresión, estalló en el tumor de la herida (II Samuel XI, 3, ss.), y se mostró cruelmente rígido en la muerte del hombre, quien fue débilmente indulgente en el deseo de la mujer; y quien antes sabía perdonar piadosamente a los malos, después aprendió a anhelar sin obstáculo la muerte de los buenos (Ibid., 15). Antes, de hecho, no quiso herir al perseguidor descubierto, y después, con el daño del ejército sudoroso, incluso extinguió al devoto soldado. Ciertamente, la culpa lo habría alejado más del número de los elegidos, si los azotes no lo hubieran devuelto al perdón.

CAPÍTULO IV. Que a menudo la ocupación del gobierno disipa la solidez de la mente.

A menudo, el cuidado del gobierno asumido golpea el corazón por diversas partes, y cualquiera se encuentra incapaz para cada cosa, mientras se divide con una mente confusa en muchas. Por eso, un sabio prohíbe prudentemente, diciendo: "Hijo, no sean muchos tus actos" (Eclesiástico XI, 10), porque evidentemente no se recoge plenamente en la razón de cada obra, mientras la mente se reparte en diversas. Y cuando es llevada afuera por un cuidado insolente, se vacía de la solidez del temor íntimo: se vuelve solícita en la disposición de las cosas exteriores, y solo ignorante de sí misma, sabe pensar en muchas cosas, ignorándose a sí misma. Pues cuando se implica más de lo necesario en las cosas exteriores, como ocupada en el camino, olvida hacia dónde se dirigía; de modo que, ajena al estudio de su propia búsqueda, ni siquiera considera los daños que sufre, e ignora cuán gravemente peca. Pues Ezequías no creyó que pecaba (II Reyes XX, 13), cuando mostró a los extranjeros que venían a él las celdas de los aromas; pero sufrió la ira del juez en la condenación de la descendencia futura, porque pensó que lo hacía libremente (Isaías XXXIX, 4). A menudo, mientras muchas cosas están disponibles, y mientras pueden hacerse, que los súbditos admiran porque se han hecho, el alma se eleva en el pensamiento, y provoca plenamente la ira del juez, aunque no estalle en obras exteriores iniquas. Pues dentro está quien juzga, dentro lo que se juzga. Cuando pecamos en el corazón, lo que hacemos permanece oculto a los hombres, pero pecamos con el mismo juez como testigo. Pues el rey de Babilonia no fue entonces culpable de soberbia (Daniel IV, 16, ss.), cuando llegó a las palabras de soberbia; quien, por boca del profeta, incluso antes, cuando calló sobre la soberbia, escuchó la sentencia de reprobación. Pues ya había borrado la culpa de la soberbia cometida, quien proclamó al Dios omnipotente, a quien encontró que había ofendido, a todas las naciones bajo él. Pero después de esto, elevado por el éxito de su poder, mientras se alegraba de haber hecho grandes cosas, se puso por encima de todos en el pensamiento, y después, aún hinchado, dijo: "¿No es esta la gran Babilonia que yo he edificado para casa del reino, y en la fortaleza de mi poder, y en la gloria de mi majestad?" (Ibid., IV, 27). Esta voz, evidentemente, sufrió abiertamente la venganza de la ira que la soberbia oculta encendió. Pues el juez estricto vio primero invisiblemente lo que después reprendió públicamente al golpear. Por eso lo convirtió en un animal irracional, lo separó de la sociedad humana, lo unió a las bestias del campo con la mente cambiada, para que, con juicio estricto y justo, también perdiera ser hombre, quien se había estimado grande más allá de los hombres. Al decir esto, no reprendemos el poder, sino que protegemos la debilidad del corazón del deseo de este, para que no se atrevan a tomar el culmen del

gobierno quienes son imperfectos, y quienes tambalean estando en lo llano, pongan el pie en el precipicio.

CAPÍTULO V. De aquellos que en el culmen del gobierno pueden beneficiar con el ejemplo de virtudes, pero rehúyen buscando su propia tranquilidad.

Pues hay algunos que reciben dones eminentes de virtudes, y son exaltados con grandes dones para la edificación de los demás, quienes, fuertes en el estudio de la castidad del mundo, robustos en el poder de la abstinencia, llenos de los manjares de la doctrina, humildes en la longanimidad de la paciencia, erguidos en la fortaleza de la autoridad, benignos en la gracia de la piedad, estrictos en la severidad de la justicia. Quienes, si llamados rehúsan aceptar el culmen de los gobiernos, a menudo se privan de los mismos dones que recibieron no solo para sí mismos, sino también para los demás. Y cuando piensan en sus propias ganancias y no en las de los demás, se privan de los bienes que desean tener en privado. Por eso, la Verdad dice a los discípulos: "No puede esconderse una ciudad situada sobre un monte; ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un celemín, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa" (Mateo V, 15). A Pedro le dice: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?" (Juan XV, 16, 17). Quien, cuando respondió inmediatamente que amaba, escuchó: "Si me amas, apacienta mis ovejas". Si, por tanto, el testimonio del amor es el cuidado del pastoreo, cualquiera que, abundando en virtudes, rehúsa apacientar el rebaño de Dios, se demuestra que no ama al pastor supremo. Por eso Pablo dice: "Si Cristo murió por todos, entonces todos murieron. Y si murió por todos, queda que los que viven, ya no vivan para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (II Corintios V, 15). Por eso Moisés dice (Deuteronomio XXV, 5), que el hermano sobreviviente tome por esposa a la mujer del hermano fallecido sin hijos, y engendre hijos en nombre del hermano: si acaso rehúsa tomarla, la mujer le escupirá en la cara, y un pariente le descalzará un pie, y su morada será llamada la casa del descalzado. Aquel hermano fallecido es quien, después de la gloria de la resurrección, apareciendo, dijo: "Id, decid a mis hermanos" (Mateo XXVIII, 10). Quien murió como sin hijos, porque aún no ha completado el número de sus elegidos. Se ordena que el hermano sobreviviente tome a su esposa, porque ciertamente es digno que el cuidado de la santa Iglesia se imponga a quien puede gobernarla bien. A quien, si rehúsa, la santa Iglesia, reprochándole sus bienes, le escupe en la cara. A quien se le quita el calzado de un pie, para que sea llamado la casa del descalzado. Está escrito: "Calzados los pies con la preparación del evangelio de la paz" (Efesios VI, 15). Si, por tanto, llevamos el cuidado de nuestro prójimo como el nuestro, calzamos ambos pies con el calzado. Pero quien, pensando en su propia utilidad, descuida a los prójimos, pierde con deshonra el calzado de un pie. Hay, por tanto, algunos que, como hemos dicho, enriquecidos con grandes dones, mientras arden en los estudios de la contemplación solitaria, rehúsan obedecer a la utilidad de los prójimos en la predicación, aman la tranquilidad del retiro, buscan el aislamiento de la especulación. Si se les juzga estrictamente, sin duda son culpables de tantos como pudieron beneficiar al salir al público. Pues, ¿con qué mente aquel que podría brillar para el beneficio de los prójimos prefiere su propio secreto a la utilidad de los demás, cuando el mismo unigénito del Padre supremo, para beneficiar a muchos, salió al público desde el seno del Padre?

CAPÍTULO VI. Que aquellos que huyen del peso del gobierno por humildad, son verdaderamente humildes cuando no se resisten a los juicios divinos.

Y hay algunos que huyen solo por humildad, para no ser preferidos a aquellos a quienes se consideran inferiores. La humildad de estos, si está rodeada de otras virtudes, es verdadera ante los ojos de Dios cuando no es obstinada para rechazar lo que se les ordena asumir útilmente. Pues no es verdaderamente humilde quien entiende que debe presidir por el juicio

del cielo, y sin embargo desprecia presidir. Pero, sometido a las disposiciones divinas y ajeno al vicio de la obstinación, cuando se le ordena el culmen del gobierno, si ya está prevenido por dones con los que también puede beneficiar a otros, debe huir de corazón y obedecer a regañadientes.

CAPÍTULO VII. Que a veces algunos desean laudablemente el oficio de la predicación, y algunos son llevados a ello laudablemente por coacción.

Aunque a veces algunos desean laudablemente el oficio de la predicación, y algunos son llevados a ello laudablemente por coacción: lo cual conocemos claramente si consideramos los hechos de dos profetas, de los cuales uno se ofreció espontáneamente para ser enviado a predicar, mientras que el otro se negó con temor a ir. Isaías, de hecho, al Señor que preguntaba a quién enviaría, se ofreció voluntariamente, diciendo: "Aquí estoy, envíame" (Isaías VI, 8). Jeremías, sin embargo, es enviado, y sin embargo, humildemente se resiste a ser enviado, diciendo: "¡Ah, ah, ah, Señor Dios, he aquí que no sé hablar, porque soy un niño!" (Jeremías I, 6). De ambos salió exteriormente una voz diferente, pero no emanó de una fuente diferente de amor. Hay dos preceptos de caridad, el amor a Dios y al prójimo. Por tanto, deseando beneficiar a los prójimos a través de la vida activa, Isaías desea el oficio de la predicación; pero deseando adherirse al amor del Creador a través de la vida contemplativa, Jeremías se resiste a ser enviado a predicar. Lo que, por tanto, uno deseó laudablemente, el otro lo temió laudablemente: este para no perder los beneficios de la contemplación silenciosa al hablar, aquel para no sentir los daños de la obra diligente al callar. Pero es sutilmente de observar en ambos que el que se resistió, no se opuso completamente; y el que quiso ser enviado, primero se vio purificado por el altar; para que nadie se atreva a acercarse a los sagrados ministerios sin purificación, ni quien ha sido elegido por la gracia divina, se resista con soberbia bajo la apariencia de humildad. Porque es muy difícil que cualquiera pueda conocer que está purificado, el oficio de la predicación se declina más seguramente; sin embargo, como hemos dicho, no debe declinarse obstinadamente cuando se reconoce la voluntad divina para asumirlo. Lo cual Moisés cumplió admirablemente, quien no quiso y obedeció a presidir a tan gran multitud. Pues tal vez sería soberbio si asumiera sin temor el liderazgo de un pueblo innumerable; y nuevamente sería soberbio si se negara a obedecer al mandato del autor. Por tanto, humilde en ambos aspectos, sujeto en ambos, no quiso presidir a los pueblos midiéndose a sí mismo, y sin embargo, confiando en las fuerzas del que manda, consintió. Por tanto, que los precipitados recojan de aquí con cuánta culpa no temen ser preferidos a los demás por su propio deseo, si los hombres santos temieron asumir el liderazgo del pueblo incluso con el mandato de Dios. Moisés, con el consejo del Señor, tiembla, y cualquier débil anhela recibir el peso del honor; y quien es muy empujado a la caída por sus propios actos, somete gustosamente el hombro para ser oprimido por los pesos ajenos; no puede soportar lo que hace, y aumenta lo que lleva.

CAPÍTULO VIII. De aquellos que desean presidir, y toman el instrumento del sermón apostólico para el uso de su lujuria.

A menudo, quienes desean presidir, toman el instrumento del sermón apostólico para el uso de su lujuria, donde dice: "Si alguno desea el episcopado, buena obra desea" (I Timoteo III, 1); quien, sin embargo, alabando el deseo, lo convierte inmediatamente en temor lo que alabó, cuando de repente añade: "Es necesario, pues, que el obispo sea irreprochable" (Ibid., 2). Y cuando enumera subsecuentemente las virtudes necesarias, manifiesta qué es la irreprochabilidad misma. Y favorece, por tanto, el deseo, y aterra con el precepto, como si dijera abiertamente: Alabo lo que buscáis, pero primero aprended qué buscáis; no sea que, al no medir vosotros mismos, vuestra irreprochabilidad aparezca tanto más fea cuanto más se

apresura a ser vista por todos en la cumbre del honor. Pues el gran artífice del gobierno impulsa con favores, retrae con terrores, para que restrinja a sus oyentes del orgullo con la cumbre descrita de la irreprehensibilidad, y al alabar el oficio que se busca, los componga para la vida. Aunque es de notar que esto se dice en un tiempo en que cualquiera que presidía a los pueblos era llevado primero a los tormentos del martirio. Entonces, por tanto, era loable buscar el episcopado, cuando no era dudoso que cualquiera llegara a mayores suplicios por este. Por eso, el mismo oficio del episcopado se define con la expresión de buena obra, cuando se dice: "Si alguno desea el episcopado, buena obra desea" (I Timoteo III, 1). Por tanto, es testigo de sí mismo que no desea el episcopado quien no busca por este el ministerio de buena obra, sino la gloria del honor. Pues no solo no ama en absoluto el oficio sagrado, sino que lo desconoce, quien, anhelando el culmen del gobierno, se alimenta en la meditación oculta del sometimiento de los demás, se alegra con su propia alabanza, eleva su corazón al honor, exulta con la abundancia de las cosas que fluyen. Por tanto, se busca la ganancia del mundo bajo la apariencia de ese honor por el cual debieron destruirse las ganancias del mundo. Y cuando la mente, al pensar en el culmen de la humildad, se transforma en orgullo, lo que busca externamente, lo cambia internamente.

CAPÍTULO IX. Que la mente de los que desean presidir a menudo se halaga a sí misma con la promesa ficticia de buenas obras.

Pero generalmente, aquellos que desean asumir el magisterio pastoral también se proponen realizar algunas buenas obras; y aunque lo busquen con intención de vanagloria, consideran que realizarán grandes cosas; y sucede que una intención en lo profundo se suprime, mientras que otra se muestra en la superficie del pensamiento del que actúa. Pues a menudo la mente misma se engaña a sí misma, y finge amar la buena obra que no ama, y no amar la gloria mundana que sí ama: la cual, deseando dominar, se vuelve temerosa cuando busca, y audaz cuando ha llegado. Pues al esforzarse, teme no llegar; pero al llegar de repente, considera que lo que ha alcanzado le es debido. Y cuando comienza a disfrutar secularmente del oficio del principado percibido, olvida fácilmente todo lo que pensó religiosamente. Por lo tanto, es necesario que cuando el pensamiento se lleva fuera de uso, el ojo de la mente se vuelva inmediatamente a las obras pasadas; y cada uno considere lo que hizo cuando estaba sujeto, y de repente reconozca si, como prelado, puede hacer las buenas obras que propuso, porque no puede aprender humildad en la cima quien no dejó de ser soberbio en lo bajo. No sabe huir de la alabanza cuando se le ofrece, quien aprendió a anhelarla cuando le faltaba. De ninguna manera puede vencer la avaricia, cuando se tiende al sustento de muchos aquel a quien lo propio no pudo bastar ni para sí solo. Por lo tanto, cada uno se encuentre a sí mismo en la vida pasada, para que la imagen del pensamiento no lo engañe en el deseo de la cima. Aunque a menudo en la ocupación del gobierno se pierde también el uso de la buena obra que se mantenía en la tranquilidad, porque en un mar tranquilo incluso un inexperto dirige bien la nave; pero cuando está agitado por las olas de la tempestad, incluso un marinero experto se confunde. Pues ¿qué es el poder de la cima, sino una tempestad de la mente? En la cual siempre la nave del corazón es sacudida por las tormentas de los pensamientos, y es impulsada incesantemente de aquí para allá, para que por los repentinos excesos de palabra y obra se rompa como por rocas que se encuentran. Entre estas cosas, ¿qué se debe seguir, qué se debe mantener, sino que quien es fuerte en virtudes sea obligado a venir al gobierno, y quien está vacío de virtudes no sea obligado a acercarse? Aquel, si se resiste por completo, debe tener cuidado de no ser juzgado por ocultar el dinero recibido en un pañuelo (Mat. XXV, 18). Pues atar el dinero en un pañuelo es esconder los dones recibidos bajo la ociosidad de una pereza lenta. Pero, por el contrario, este, cuando desea el gobierno, debe tener cuidado de no convertirse en un obstáculo para aquellos que tienden a entrar en el reino, al modo de

los fariseos: quienes, según la voz del Maestro (Mat. XXIII, 13), ni entran ellos mismos, ni permiten que otros entren. También debe considerar que cuando el prelado elegido asume la causa del pueblo, es como un médico que se acerca al enfermo. Si, por lo tanto, las pasiones aún viven en su obra, ¿con qué presunción se apresura a curar al herido, quien lleva una herida en su rostro?

CAPÍTULO X. Cómo debe ser quien viene al gobierno.

Por lo tanto, debe ser atraído de todas las maneras al ejemplo de vida quien ya vive espiritualmente, muriendo a todas las pasiones de la carne, quien ha pospuesto las cosas prósperas del mundo, quien no teme ninguna adversidad, quien solo desea lo interno. Cuya intención bien congruente, ni el cuerpo se opone por debilidad, ni el espíritu se rebela por contumacia. Quien no es llevado a desear lo ajeno, sino que da lo propio. Quien se inclina rápidamente a perdonar por las entrañas de piedad, pero nunca más de lo que conviene, siendo inclinado desde la cima de la rectitud. Quien no comete nada ilícito, sino que deplora lo cometido por otros como si fuera propio. Quien, por el afecto del corazón, se compadece de la debilidad ajena, y así se alegra en los bienes del prójimo como en sus propios progresos. Quien se muestra imitable a los demás en todo lo que hace, de modo que entre ellos no tiene de qué avergonzarse siquiera de lo pasado. Quien se esfuerza por vivir de tal manera que pueda regar con los flujos de la doctrina los corazones áridos de los prójimos. Quien, por el uso y la experiencia de la oración, ya ha aprendido que puede obtener del Señor lo que pide, a quien ya se le dice casi especialmente por los efectos: "Mientras aún hablas, diré: Aquí estoy" (Is. LVIII, 9). Pues si acaso alguien viene para que intercedamos por él ante un hombre poderoso, que está enojado con él, pero que nos es desconocido, respondemos de inmediato: No podemos venir a interceder, porque no tenemos conocimiento de su familiaridad. Si, por lo tanto, el hombre se avergüenza de convertirse en intercesor ante otro hombre de quien no presume, ¿con qué mente toma el lugar de intercesión ante Dios por el pueblo, quien no sabe que es familiar de su gracia por el mérito de su vida? ¿O cómo pide perdón para otros de aquel de quien ignora si está aplacado con él? En lo cual hay aún otra cosa que temer con más cuidado, no sea que quien se cree capaz de aplacar la ira, merezca él mismo por su propia culpa (Dist. 49, inicio, y c. 1). Pues todos sabemos claramente que cuando se envía a interceder a quien desagrada, el ánimo del enojado se provoca a peores cosas. Por lo tanto, quien aún está atado a los deseos terrenales, debe tener cuidado de no encender más gravemente la ira del juez estricto, mientras se deleita en el lugar de la gloria, convirtiéndose en autor de ruina para los súbditos.

CAPÍTULO XI. Cómo no debe ser quien viene al gobierno.

Por lo tanto, cada uno debe medirse con cuidado para no atreverse a asumir el lugar del gobierno, si aún reina en él un vicio condenable, no sea que quien es depravado por su propio crimen, desee convertirse en intercesor por las culpas de otros. Pues por esto se dice con voz suprema a Moisés: "Habla a Aarón: Ningún hombre de tu descendencia por familias que tenga defecto ofrecerá los panes a su Señor Dios, ni se acercará a su ministerio" (Lev. XXI, 17). Donde también se añade de inmediato: "Si es ciego, si es cojo, si tiene la nariz pequeña o grande y torcida, si tiene el pie o la mano rota, si es jorobado, si es bizco, si tiene albugo en el ojo, si tiene sarna continua, si tiene impétigo en el cuerpo, o si es pesado" (Ibid., 18). Pues es ciego quien ignora la luz de la contemplación suprema; quien, oprimido por las tinieblas de la vida presente, no ve amando la luz venidera, no sabe hacia dónde extender los pasos de su obra. Pues por esto se dice proféticamente por Ana: "Guardará los pies de sus santos, y los impíos en las tinieblas enmudecerán" (I Sam. II, 9). En cambio, es cojo quien, aunque ve hacia dónde debe ir, por la debilidad de la mente, no puede mantener perfectamente el

camino de la vida que ve, porque mientras la costumbre inconstante no se eleva al estado de virtud, los pasos de la obra no siguen eficazmente hacia donde se inclina el deseo. Pues por esto Pablo dice: "Levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas, y haced caminos rectos para vuestros pies, para que no se desvíe el cojo, sino que más bien sea sanado" (Heb. XII, 12, 13). Pero tiene la nariz pequeña quien no es idóneo para mantener la medida de la discreción. Pues con la nariz discernimos los olores y los fetores. Por lo tanto, la discreción se expresa correctamente por la nariz, por la cual elegimos las virtudes y reprobamos los delitos. Por eso se dice en alabanza de la esposa: "Tu nariz es como la torre que está en el Líbano" (Cant. VII, 4), porque ciertamente la santa Iglesia, que ve por la discreción de dónde provienen las tentaciones de cada causa, y percibe desde lo alto las guerras venideras de los vicios. Pero hay algunos que, al no querer ser considerados torpes, a menudo se ejercitan en ciertas indagaciones más de lo necesario, y se engañan por una excesiva sutileza. Por eso aquí también se añade: "O con la nariz grande y torcida". Pues la nariz grande y torcida es la sutileza de la discreción desmedida, que al crecer más de lo que conviene, confunde la rectitud de su acción. Pero tiene el pie o la mano rota quien no puede en absoluto caminar por el camino de Dios, y queda completamente vacío de los buenos actos, de modo que no los mantiene siquiera como cojo con debilidad, sino que está completamente ajeno a ellos. En cambio, es jorobado quien es oprimido por el peso de la preocupación terrena, de modo que nunca mira hacia lo alto, sino que se enfoca solo en las cosas que se pisan en lo bajo. Y si alguna vez oye algo bueno de la patria celestial, ciertamente, abrumado por el peso de la costumbre perversa, no levanta el rostro del corazón, porque no puede elevar el estado de la mente, que el uso de la preocupación terrena mantiene curvado. Pues de esta especie dice el salmista: "Estoy encorvado y humillado en todo" (Sal. XXXVIII, 8, según LXX). Cuyo defecto también la Verdad misma reprueba, diciendo: "La semilla que cayó entre espinas, estos son los que oyen la palabra, y yendo son ahogados por las preocupaciones y riquezas y placeres de la vida, y no llevan fruto" (Luc. VIII, 14). Pero es bizco quien, aunque su ingenio brilla para el conocimiento de la verdad, sin embargo, sus obras carnales lo oscurecen. Pues en los ojos bizcos las pupilas están sanas, pero las pestañas se engrosan debilitadas por el flujo de humor; y como son frecuentemente frotadas por la infusión, también la agudeza de las pupilas se daña. Y hay algunos cuyo sentido es herido por la operación de la vida carnal, quienes podían ver rectamente con sutileza por su ingenio, pero se oscurecen por el uso de actos perversos. Por lo tanto, es bizco quien la naturaleza ha agudizado su sentido, pero la perversidad de su conversación lo confunde. A quien bien se le dice por el ángel: "Unta tus ojos con colirio para que veas" (Apoc. III, 18). Pues untamos los ojos con colirio para ver, cuando ayudamos la agudeza de nuestro entendimiento con el medicamento de la buena operación para conocer la claridad de la luz verdadera. Pero tiene albugo en el ojo quien no se permite ver la luz de la verdad, porque es cegado por la arrogancia de la sabiduría o la justicia. Pues la pupila del ojo negra ve, pero tolerando albugo no ve nada, porque ciertamente el sentido de la cogitación humana, si se entiende a sí mismo como necio y pecador, aprehende el conocimiento de la claridad interna. Pero si se atribuye a sí mismo el candor de la justicia o la sabiduría, se excluye de la luz del conocimiento supremo; y no penetra la claridad de la luz verdadera, porque se exalta a sí mismo por la arrogancia; como se dice de algunos: "Diciendo ser sabios, se hicieron necios" (Rom. I, 22). Pero tiene sarna continua quien es dominado sin cesar por la petulancia de la carne. Pues en la sarna el ardor de las entrañas se lleva a la piel, por lo cual se designa correctamente la lujuria, porque si la tentación del corazón salta hasta la operación, ciertamente el ardor interno se desborda hasta la sarna de la piel; y ya hiere el cuerpo afuera, porque mientras no se reprime el placer en la cogitación, también domina en la acción. Pues como si Pablo estuviera limpiando la comezón de la piel, decía: "No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana" (I Cor. X, 13); como si dijera abiertamente: Es humano sufrir tentación en el corazón, pero es demoníaco ser

vencido en la lucha de la tentación y en la operación. También tiene impétigo en el cuerpo quien es devastado por la avaricia en la mente: que si no se contiene en lo pequeño, ciertamente se dilata sin medida. Pues el impétigo ocupa el cuerpo sin dolor, y creciendo sin el tedio del ocupado, desfigura la belleza de los miembros, porque también la avaricia, mientras deleita al alma capturada, la ulcera; mientras presenta a la cogitación cosas que se deben adquirir, enciende a enemistades, y no causa dolor en la herida, porque promete abundancia al alma ardiente por la culpa. Pero se pierde la belleza de los miembros, porque también la hermosura de otras virtudes se deforma por esta; y como si asperjara todo el cuerpo, porque suplanta el alma por todos los vicios, atestiguando Pablo quien dice: "La raíz de todos los males es la codicia" (I Tim. VI, 10). Pero es pesado quien no ejerce la torpeza en la obra, pero sin embargo, se ve gravado en la mente por esta sin moderación continua; quien no es llevado hasta la obra nefaria, pero su alma se deleita con el placer de la lujuria sin ningún estímulo de repugnancia. Pues es un vicio de peso, cuando el humor de las entrañas se desliza hacia los genitales, que ciertamente se hinchan con la molestia de la deshonra. Por lo tanto, es pesado quien, fluyendo con todas las cogitaciones hacia la lascivia, lleva el peso de la torpeza en el corazón; y aunque no ejerza lo malo en la obra, no se arranca de ello en la mente. Ni puede levantarse en lo abierto al uso de la buena obra, porque lo grava en lo oculto el peso torpe. Por lo tanto, quien está sometido a cualquiera de estos vicios, se le prohíbe ofrecer panes al Señor, no sea que no pueda lavar las faltas ajenas quien aún es devastado por las propias. Porque, por lo tanto, hemos mostrado brevemente cómo debe venir dignamente al magisterio pastoral, y cómo debe temerlo indignamente, ahora demostremos cómo debe vivir quien ha llegado dignamente a él.

SEGUNDA PARTE. DE LA VIDA DEL PASTOR.

CAPÍTULO PRIMERO [Al. XII]. Cómo debe mostrarse quien ha llegado ordenadamente al gobierno.

La acción del prelado debe trascender tanto la acción del pueblo, como suele distar la vida del pastor del rebaño. Pues es necesario que estudie medir con cuidado cuánta necesidad de mantener la rectitud lo constriñe, bajo cuya estimación el pueblo es llamado rebaño. Por lo tanto, es necesario que sea puro en pensamiento, preeminente en acción, discreto en silencio, útil en palabra, cercano a cada uno por compasión, elevado sobre todos por contemplación, compañero de los que obran bien por humildad, erguido contra los vicios de los que delinquen por el celo de la justicia, sin disminuir el cuidado de lo interno en la ocupación de lo externo, sin abandonar la providencia de lo externo en la solicitud de lo interno. Pero estas cosas que hemos enumerado brevemente, expliquémoslas un poco más ampliamente.

CAPÍTULO II [Al. XIII]. Que el rector sea puro en pensamiento.

El rector debe ser siempre puro en pensamiento, para que ninguna impureza lo manche, quien ha asumido este oficio, para limpiar también las manchas de la contaminación en los corazones ajenos, porque es necesario que la mano que cuida de lavar las suciedades sea pura: no sea que lo que toca lo manche peor, si persigue lo sucio con una mano sucia. Pues por esto se dice por el profeta: "Purificaos los que lleváis los vasos del Señor" (Is. LII, 11). Pues llevan los vasos del Señor quienes reciben en la fe de su propia conversación las almas de los prójimos para llevarlas a los sagrarios eternos. Por lo tanto, vean cuánto deben purificarse en sí mismos, quienes llevan en el seno de su propia promesa los vasos vivientes al templo de la eternidad. Por esto se ordena con voz divina (Exod. XXVIII, 15), que en el pecho de Aarón se imprima el racional del juicio con cintas ligantes, para que el corazón sacerdotal no sea poseído por pensamientos fluctuantes, sino que solo la razón lo constriña; y

no piense nada indiscreto o inútil, quien, constituido como ejemplo para otros, siempre debe mostrar con la gravedad de su vida cuánta razón lleva en el pecho. En lo cual también se añade vigilante que se describan los nombres de los doce patriarcas. Pues llevar siempre en el pecho a los padres inscritos, es pensar sin interrupción en la vida de los antiguos. Pues entonces el sacerdote camina irreprensiblemente, cuando contempla sin cesar los ejemplos de los padres precedentes, cuando considera sin cesar las huellas de los Santos, y reprime los pensamientos ilícitos, para que no extienda el pie de la obra fuera del límite del orden. Lo cual también se llama bien el racional del juicio, porque el rector debe discernir siempre con un examen sutil los bienes y los males, y estudiar cuidadosamente qué cosas y a quiénes, cuándo y cómo convienen; no buscar nada propio, sino considerar sus propios bienes como los bienes de los prójimos. Por eso está escrito allí: "Pondrás en el racional del juicio la doctrina y la verdad, que estarán en el pecho de Aarón cuando entre delante del Señor, y llevará el juicio de los hijos de Israel en su pecho delante del Señor siempre" (Ibid., 30). Pues llevar el juicio de los hijos de Israel en el pecho delante del Señor es discutir las causas de los súbditos solo por la intención del juez interno, para que nada humano se mezcle en lo que dispensa en lugar de lo divino, no sea que el estudio de la corrección lo exaspere el dolor privado. Y cuando se muestra celoso contra los vicios ajenos, que ejecute lo que es suyo, no sea que la tranquilidad del juicio la manche la envidia oculta, o la perturbe la ira precipitada. Pero mientras se considera el terror de aquel que preside sobre todo, a saber, el juez íntimo, los súbditos deben ser gobernados no sin gran temor. Pues este temor, mientras humilla la mente del rector, la purifica; no sea que la levante la presunción del espíritu, o la manche la delectación de la carne, o la oscurezca la importunidad de la cogitación polvorienta por la codicia de las cosas terrenales: que sin embargo no pueden dejar de golpear el ánimo del rector, pero es necesario apresurarse para que sean vencidas por la repugnancia, no sea que el vicio que tienta por la sugestión, lo someta por la suavidad de la delectación, y cuando se repela tarde del ánimo, lo mate con el filo del consentimiento.

CAPÍTULO III [Al. XIV]. Que el rector sea siempre preeminente en acción.

Sea el rector principal en la acción, para que con su vida muestre el camino de la vida a sus súbditos, y el rebaño que sigue la voz y las costumbres del pastor avance mejor por los ejemplos que por las palabras. Pues quien por la necesidad de su posición está obligado a decir cosas sublimes, por esa misma necesidad está compelido a mostrar cosas sublimes. Porque aquella voz penetra más fácilmente el corazón de los oyentes, que la vida del que habla recomienda, porque lo que ordena hablando, ayuda mostrando para que se haga. Por eso se dice por el profeta: Sube al monte alto, tú que evangelizas a Sion (Isaías 40, 9). Para que quien usa de la predicación celestial, dejando ya las cosas bajas de la tierra, parezca estar en la cumbre de las cosas; y tanto más fácilmente lleve a sus súbditos a cosas mejores, cuanto más clama desde lo alto por el mérito de su vida. Por eso, por la ley divina, el sacerdote recibe en sacrificio el brazo derecho y separado (Éxodo 29, 22), para que no solo su acción sea útil, sino también singular; y no solo haga lo recto entre los malos, sino que también supere a los súbditos que obran bien, así como los supera en honor de orden, también los trascienda en virtud de costumbres. A quien también se le da en el alimento el pecho con el brazo, para que lo que se le manda tomar del sacrificio, aprenda a inmolarlo de sí mismo al autor. Y no solo piense con el pecho lo que es recto, sino que invite a sus espectadores a las armas sublimes de la obra: no desee ninguna prosperidad de la vida presente, no tema ninguna adversidad; desprecie los halagos del mundo con el terror interno, y contemple los terrores con el halago de la dulzura interna. Por eso, por el mandato de la voz suprema (Éxodo 29, 5), el sacerdote es ceñido en ambos hombros con el manto del efod, para que siempre esté protegido contra las adversidades y prosperidades con el ornamento de las

virtudes; para que, según la voz de Pablo (II Corintios 6, 7), avanzando con las armas de la justicia a diestra y siniestra, cuando se esfuerza por lo que es interior, no se desvíe en nada hacia el lado de la baja delectación. Que no lo eleven las prosperidades, que no lo perturben las adversidades, que no lo acaricien los halagos hasta la voluntad, que no lo opriman las asperezas hasta la desesperación; para que, mientras no humilla la intención de su mente con ninguna pasión, muestre cuán cubierto está en ambos hombros con la belleza del efod. Lo cual también se manda hacer correctamente el efod de oro, jacinto, púrpura, carmesí dos veces teñido, y lino torcido (Éxodo 28, 8), para que se demuestre cuán resplandeciente debe ser el sacerdote por la diversidad de virtudes. En el atuendo del sacerdote, sobre todo, brilla el oro, para que en él resplandezca principalmente la inteligencia de la sabiduría. A la cual se añade el jacinto, que resplandece con color aéreo, para que por todo lo que penetra con la inteligencia, no se eleve a los favores bajos, sino al amor de las cosas celestiales; no sea que, al ser capturado incautamente por sus alabanzas, quede vacío incluso del entendimiento de la verdad. Al oro y al jacinto se mezcla la púrpura; para que el corazón sacerdotal, cuando espera las cosas sublimes que predica, reprima en sí mismo las sugerencias de los vicios, y les contradiga como desde un poder real, para que siempre contemple la nobleza de la regeneración interna, y defienda con sus costumbres el hábito del reino celestial. De esta nobleza del espíritu se dice por Pedro: Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real (I Pedro 2, 9). De este poder, porque sometemos los vicios, somos fortalecidos por la voz de Juan, que dice: Pero a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan 1, 12). Esta dignidad de fortaleza considera el salmista, diciendo: Para mí, en cambio, son muy honrados tus amigos, Dios, muy fortalecido es su principado (Salmo 138, 17). Porque, sin duda, la mente de los santos se eleva principalmente a las cosas sublimes, cuando exteriormente se ven sometidos a cosas despreciables. Al oro, al jacinto y a la púrpura se añade el carmesí dos veces teñido, para que ante los ojos del juez interno todas las virtudes sean decoradas con caridad; y todo lo que resplandece ante los hombres, lo encienda en la presencia del juez oculto la llama del amor interno. Esta caridad, porque ama a Dios y al prójimo, resplandece como de un doble tinte. Quien, por tanto, anhela la semejanza del autor, pero descuida el cuidado de los prójimos, o ejecuta el cuidado de los prójimos, pero se enfría en el amor divino, porque descuida cualquiera de estas cosas, no sabe tener en el ornamento del efod el carmesí dos veces teñido. Pero cuando la mente se dirige a los preceptos de la caridad, queda sin duda que por la abstinencia se mortifique la carne. Por eso, al carmesí dos veces teñido se le añade el lino torcido. Pues el lino surge de la tierra con aspecto brillante. ¿Y qué se designa por el lino, sino la castidad corporal resplandeciente en la pureza? Que, al estar torcido, se entrelaza en la belleza del efod; porque entonces la castidad se lleva al candor perfecto de la pureza, cuando por la abstinencia se fatiga la carne. Y cuando entre las demás virtudes también progresa el mérito de la carne afligida, como en la diversa especie del efod resplandece el lino torcido.

CAPÍTULO IV (Al. XV). Que el rector sea discreto en el silencio, útil en la palabra.

Sea el rector (Dist. 43, Sea el rector) discreto en el silencio, útil en la palabra, para que no diga lo que debe callar, ni calle lo que debe decir. Pues así como la locución imprudente lleva al error, así el silencio indiscreto deja en el error a aquellos que podían ser instruidos. Muchas veces, en efecto, los rectores imprudentes, temiendo perder la gracia humana, temen hablar libremente lo correcto; y según la voz de la Verdad (Juan 10, 12), ya no sirven al cuidado del rebaño con el celo de los Pastores, sino en lugar de mercenarios, porque cuando viene el lobo huyen, mientras se esconden en el silencio. Por eso el Señor los reprende por el profeta, diciendo: Perros mudos que no pueden ladrar (Isaías 56, 10). Por eso se queja de nuevo, diciendo: No habéis subido al frente, ni habéis puesto muro por la casa de Israel, para que

estéis en la batalla en el día del Señor (Ezequiel 13, 5). Subir al frente, en efecto, es contradecir con voz libre a los poderes de este mundo para la defensa del rebaño. Y estar en la batalla en el día del Señor, es resistir a los que combaten por amor a la justicia. Temer decir lo correcto al pastor, ¿qué es sino dar la espalda callando? quien, sin duda, si se expone por el rebaño, pone un muro por la casa de Israel contra los enemigos. Por eso se dice de nuevo al pueblo delincuente: Tus profetas vieron para ti cosas falsas y necias, y no descubrieron tu iniquidad; para provocarte al arrepentimiento (Lamentaciones 2, 14). Los profetas, en efecto, en el sagrado elocuente a veces se llaman doctores; que mientras indican que las cosas presentes son fugaces, manifiestan las que están por venir. A quienes el divino discurso reprende por ver cosas falsas, porque mientras temen corregir las culpas, en vano halagan a los delincuentes con la seguridad prometida; que no descubren la iniquidad de los pecadores, porque callan la voz de la reprensión. La llave de la apertura es, en efecto, la palabra de corrección, porque al reprender descubre la culpa, que a menudo no conoce ni siquiera el que la cometió. Por eso Pablo dice: Para que sea capaz de exhortar en la sana doctrina, y de convencer a los que contradicen (Tito 1, 9). Por eso se dice por Malaquías: Los labios del sacerdote guardan la ciencia, y de su boca buscarán la ley, porque es el ángel del Señor de los ejércitos (Malaquías 2, 7). Por eso el Señor amonesta por Isaías, diciendo: Clama, no ceses, alza tu voz como trompeta (Isaías 58, 1). Pues quien accede al sacerdocio asume el oficio de pregonero, para que antes de la venida del juez que sigue terriblemente, él mismo, clamando, avance. El sacerdote, por tanto, si es ignorante de la predicación, ¿qué voz de clamor dará el pregonero mudo? Por eso es que el Espíritu Santo se posó sobre los primeros Pastores en forma de lenguas (Hechos 2, 3); porque, sin duda, a quienes llena, los hace hablar de sí mismos de inmediato. Por eso se manda a Moisés que el sacerdote que entra en el tabernáculo esté rodeado de campanillas (Éxodo 28, 33), para que tenga voces de predicación, no sea que ofenda el juicio del espectador supremo por su silencio. Pues está escrito: Para que se oiga el sonido cuando entra y sale del santuario en la presencia del Señor, y no muera (Éxodo 28, 35). Pues el sacerdote que entra o sale muere, si no se oye de él el sonido, porque exige contra sí la ira del juez oculto, si avanza sin el sonido de la predicación. Pero adecuadamente se describen las campanillas insertas en sus vestiduras. Pues ¿qué debemos entender por las vestiduras del sacerdote sino las obras rectas? Como atestigua el profeta que dice: Tus sacerdotes se vistan de justicia (Salmo 131, 9). Por tanto, las campanillas se adhieren a sus vestiduras, para que el camino de la vida clame con el sonido de la lengua y también con las obras del sacerdote. Pero cuando el rector se prepara para hablar, considere con cuánto estudio de cautela debe hablar, no sea que si se precipita desordenadamente a hablar, hiera con la herida del error los corazones de los oyentes, y cuando tal vez desea parecer sabio, insensatamente corte el vínculo de la unidad. Por eso la Verdad dice: Tened sal en vosotros, y tened paz entre vosotros (Marcos 9, 49). Pues por la sal se designa la sabiduría de la palabra. Quien, por tanto, se esfuerza por hablar sabiamente, tema grandemente no sea que su elocuencia confunda la unidad de los oyentes. Por eso Pablo dice: No penséis más de lo que conviene pensar, sino pensad con sobriedad (Romanos 12, 3). Por eso en la vestidura del sacerdote, según la voz divina, se juntan campanillas con granadas (Éxodo 28, 34). Pues ¿qué se designa por las granadas sino la unidad de la fe? Pues así como en la granada, bajo una sola corteza exterior, se protegen muchos granos interiores; así la unidad de la fe cubre a los innumerables pueblos de la santa Iglesia, a quienes la diversidad de méritos retiene dentro. Para que, por tanto, el rector no se precipite imprudentemente a hablar, esto que ya hemos dicho, la Verdad clama a sus discípulos: Tened sal en vosotros, y tened paz entre vosotros (Marcos 9, 49). Como si figuradamente dijera por el hábito del sacerdote: Unid las granadas a las campanillas, para que en todo lo que digáis, mantengáis con cauta observación la unidad de la fe. También se debe prever con intención solícita a los rectores que no solo de ningún modo digan cosas malas, sino que ni siquiera las rectas se

digán excesiva y desordenadamente; porque a menudo se pierde la virtud de las palabras, cuando en los corazones de los oyentes se debilita por la importunidad imprudente de la locuacidad; y esta misma locuacidad mancha a su autor, que ignora servir a los oyentes para el uso del progreso. Por eso se dice bien por Moisés: El hombre que padece flujo de semen será inmundo (Levítico 15, 2). Pues en la mente de los oyentes, la calidad de la locución oída es la semilla de la futura cogitación, porque mientras por el oído se concibe el discurso, en la mente se genera la cogitación. Por eso también por los sabios de este mundo el predicador egregio es llamado sembrador de palabras (Hechos 17, 18). Pues quien padece flujo de semen, se dice inmundo, porque sometido a la multiloquacidad, se mancha por lo que si lo dijera ordenadamente, podría engendrar en los corazones de los oyentes la prole de la cogitación recta; y mientras imprudentemente se derrama por la locuacidad, no para el uso del género, sino para la inmundicia derrama la semilla. Por eso también Pablo, cuando amonestaba al discípulo sobre la insistencia de la predicación, diciendo: Te encarezco delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a los vivos y a los muertos, por su manifestación y por su reino, predica la palabra, insiste a tiempo y fuera de tiempo (II Timoteo 4, 1); al decir fuera de tiempo, precedió a tiempo, porque sin duda ante la mente del oyente se destruye por su misma vileza, si la importunidad no sabe tener oportunidad.

CAPÍTULO V [Al. XVI]. Que el rector sea cercano a cada uno por la compasión, elevado sobre todos por la contemplación.

Sea el rector cercano a cada uno por la compasión, elevado sobre todos por la contemplación, para que transfiera en sí mismo la debilidad de los demás por las entrañas de la piedad, y por la altura de la especulación se trascienda a sí mismo también deseando las cosas invisibles, no sea que, buscando las cosas altas, desprecie las debilidades de los prójimos, o congruente con las debilidades de los prójimos, abandone buscar las cosas altas (II Corintios 12, 3). Por eso es que Pablo es llevado al paraíso, y examina los secretos del tercer cielo, y sin embargo, suspendido en aquella contemplación de las cosas invisibles, vuelve la mirada de su mente al lecho de los carnales, y en sus secretos dispensa cómo deben comportarse, diciendo: Pero a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido. El marido pague a la mujer el deber conyugal; y de igual manera la mujer al marido (I Corintios 7, 2). Y poco después (Ibid., 5): No os defraudéis el uno al otro, a no ser por mutuo consentimiento por un tiempo, para que os dediquéis a la oración; y volved a juntaros, no sea que os tiende Satanás. He aquí que ya está inmerso en los secretos celestiales, y sin embargo, por las entrañas de la condescendencia, examina el lecho de los carnales; y a quien elevado a las cosas invisibles erige, a ese mismo, compadecido, dirige el ojo del corazón a los secretos de los que enferman. Trasciende el cielo por la contemplación, y sin embargo no abandona el lecho de los carnales por la solicitud, porque unido por el vínculo de la caridad a las cosas sublimes y a las bajas, y en sí mismo por la virtud del espíritu se eleva valientemente a las cosas altas, y por la piedad se debilita equitativamente en los demás. Por eso dice: ¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemó? (II Corintios 11, 29). Por eso dice de nuevo: Me he hecho a los judíos como judío (I Corintios 9, 20). Lo cual, sin duda, exhibía no perdiendo la fe, sino extendiendo la piedad, para que transformando en sí mismo la persona de los infieles, aprendiera de sí mismo cómo debía compadecerse de los demás, para que les impartiera lo que él mismo, si así fuera, rectamente desearía que se le impartiera. Por eso dice de nuevo: Si nos hemos excedido en la mente, es para Dios; si somos sobrios, es para vosotros (II Corintios 5, 13); porque sabía trascenderse a sí mismo contemplando, y moderarse a sí mismo condescendiendo a los oyentes. Por eso Jacob, con el Señor apoyándose desde arriba, y la piedra unguada abajo, vio ángeles que subían y bajaban (Génesis 28, 12); porque, sin duda, los predicadores rectos no

solo buscan contemplando al santo cabeza de la Iglesia, es decir, al Señor, sino que también descienden compadeciéndose a los miembros de él. Por eso Moisés entra y sale frecuentemente del tabernáculo; y quien dentro es arrebatado a la contemplación, fuera es urgido por los negocios de los que enferman. Dentro considera los secretos de Dios, fuera lleva las cargas de los carnales. Quien también en las cosas dudosas siempre recurre al tabernáculo, consulta al Señor ante el arca del testimonio: sin duda, ofreciendo un ejemplo a los rectores, para que cuando duden fuera qué disponer, siempre vuelvan a la mente como al tabernáculo; y como ante el arca del testimonio consulten al Señor, si de lo que dudan busquen dentro de sí mismos las páginas del sagrado elocuente. Por eso la misma Verdad, mostrada por la ascensión de nuestra humanidad, se adhiere a la oración en el monte, ejerce milagros en las ciudades (Lucas 6, 12); sin duda, allanando el camino de la imitación a los buenos rectores; para que, aunque ya busquen las cosas sublimes contemplando, se mezclen compadeciéndose con las necesidades de los que enferman, porque entonces la caridad se eleva maravillosamente a las cosas altas, cuando se atrae misericordiosamente a las cosas bajas de los prójimos; y cuanto más benignamente desciende a las cosas bajas, más valientemente recurre a las cosas altas. Tales, sin embargo, se exhiban los que presiden, a quienes los súbditos no se avergüencen de revelar también sus cosas ocultas; para que cuando los pequeños soportan las olas de las tentaciones, recurran a la mente del Pastor como al seno de la madre; y lo que prevén que se ensucian con las manchas de la culpa que los golpea, lo laven con el consuelo de su exhortación y las lágrimas de su oración. Por eso, ante las puertas del templo, para lavar las manos de los que entran, el mar de bronce, es decir, el lavacro, es llevado por doce bueyes (I Reyes 7, 23, ss.): que, sin duda, sobresalen por la cara exterior, pero por la parte posterior están ocultos. Pues ¿qué se designa por los doce bueyes, sino todo el orden de los pastores? De los cuales, discurriendo Pablo, la ley dice: No pondrás bozal al buey que trilla (I Corintios 9, 9; de Deuteronomio 25, 4). De los cuales, sin duda, vemos las obras abiertas, pero ante el juez estricto no sabemos qué les espera después en la retribución oculta. Que, sin embargo, cuando preparan la paciencia de su condescendencia para lavar las confesiones de los prójimos, como llevan el lavacro ante las puertas del templo; para que quien intente entrar por la puerta de la eternidad, indique sus tentaciones a la mente del pastor, y como en el lavacro de los bueyes lave las manos de su pensamiento o acción. Y sucede a menudo que mientras el ánimo del rector conoce las tentaciones ajenas condescendiendo, también él mismo es golpeado por las tentaciones oídas, porque también esta misma agua por la cual se lava la multitud del pueblo, sin duda se ensucia el lavacro. Pues mientras recibe las manchas de los que se lavan, como pierde la serenidad de su propia pureza. Pero estas cosas no deben temerse en absoluto por el pastor, porque, sutilmente pesando todo Dios, tanto más fácilmente se libra de la suya, cuanto más misericordiosamente se fatiga por la tentación ajena.

CAPÍTULO VI [Al. XVII]. Que el rector sea compañero de los que obran bien por la humildad, erguido contra los vicios de los que delinquen por el celo de la justicia.

Sea el rector un compañero humilde para los que obran bien, y se levante con celo de justicia contra los vicios de los que delinquen; de modo que no se anteponga a los buenos en nada, y cuando la culpa de los perversos lo exija, reconozca de inmediato la potestad de su priorato, de manera que, suprimiendo el honor, se considere igual a los súbditos que viven bien, y no tema ejercer los derechos de la rectitud contra los perversos. Pues, como recuerdo haber dicho en los libros Morales (Lib. XXI, Moral., cap. 10, ahora n. 22), está claro que la naturaleza creó a todos los hombres iguales, pero el orden variable de los méritos hace que unos sean postergados por otros debido a la culpa. Sin embargo, esta diversidad que surge del vicio es administrada por el juicio divino; para que, dado que ningún hombre puede

mantenerse por igual, uno sea gobernado por otro. Por lo tanto, todos los que presiden no deben considerar la potestad del orden en sí mismos, sino la igualdad de la condición; y no deben alegrarse de presidir sobre los hombres, sino de ser útiles. Nuestros antiguos padres no se recuerdan como reyes de los hombres, sino como pastores de ovejas. Y cuando el Señor dijo a Noé y a sus hijos: "Creced y multiplicaos, y llenad la tierra" (Gén. IX, 21), añadió de inmediato: "Y vuestro terror y vuestro miedo estarán sobre todos los animales de la tierra". Este terror y miedo, que se ordena que esté sobre los animales de la tierra, ciertamente se prohíbe que esté sobre los hombres. El hombre, en efecto, está por naturaleza por encima de los animales brutos, pero no por encima de los demás hombres; y por eso se le dice que debe ser temido por los animales y no por los hombres, porque es contra la naturaleza querer ser temido por un igual. Sin embargo, es necesario que los rectores sean temidos por los súbditos cuando descubren que estos no temen a Dios; para que al menos por el temor humano teman pecar, aquellos que no temen los juicios divinos. Pues los superiores no se vuelven soberbios por este temor buscado, en el que no buscan su propia gloria, sino la justicia de los súbditos. En efecto, al exigir temor de los que viven perversamente, es como si no dominaran a hombres, sino a animales, porque, en la medida en que los súbditos son bestiales, deben estar sometidos al temor. Pero a menudo el rector, por el mismo hecho de que está por encima de los demás, se hincha de orgullo en sus pensamientos, y mientras todo está sujeto a su uso, mientras sus órdenes se cumplen rápidamente a su deseo, mientras todos los súbditos alaban lo que se ha hecho bien, y no contradicen con autoridad lo que se ha hecho mal, mientras a menudo alaban incluso lo que debieron reprobado, el alma, seducida por lo que tiene a su disposición, se exalta sobre sí misma; y mientras está rodeada de inmenso favor exterior, se vacía de verdad interiormente, y olvidándose de sí misma, se dispersa en voces ajenas, y se cree tal como se oye desde fuera, no como debería discernirse interiormente. Desprecia a los súbditos, y no reconoce que son iguales a él por el orden de la naturaleza; y a quienes ha superado por la suerte del poder, cree haberlos superado también en méritos de vida. Se estima más sabio que todos aquellos sobre los que ve que tiene más poder. Se coloca en una cierta cumbre en sí mismo, y quien está constreñido por la misma condición natural que los demás, se niega a mirar a los demás como iguales; y así es llevado a la semejanza de aquel de quien está escrito: "Ve todo lo sublime, y él es rey sobre todos los hijos del orgullo" (Job XLI, 25). Quien, deseando una cumbre singular y despreciando la vida social de los ángeles, dijo: "Pondré mi trono en el norte, y seré semejante al Altísimo" (Isaías XIV, 13). Por un juicio admirable, encuentra una fosa de humillación interior, mientras se exalta en la cumbre del poder exterior. Se hace semejante al ángel apóstata, mientras se niega a ser semejante a los hombres. Así, Saúl, después del mérito de la humildad, creció en el tumor del orgullo en la cumbre del poder: fue elevado por la humildad, fue reprobado por el orgullo, como atestigua el Señor, quien dijo: "¿No eras pequeño a tus propios ojos, y te hice cabeza de las tribus de Israel?" (I Sam. XV, 17). Se había visto pequeño a sus propios ojos, pero sostenido por el poder temporal, ya no se veía pequeño. Comparándose con los demás, porque podía más que todos, se estimaba grande sobre todos. De manera admirable, cuando era pequeño a sus propios ojos, era grande ante Dios; pero cuando apareció grande a sus propios ojos, fue pequeño ante Dios. A menudo, por lo tanto, mientras el alma se infla por la abundancia de los súbditos, se corrompe en el flujo del orgullo, seducida por la cumbre del poder. Quien bien gobierna este poder, sabe tanto cómo mantenerlo como cómo combatirlo. Lo gobierna bien quien sabe elevarse sobre las culpas con él, y sabe componerse en igualdad con los demás. La mente humana a menudo se exalta, incluso cuando no está sostenida por ningún poder; cuánto más se eleva cuando también se le añade poder. Sin embargo, quien administra correctamente este poder, sabe tomar de él lo que ayuda, y combatir lo que tienta, y verse igual a los demás con él, y sin embargo, anteponerse a los pecadores con celo de venganza.

Pero reconocemos más plenamente esta discreción si consideramos los ejemplos del primer Pastor. Pedro, teniendo el principado de la santa Iglesia por mandato de Dios, se negó a ser venerado excesivamente por Cornelio, quien actuaba bien y se postraba humildemente ante él, reconociéndose a sí mismo como igual, diciendo: "Levántate, no lo hagas, yo también soy hombre" (Hechos X, 26). Pero cuando encontró la culpa de Ananías y Safira (Hechos V, 5), mostró de inmediato cuánta potencia había crecido sobre los demás. Con su palabra, golpeó la vida de ellos, que había descubierto con el espíritu escrutador: y se recordó a sí mismo como el más alto en la Iglesia contra los pecados, lo que no reconoció con el honor vehementemente impuesto ante los hermanos que actuaban bien. Allí, la comunión de la igualdad mereció la santidad de la acción, aquí, el celo de la venganza reveló el derecho del poder. Pablo no sabía que era superior a los hermanos que actuaban bien, cuando decía: "No porque dominemos sobre vuestra fe, sino que somos colaboradores de vuestro gozo" (II Cor. I, 23). Y de inmediato añadió: "Porque por la fe estáis firmes". Como si explicara lo que había dicho, diciendo: Por eso no dominamos sobre vuestra fe, porque estáis firmes en la fe; somos iguales a vosotros en lo que sabemos que estáis firmes. Casi no sabía que era superior a los hermanos, cuando decía: "Nos hicimos pequeños entre vosotros" (I Tes. II, 7). Y de nuevo: "Nosotros, vuestros siervos por Cristo" (II Cor. IV, 5). Pero cuando encontró la culpa que debía corregirse, de inmediato se recordó a sí mismo como maestro, diciendo: "¿Qué queréis? ¿Que vaya a vosotros con vara?" (I Cor. IV, 21).

Por lo tanto, el lugar supremo se gobierna bien cuando quien preside, domina más sobre los vicios que sobre los hermanos. Pero cuando los superiores corrigen a los súbditos que delinquen, es necesario que atiendan cuidadosamente, para que, por el deber de la disciplina, golpeen las culpas con el derecho del poder, pero por la custodia de la humildad, se reconozcan iguales a los mismos hermanos que son corregidos: aunque a menudo también es digno que prefiramos en pensamiento silencioso a aquellos mismos que corregimos. Pues sus vicios son golpeados por nosotros con el vigor de la disciplina, pero en lo que nosotros mismos cometemos, ni siquiera somos lacerados por la invectiva de la palabra de nadie. Por lo tanto, somos más obligados ante el Señor, cuanto más pecamos impunemente ante los hombres. Nuestra disciplina hace a los súbditos más libres ante el juicio divino, cuanto más aquí no abandona sus culpas sin venganza. Por lo tanto, se debe mantener tanto la humildad en el corazón como la disciplina en la obra. Y entre estas cosas, se debe observar con diligente atención, para que no se relajen las leyes del gobierno mientras se custodia excesivamente la virtud de la humildad; y para que, mientras el superior se humilla más de lo que conviene, no pueda restringir la vida de los súbditos bajo el vínculo de la disciplina. Por lo tanto, los rectores deben mantener exteriormente lo que asumen para la utilidad de los demás; y conservar interiormente lo que temen de su propia estimación. Sin embargo, con algunos signos que surgen decentemente, los súbditos deben percibir que son humildes, para que vean en su autoridad lo que deben temer, y reconozcan en su humildad lo que deben imitar. Por lo tanto, quienes presiden deben esforzarse sin cesar, para que cuanto más grande se vea su poder exteriormente, tanto más se humille interiormente, para que no venza su pensamiento, no arrastre su ánimo a la delectación de sí mismo, no ya bajo sí mismo, no pueda gobernar la mente que se somete al deseo de dominar. Para que el ánimo del presidente no sea arrastrado a la elevación por la delectación de su poder, sabiamente se dice por un sabio: "Te han constituido líder, no te exaltes, sino sé entre ellos como uno de ellos" (Ecl. XXXII, 1). De aquí también Pedro dice: "No dominando sobre el clero, sino siendo ejemplo del rebaño" (I Pedro V, 3). De aquí, la Verdad misma, provocándonos a los méritos más altos de las virtudes, dice: "Sabéis que los príncipes de las naciones dominan sobre ellas, y los que son mayores ejercen poder sobre ellas. No será así entre vosotros, sino que quien quiera hacerse grande entre vosotros, sea vuestro servidor; y quien quiera ser el primero entre

vosotros, será vuestro siervo: como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir" (Mateo XX, 25 y ss.). De aquí que se indique lo que espera al siervo elevado por el gobierno asumido, diciendo: "Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir, y comenzare a golpear a sus consiervos, y a comer y beber con los borrachos; vendrá el señor de aquel siervo en el día que no espera, y a la hora que no sabe, y lo cortará en dos, y pondrá su parte con los hipócritas" (Mateo XXIV, 48 y ss.). Con razón se le asigna entre los hipócritas, quien por la simulación de la disciplina convierte el ministerio del gobierno en uso de dominación; y sin embargo, a veces se peca más gravemente si entre los perversos se guarda más la igualdad que la disciplina. Porque, vencido por una falsa piedad, Elí no quiso golpear a sus hijos delincuentes, y ante el juez estricto se golpeó a sí mismo con cruel condena junto con sus hijos (I Sam. IV, 17, 18). De aquí que se le diga con voz divina: "Honraste a tus hijos más que a mí" (Ibid., II, 29). De aquí que increpe a los pastores por el profeta, diciendo: "No vendasteis lo que estaba quebrado, ni volvisteis lo que estaba desechado" (Ezequiel XXXIV, 4). Pues el desechado es devuelto cuando alguien caído en culpa es llamado de nuevo al estado de justicia por el vigor de la solicitud pastoral. La fractura es vendada cuando la culpa es reprimida por la disciplina, para que la herida no fluya hasta la muerte, si la severidad de la restricción no la coarta.

Pero a menudo se rompe peor cuando la fractura se vendaje imprudentemente, de modo que siente más gravemente la herida si las ligaduras la constriñen excesivamente. Por lo tanto, es necesario que cuando se restringe la herida del pecado corrigiendo a los súbditos, también la misma restricción se modere con gran solicitud, para que ejerza los derechos de la disciplina contra los delincuentes, sin perder las entrañas de la piedad. Se debe cuidar que el rector se muestre a los súbditos tanto como madre por la piedad, como padre por la disciplina. Y entre estas cosas, se debe prever con cuidadosa circunspección, para que ni la disciplina sea rígida, ni la piedad sea remisa. Pues como ya dijimos en los libros Morales (Lib. XX Moral., n. 14, c. 8, y epíst. 25, lib. I), la disciplina o la misericordia se debilitan mucho si una se mantiene sin la otra. Pero en los rectores debe haber tanto una misericordia que consulte justamente, como una disciplina que castigue piadosamente. De aquí que, enseñando la Verdad (Lucas X, 34), por el cuidado del samaritano, el medio muerto es llevado a la posada, y se le aplican vino y aceite a sus heridas, para que por el vino se muerdan las heridas, y por el aceite se alivien. Es necesario que quien está a cargo de sanar las heridas, aplique el mordisco del dolor con el vino, y la suavidad de la piedad con el aceite, para que por el vino se limpien las partes podridas, y por el aceite se alivien las que deben sanar. Por lo tanto, se debe mezclar la suavidad con la severidad; se debe hacer una cierta mezcla de ambos, para que los súbditos no sean ulcerados por mucha aspereza, ni se relajen por demasiada benignidad. Lo que bien significa aquella arca del tabernáculo según la voz de Pablo (Hebr. IX, 4), en la que junto con las tablas está la vara y el maná; porque con la ciencia de la Sagrada Escritura en el pecho del buen rector, si hay vara de restricción, también haya maná de dulzura. De aquí que David diga: "Tu vara y tu cayado me consuelan" (Salmo XXII, 4). Por la vara somos golpeados, por el cayado somos sostenidos. Si, por lo tanto, hay restricción de la vara que golpee, también haya consolación del cayado que sostenga. Sea, por lo tanto, amor, pero no debilitante; sea vigor, pero no exasperante; sea celo, pero no excesivamente cruel; sea piedad, pero no más indulgente de lo que conviene; para que, mientras en la cumbre del gobierno se mezclan justicia y clemencia, quien preside acaricie los corazones de los súbditos con temor y, sin embargo, los constriña a la reverencia del temor acariciando.

CAPÍTULO VII [Al. XVIII]. Que el rector no disminuya el cuidado de lo interior por la ocupación de lo exterior, ni abandone la providencia de lo exterior por la solicitud de lo interior.

Que el rector no disminuya el cuidado de lo interior por la ocupación de lo exterior, ni abandone la providencia de lo exterior por la solicitud de lo interior; para que no, dedicado a lo exterior, caiga de lo interior, ni, ocupado solo en lo interior, no imparta a los prójimos lo que debe exteriormente. Pues a menudo algunos, como si olvidaran que han sido puestos sobre las almas de los hermanos, sirven con todo el esfuerzo del corazón a las preocupaciones seculares: cuando están presentes, se alegran de ocuparse de ellas; incluso cuando están ausentes, suspiran día y noche con los afanes de la turbada mente. Y cuando están en reposo, quizás por falta de oportunidad, se fatigan peor con su propio reposo. Consideran un placer si son oprimidos por las acciones, consideran un trabajo si no trabajan en los negocios terrenales. Y así sucede que, mientras se alegran de ser urgidos por los tumultos mundanos, ignoran las cosas internas que debieron enseñar a otros. Por lo tanto, la vida de los súbditos también languidece, porque cuando desea progresar espiritualmente, tropieza como en un obstáculo del camino en el ejemplo de aquel que le ha sido puesto por superior. Pues cuando la cabeza languidece, los miembros en vano vigorizan, y en la exploración de los enemigos, el ejército sigue en vano rápidamente si el mismo líder se desvía del camino. Ninguna exhortación levanta las mentes de los súbditos, y ninguna reprensión castiga sus culpas; porque mientras el pastor de las almas se ocupa en el oficio terrenal del juez, carece del cuidado del pastor del rebaño; y los súbditos no pueden aprehender la luz de la verdad, porque mientras el sentido del pastor está ocupado en los estudios terrenales, el polvo ciega los ojos de la Iglesia impulsado por el viento de la tentación. Por lo cual, correctamente, el Redentor del género humano, cuando nos restringía de la voracidad del vientre, diciendo: "Mirad por vosotros mismos, que no se carguen vuestros corazones con glotonería y embriaguez" (Lucas XXI, 34), añadió de inmediato: "Ni con las preocupaciones de esta vida". Y añadiendo de inmediato el temor: "No sea que, dijo, venga sobre vosotros aquel día de repente" (Ibid.). También anuncia la calidad de su venida, diciendo: "Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra" (Ibid., 35). De aquí que diga de nuevo: "Nadie puede servir a dos señores" (Lucas XVI, 13). De aquí que Pablo suspenda las mentes de los religiosos del consorcio del mundo, advirtiendo y más bien exhortando, diciendo: "Nadie que milita para Dios se enreda en los negocios seculares, para agradar a aquel a quien se ha probado" (II Tim. II, 4). De aquí que a los rectores de la Iglesia les ordene tanto los estudios de vacación como los remedios de consulta, diciendo: "Si, pues, tenéis juicios seculares, poned a los que son despreciables en la Iglesia para juzgar" (I Cor. VI, 14); para que ellos sirvan a las dispensaciones terrenales, a quienes no adornan los dones espirituales. Como si dijera más claramente: Porque no pueden penetrar en lo íntimo, al menos que operen lo necesario exteriormente. De aquí que Moisés, quien habla con Dios (Éxodo XVIII, 17, 18), sea juzgado por la reprensión de Jetró, el extranjero, por servir con trabajo insensato a los negocios terrenales del pueblo: a quien también se le da consejo de inmediato, para que constituya a otros para dirimir las disputas por él, y él mismo, más libremente, conozca los arcanos espirituales para instruir al pueblo.

A los súbditos, por tanto, les corresponde llevar a cabo las tareas inferiores, mientras que a los gobernantes les toca pensar en las cosas más elevadas; de modo que el ojo, que se adelanta para prever los pasos, no sea oscurecido por el polvo del cuidado. Pues todos los que gobiernan son la cabeza de los súbditos; y para que los pies puedan recorrer caminos rectos, sin duda la cabeza debe prever desde lo alto, para que los pies no se entorpezcan en el camino de su progreso, cuando la rectitud del cuerpo se inclina hacia la tierra. ¿Con qué mente, entonces, el pastor de almas usa el honor pastoral entre los demás, si se involucra en los asuntos terrenales que debería reprobar en otros? El Señor amenaza con justa ira a través del profeta, diciendo: "Y será como el pueblo, así el sacerdote" (Oseas IV, 9). El sacerdote es

como el pueblo cuando quien ejerce un oficio espiritual hace lo mismo que aquellos que aún son juzgados por sus deseos carnales. Jeremías, el profeta, viendo esto con gran dolor de caridad, lamenta como si fuera la destrucción del templo, diciendo: "¿Cómo se ha oscurecido el oro, se ha cambiado el color más excelente, se han dispersado las piedras del santuario en la cabeza de todas las calles?" (Lamentaciones IV, 1). ¿Qué es el oro, que supera a los demás metales, sino la excelencia de la santidad? ¿Qué expresa el color más excelente, sino la reverencia de la religión, amable para todos? ¿Qué significan las piedras del santuario, sino las personas de los órdenes sagrados? ¿Qué figura el nombre de las calles, sino la amplitud de la vida presente? Porque en el lenguaje griego, *πλάτος* significa amplitud, y de ahí proviene el nombre de las calles. La Verdad misma dice: "Ancho y espacioso es el camino que lleva a la perdición" (Mateo VII, 13). Por lo tanto, el oro se oscurece cuando la vida de santidad se contamina con actos terrenales. El color más excelente se cambia cuando la estimación pasada de aquellos que se creía vivían religiosamente disminuye. Pues cuando alguien, después del hábito de santidad, se involucra en actos terrenales, como si cambiara de color, su reverencia se desvanece ante los ojos humanos. Las piedras del santuario también se dispersan en las calles cuando aquellos que deberían dedicarse a los misterios internos como ornamento de la Iglesia, buscan los caminos amplios de las causas seculares. Las piedras del santuario se hacían para aparecer en el vestuario del sumo sacerdote dentro del santo de los santos. Pero cuando los ministros de la religión no exigen de los súbditos el honor de su Redentor por el mérito de la vida, las piedras del santuario no están en el ornamento del pontífice. Estas piedras del santuario yacen dispersas por las calles cuando las personas de los órdenes sagrados, entregadas a la amplitud de sus placeres, se aferran a los negocios terrenales. Y es de notar que no dice que están dispersas en las calles, sino en la cabeza de las calles; porque incluso cuando actúan en lo terrenal, desean parecer elevados, para que mantengan los caminos amplios por el placer de la delectación, y sin embargo estén en la cabeza de las calles por el honor de la santidad.

Nada impide tampoco que entendamos por piedras del santuario a aquellas mismas con las que se construía el santuario: que yacen dispersas en la cabeza de las calles cuando los hombres de los órdenes sagrados sirven a los actos terrenales por deseo, de cuyo oficio antes parecía depender la gloria de la santidad. Los negocios seculares, por tanto, a veces deben ser tolerados por compasión, pero nunca buscados por amor; no sea que, al agobiar la mente del amante, la hundan con su peso en lo bajo desde lo celestial. Por el contrario, algunos asumen el cuidado del rebaño, pero desean dedicarse a lo espiritual de tal manera que no se ocupen en absoluto de los asuntos exteriores. Estos, al descuidar por completo el cuidado de lo corporal, no atienden las necesidades de los súbditos. Su predicación, por tanto, a menudo es despreciada; porque mientras reprenden las acciones de los delincuentes, pero no les proporcionan las necesidades de la vida presente, no son escuchados con agrado. La palabra de la doctrina no penetra en la mente del necesitado si la mano de la misericordia no la recomienda a su ánimo. La semilla de la palabra germina fácilmente cuando la piedad del predicador la riega en el corazón del oyente. Por lo tanto, es necesario que el rector, para poder infundir lo interior, también prevea lo exterior con pensamiento inocuo. Así, los pastores deben fervorizarse en los estudios interiores de sus súbditos, de modo que no descuiden en ellos la providencia de la vida exterior. Pues, como hemos dicho, el ánimo del rebaño se quiebra con razón al recibir la predicación si el pastor descuida el cuidado del sustento exterior. Por eso, el primer pastor advierte con diligencia, diciendo: "A los ancianos que están entre vosotros, les ruego, siendo también anciano y testigo de los sufrimientos de Cristo, que también soy partícipe de la gloria que ha de ser revelada, apacentad el rebaño de Dios que está entre vosotros" (I Pedro V, 1). Reveló que aconsejaba la alimentación del corazón o del cuerpo, cuando añadió: "Cuidando de él, no por fuerza, sino voluntariamente

según Dios, no por ganancia deshonesta, sino de buena voluntad". Con estas palabras, se advierte piadosamente a los pastores que, mientras satisfacen la necesidad de los súbditos, no se maten a sí mismos con el filo de la ambición, no sea que, mientras los prójimos son alimentados por ellos con los subsidios de la carne, ellos mismos queden ayunos del pan de la justicia. Pablo despierta esta solicitud de los pastores, diciendo: "Si alguno no tiene cuidado de los suyos, y mayormente de los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un infiel" (I Timoteo V, 8). Entre estas cosas, por tanto, siempre se debe temer y observar con vigilancia, no sea que, mientras se ocupan del cuidado exterior, se hundan en la intención interna. Pues, como hemos dicho, a menudo los corazones de los rectores, mientras sirven descuidadamente a la preocupación temporal, se enfrían en el amor íntimo; y, dispersos hacia afuera, no temen olvidar que han asumido el gobierno de las almas. Por lo tanto, la preocupación que se dedica exteriormente a los súbditos debe mantenerse bajo una medida cierta. Por eso, se dice bien a Ezequiel: "Los sacerdotes no se raparán la cabeza, ni dejarán crecer su cabello, sino que lo recortarán" (Ezequiel XLIV, 20). Los sacerdotes, en efecto, son llamados con razón, porque presiden para ofrecer una guía sagrada a los fieles. Los cabellos en la cabeza son pensamientos exteriores en la mente: que, mientras surgen insensiblemente sobre el cerebro, designan las preocupaciones de la vida presente; que, por negligencia del sentido, a veces surgen inoportunamente, como si procedieran sin que lo sintamos. Por lo tanto, todos los que presiden deben tener preocupaciones exteriores, pero no deben dedicarse a ellas con vehemencia; por eso, los sacerdotes son correctamente prohibidos de raparse la cabeza y de dejar crecer su cabello; para que no amputen completamente de sí mismos las preocupaciones de la carne sobre la vida de los súbditos, ni tampoco las dejen crecer demasiado. Y se dice bien: "Recortando recorten sus cabezas" (Ibid.); para que las preocupaciones de la solicitud temporal surjan tanto como sea necesario, y sin embargo se recorten rápidamente, para que no crezcan desmesuradamente. Así, mientras la vida del cuerpo se protege mediante la providencia exterior administrada, y nuevamente no se impide mediante la intención moderada del corazón, los cabellos en la cabeza del sacerdote se conservan para cubrir la piel, y se recortan para que no cierren los ojos.

CAPÍTULO VIII. [Al. XIX.] Que el rector no debe desear agradar a los hombres por su propio interés, pero debe atender a lo que debe agradar.

Entre estas cosas, también es necesario que el rector vigile diligentemente, no sea que el deseo de agradar a los hombres lo impulse; no sea que, mientras penetra cuidadosamente en lo interior, mientras provee prudentemente lo exterior, busque ser más amado por los súbditos que la verdad; no sea que, mientras, apoyado en buenas acciones, parece estar alejado del mundo, su amor lo haga ajeno a su Autor. Pues es enemigo del Redentor quien, a través de las obras rectas que realiza, desea ser amado en su lugar por la Iglesia, porque es culpable de pensamiento adulterino si desea agradar a los ojos de la esposa, a través de quien el esposo envió dones. Este amor propio, cuando toma la mente del rector, a veces lo lleva desordenadamente a la blandura, a veces a la aspereza. Pues la mente del rector se convierte en blandura por su propio amor; porque cuando ve a los súbditos pecadores, no se atreve a reprenderlos, no sea que su amor hacia él se enfríe; a veces, incluso, acaricia con adulaciones los errores de los súbditos que debería haber increpado. Por eso, se dice bien a través del profeta: "¡Ay de aquellos que cosen almohadillas bajo cada codo de la mano, y hacen cojines bajo la cabeza de toda edad para atrapar almas!" (Ezequiel XIII, 18). Poner almohadillas bajo cada codo de la mano es consolar con adulación blanda a las almas que caen de su rectitud y se reclinan en la delectación de este mundo. Pues el codo es sostenido por una almohadilla, o la cabeza por cojines, cuando se sustrae la dureza de la corrección al pecador, y se le aplica la blandura del favor, para que repose suavemente en el error, al que ninguna aspereza de

contradicción golpea. Pero estos rectores, que se aman a sí mismos, sin duda ofrecen esto a aquellos de quienes temen que puedan ser perjudicados en su búsqueda de gloria temporal. Pues a aquellos que ven que no pueden hacerles daño, los oprimen siempre con la aspereza de una rígida invectiva, nunca los amonestan con clemencia, sino que, olvidando la mansedumbre pastoral, los aterrorizan con el derecho de dominio. A quienes la voz divina reprende correctamente a través del profeta, diciendo: "Pero vosotros gobernabais con dureza y con poder" (Ezequiel XXXIV, 4). Pues, amándose más a sí mismos que a su Autor, se erigen jactanciosamente sobre los súbditos, y no consideran lo que deben hacer, sino lo que pueden; no temen el juicio venidero, se glorían indebidamente en el poder temporal; les gusta hacer ilícitamente lo que desean, y que nadie de los súbditos se oponga. Quien, por tanto, estudia hacer lo malo y, sin embargo, desea que los demás callen al respecto, es testigo de sí mismo de que desea ser amado más que la verdad, ya que no quiere que nadie se defienda contra él. Pues no hay nadie que viva de tal manera que no peque de alguna manera. Por lo tanto, quien desea que la verdad sea amada más que él mismo, no quiere que nadie le perdone contra la verdad. De ahí que Pedro aceptó con agrado la reprensión de Pablo (Gálatas II, 11); de ahí que David escuchó humildemente la corrección de un súbdito (II Samuel XII, 7); porque los buenos rectores, al no saber amarse con amor privado, consideran la palabra de pura libertad de los súbditos como un acto de humildad. Pero entre estas cosas, es necesario que el cuidado del gobierno se modere con tal arte de moderación, que la mente de los súbditos, cuando pueda sentir correctamente algunas cosas, salga a la libertad de la voz, pero que la libertad no estalle en soberbia; no sea que, al concederles tal vez una libertad de lengua excesiva, pierdan la humildad de vida. También se debe saber que los buenos rectores deben desear agradar a los hombres, pero para atraer a los prójimos al afecto de la verdad con la dulzura de su estima, no para desear ser amados por sí mismos, sino para hacer de su amor un camino por el cual introducir los corazones de los oyentes al amor del Creador. Pues es difícil que un predicador que no es amado sea escuchado con agrado, aunque anuncie cosas rectas. Por lo tanto, quien preside debe esforzarse por ser amado, para que pueda ser escuchado, y sin embargo no buscar su amor por sí mismo, no sea que se encuentre que, a quien se le ve servir por oficio, le devuelva con la tiranía oculta de su pensamiento. Lo que Pablo insinúa bien, cuando nos manifiesta los secretos de su estudio, diciendo: "Como también yo agrado a todos en todo" (I Corintios X, 33). Sin embargo, dice nuevamente: "Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo" (Gálatas I, 10). Por lo tanto, Pablo agrada y no agrada, porque en lo que busca agradar, no busca agradar a los hombres por sí mismo, sino a través de sí mismo busca que la verdad agrade a los hombres.

CAPÍTULO IX [Al. XX]. Que el rector debe saber diligentemente que a menudo los vicios se disfrazan de virtudes.

El rector también debe saber que a menudo los vicios se disfrazan de virtudes. Pues a menudo la avaricia se disfraza bajo el nombre de parsimonia, y la prodigalidad se oculta bajo el nombre de generosidad. A menudo, la indulgencia desordenada se cree piedad, y la ira desenfadada se estima como virtud del celo espiritual. A menudo, la acción precipitada se considera eficacia de rapidez, y la tardanza en actuar se toma como consejo de gravedad. Por lo tanto, es necesario que el rector de almas distinga con cuidado vigilante las virtudes y los vicios, no sea que el corazón sea ocupado por la avaricia, y se regocije en parecer parco en las dispensaciones; o que, cuando se pierde algo de manera derrochadora, se gloríe en parecer generoso como si tuviera compasión; o que, al perdonar lo que debería haber golpeado, arrastre a los súbditos a castigos eternos; o que, al golpear con dureza lo que se delinque, él mismo peque más gravemente; o que, al anticiparse inmaduramente a lo que podría haberse

hecho recta y gravemente, lo trivialice; o que, al diferir el mérito de una buena acción, lo cambie a algo peor.

CAPÍTULO X [Al. XXI]. Cuál debe ser la discreción del rector en la corrección y disimulación, en el fervor y la mansedumbre.

También se debe saber que a veces los vicios de los súbditos deben ser disimulados prudentemente, pero porque se disimulan, deben ser indicados; a veces, incluso conocidos abiertamente, deben ser tolerados con madurez, a veces deben ser investigados sutilmente y ocultos; a veces deben ser reprendidos con suavidad, a veces deben ser increpados con vehemencia. Pues algunos, como hemos dicho, deben ser disimulados prudentemente, pero porque se disimulan, deben ser indicados; para que cuando el delincuente sepa que ha sido descubierto y soportado, se avergüence de aumentar las culpas que considera que se toleran en él en silencio, y se castigue a sí mismo como juez de sí mismo, a quien la paciencia del rector excusa clementemente. Con esta disimulación, el Señor corrige bien a Judea, cuando dice a través del profeta: "Mentiste, y no te acordaste de mí, ni pensaste en tu corazón que yo callaba y como si no viera" (Isaías LVII, 11). Y disimuló, por tanto, las culpas, y lo hizo saber, porque tanto calló contra el pecador, como sin embargo dijo que había callado. Algunos, sin embargo, deben ser tolerados abiertamente, cuando la oportunidad de las cosas no es adecuada para que sean corregidos abiertamente. Pues las heridas cortadas inmaduramente se inflaman peor, y si los medicamentos no se aplican a tiempo, es evidente que pierden sin duda su oficio de curar. Pero cuando se busca el tiempo para la corrección de los súbditos, la paciencia del prelado se ejercita bajo el mismo peso de las culpas. Por eso, se dice bien a través del salmista: "Sobre mi espalda fabricaron los pecadores" (Salmo CXXVIII, 3). Pues sobre la espalda soportamos las cargas. Por lo tanto, se queja de que los pecadores han fabricado sobre su espalda, como si dijera abiertamente: A quienes no puedo corregir, los llevo como una carga sobrepuesta.

Sin embargo, algunos deben ser investigados sutilmente, para que, con algunos signos que emergen, el rector encuentre todo lo que está oculto en la mente de los súbditos, y con la intervención del momento de la corrección, conozca lo mayor a partir de lo menor. Por eso, se dice correctamente a Ezequiel: "Hijo de hombre, cava en la pared" (Ezequiel VIII, 8). Donde el mismo profeta añade inmediatamente: "Y cuando hube cavado en la pared, apareció una puerta. Y me dijo: Entra y ve las abominaciones malas que estos hacen aquí. Y entré y vi; y he aquí toda forma de reptiles, y animales abominables, y todos los ídolos de la casa de Israel estaban pintados en la pared" (Ibid. 9, 10). Pues a través de Ezequiel se señala la persona de los superiores, a través de la pared la dureza de los súbditos. ¿Y qué es cavar en la pared, sino abrir la dureza del corazón con inquisiciones agudas? Cuando cavó, apareció una puerta; porque cuando la dureza del corazón se rasga con inquisiciones diligentes o correcciones maduras, se muestra como una puerta por la cual se pueden ver todos los interiores de las cogitaciones en aquel que es corregido. Por eso, se añade bien allí: "Entra y ve las abominaciones malas que estos hacen aquí" (Ibid.). Como si entrara para ver las abominaciones, quien, al discutir algunos signos que aparecen exteriormente, penetra así en los corazones de los súbditos, que todo lo que se piensa ilícitamente se le hace conocido. Por eso, añadió: "Y entré y vi; y he aquí toda forma de reptiles, y animales abominables" (Ibid.). En los reptiles se señalan las cogitaciones completamente terrenales, en los animales ya algo suspendidos de la tierra, pero que aún buscan las recompensas de la merced terrenal. Pues los reptiles se adhieren a la tierra con todo su cuerpo, pero los animales están suspendidos en gran parte de su cuerpo de la tierra, aunque siempre se inclinan hacia la tierra por el apetito de la gula. Por lo tanto, hay reptiles dentro de la pared, cuando las cogitaciones se vuelven en la mente que nunca se levantan de los deseos terrenales. También hay animales dentro de la

pared, cuando, aunque ya se piensan cosas justas y honestas, sin embargo, sirven a los beneficios temporales y honores; y por sí mismos ya están como suspendidos de la tierra, pero aún se someten a lo bajo por ambición, como por el deseo de la gula. Por eso, se añade bien: "Y todos los ídolos de la casa de Israel estaban pintados en la pared" (Ezequiel VIII, 10). Pues está escrito: "Y la avaricia, que es idolatría" (Colosenses III, 5). Correctamente, por lo tanto, después de los animales, se describen los ídolos, porque aunque algunos ya se elevan de la tierra por acción honesta, sin embargo, por ambición deshonestas, se deponen a sí mismos en la tierra. Pero se dice bien, "Estaban pintados"; porque mientras las especies de cosas exteriores se atraen interiormente, como si se pintara en el corazón todo lo que se delibera con imágenes ficticias. Por lo tanto, se debe notar que primero se ve un agujero en la pared, luego se ve una puerta, y finalmente se muestra la abominación oculta; porque, sin duda, primero se ven los signos exteriores de cada pecado, luego se muestra la puerta de la iniquidad abierta, y finalmente se revela todo el mal que está oculto dentro.

Sin embargo, algunos deben ser reprendidos con suavidad: pues cuando no se delinque por malicia, sino solo por ignorancia o debilidad, es necesario que la corrección del delito se modere con gran moderación. Pues todos, mientras permanecemos en esta carne mortal, estamos sujetos a las debilidades de nuestra corrupción. Por lo tanto, cada uno debe considerar por sí mismo cómo debe compadecerse de la debilidad ajena, no sea que, si se deja llevar con demasiado fervor a la voz de la increpación contra la debilidad del prójimo, parezca haber olvidado de sí mismo. Por eso, Pablo amonesta bien, diciendo: "Si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad a tal persona con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado" (Gálatas VI, 1). Como si dijera abiertamente: Cuando te desagrade lo que ves por la debilidad ajena, piensa en lo que eres; para que el espíritu se modere en el celo de la increpación, mientras teme también para sí mismo lo que increpa.

Algunos aspectos deben ser severamente reprendidos, de modo que, aunque la falta no sea reconocida por el autor, el peso de la misma sea percibido por las palabras del que reprende. Y cuando alguien minimiza el mal que ha cometido, debe temer gravemente la severidad del que corrige. Es deber del rector mostrar la gloria de la patria celestial a través de la predicación, revelar cuántas tentaciones del antiguo enemigo acechan en el camino de esta vida, y corregir con gran celo las faltas de los súbditos que no deben ser toleradas con suavidad; no sea que, si se enciende menos contra las culpas, él mismo sea considerado culpable de todas ellas. Por eso se dice bien a Ezequiel: "Toma un ladrillo, y ponlo delante de ti, y dibuja en él la ciudad de Jerusalén" (Ezequiel 4, 1). Y se añade inmediatamente: "Y sitiárs contra ella, y construirás fortificaciones, y levantarás un terraplén, y pondrás campamentos contra ella, y colocarás arietes alrededor". Y para su propia defensa se le añade: "Y tú toma una sartén de hierro, y ponla como un muro de hierro entre ti y la ciudad". ¿Qué representa el profeta Ezequiel sino la figura de los maestros? A quien se le dice: "Toma un ladrillo, y ponlo delante de ti, y dibuja en él la ciudad de Jerusalén".

Los santos doctores toman para sí un ladrillo cuando captan el corazón terrenal de sus oyentes para enseñarles. Colocan ese ladrillo delante de ellos porque lo custodian con toda la intención de su mente. En él se les ordena dibujar la ciudad de Jerusalén, porque al predicar se esfuerzan por mostrar a los corazones terrenales la visión de la paz celestial. Pero como es en vano reconocer la gloria de la patria celestial si no se conocen también las astutas tentaciones del enemigo que aquí nos asaltan, se añade apropiadamente: "Y sitiárs contra ella, y construirás fortificaciones". Los santos predicadores sitian alrededor del ladrillo en el que está dibujada la ciudad de Jerusalén cuando muestran a la mente terrenal, que ya busca la

patria celestial, cuánta adversidad de vicios la ataca en el tiempo de esta vida. Pues cuando se muestra cómo cada pecado acecha a los que progresan, es como si se ordenara un sitio alrededor de la ciudad de Jerusalén con la voz del predicador. Pero como no solo deben conocerse cómo atacan los vicios, sino también cómo las virtudes custodiadas nos fortalecen, se añade correctamente: "Y construirás fortificaciones". El santo predicador construye fortificaciones cuando muestra qué virtudes resisten a qué vicios. Y porque, al crecer la virtud, a menudo aumentan las batallas de la tentación, se añade correctamente: "Y levantarás un terraplén, y pondrás campamentos contra ella, y colocarás arietes alrededor". Levanta un terraplén cuando el predicador anuncia la magnitud de la tentación creciente. Y erige campamentos contra Jerusalén cuando predice las astutas e incomprensibles insidias del enemigo astuto a la recta intención de los oyentes. Y coloca arietes alrededor cuando revela los agujeros de las tentaciones que nos rodean por todas partes en esta vida y perforan el muro de las virtudes.

Pero aunque el rector insinúe todo esto sutilmente, si no arde con el espíritu de la emulación contra los delitos de cada uno, no se prepara ninguna absolucón para sí mismo en la eternidad. Por eso se añade correctamente: "Y tú toma una sartén de hierro, y ponla como un muro de hierro entre ti y la ciudad". La sartén representa la fritura de la mente, y el hierro la fortaleza de la reprención. ¿Qué fríe y atormenta más la mente del doctor que el celo de Dios? Por eso Pablo ardía con la fritura de esta sartén cuando decía: "¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no ardo?" (2 Corintios 11, 29). Y porque quien se enciende con el celo de Dios, para no ser condenado por negligencia, está protegido por una fuerte custodia en la eternidad, se dice correctamente: "Ponla como un muro de hierro entre ti y la ciudad". La sartén de hierro se coloca como un muro de hierro entre el profeta y la ciudad; porque cuando ahora los rectores muestran un fuerte celo, ese mismo celo se convierte después en una fuerte defensa entre ellos y sus oyentes; para que no queden desprotegidos para la venganza entonces, si ahora han sido negligentes en la corrección.

Pero entre todo esto, es necesario saber que cuando la mente del doctor se exaspera para la reprención, es muy difícil que no estalle en algo que no debe decir. Y a menudo sucede que cuando se corrige la culpa de los súbditos con gran invectiva, la lengua del maestro se lleva hasta palabras excesivas. Y cuando la reprención se enciende immoderadamente, los corazones de los delincuentes se deprimen en la desesperación. Por lo tanto, es necesario que el rector exasperado, cuando considera que ha golpeado la mente de los súbditos más de lo debido, siempre recurra al arrepentimiento; para que obtenga el perdón ante la verdad a través de lamentos, incluso por lo que peca por su celo. Lo que el Señor figuradamente ordena a través de Moisés, diciendo: "Si alguien va con su amigo simplemente al bosque a cortar leña, y el hierro del hacha se escapa de su mano, y el hierro se desliza del mango y golpea a su amigo y lo mata, huirá a una de las ciudades mencionadas y vivirá; no sea que su vecino, cuyo sangre ha sido derramada, lo persiga con el estímulo del dolor y lo alcance, y le quite la vida" (Deuteronomio 19, 4-5). Vamos al bosque con un amigo cada vez que nos volvemos a contemplar los delitos de los súbditos. Y cortamos leña simplemente cuando cortamos los vicios de los delincuentes con piadosa intención. Pero el hacha se escapa de la mano cuando la reprención se lleva más allá de lo necesario en aspereza. Y el hierro se desliza del mango cuando la corrección excede en palabras más duras. Y golpea y mata al amigo, porque la contumelia proferida mata al oyente de su espíritu de amor. La mente del corregido de repente se precipita al odio si una reprención immoderada la somete más de lo debido. Pero quien imprudentemente golpea la leña y extingue a su vecino, debe huir a tres ciudades para vivir defendido en una de ellas; porque si se convierte a los lamentos del arrepentimiento, se esconde en la unidad del sacramento bajo la esperanza y la caridad, no se le considera

culpable del homicidio cometido. Y su vecino extinto, incluso si lo encuentra, no lo mata; porque cuando venga el juez estricto, que se unió a nosotros por la comunión de nuestra naturaleza, sin duda no exigirá la culpa de quien la fe, la esperanza y la caridad esconden bajo su perdón.

CAPÍTULO XI. Cuánto debe el rector estar atento a las meditaciones de la sagrada ley.

Pero todo esto se hace correctamente por el rector si, inspirado por el espíritu del temor y amor celestial, medita diligentemente cada día los preceptos del sagrado discurso; para que en él las palabras de la divina admonición restauren la fuerza de la solitud y la previsión hacia la vida celestial, que el uso de la conversación humana destruye incesantemente; y quien es llevado a la vejez de la vida por la sociedad de los seculares, sea renovado siempre al amor de la patria espiritual por la aspiración de la compunción. Porque el corazón se desvanece mucho entre las palabras humanas; y aunque es indudablemente cierto que, impulsado por los tumultos externos de las ocupaciones, cae de sí mismo, debe esforzarse incesantemente para resurgir a través del estudio de la erudición. Por eso Pablo amonesta al discípulo preeminente del rebaño, diciendo: "Mientras vengo, atiende a la lectura" (1 Timoteo 4, 13). Por eso David dice: "¡Cuánto amo tu ley, Señor! Todo el día es mi meditación" (Salmo 118, 97). Por eso el Señor ordenó a Moisés sobre el transporte del arca, diciendo: "Harás cuatro anillos de oro, que pondrás en las cuatro esquinas del arca, y harás varas de madera de acacia, y las cubrirás de oro, y las introducirás por los anillos que están en los lados del arca, para que se lleve en ellos, que siempre estarán en los anillos, y nunca se sacarán de ellos" (Éxodo 25, 12 y ss.). ¿Qué se figura por el arca sino la santa Iglesia? A la que se ordena añadir cuatro anillos de oro en las cuatro esquinas, porque en lo que se extiende por las cuatro partes del mundo, sin duda se predica ceñida por los cuatro libros del santo Evangelio. Y se hacen varas de madera de acacia, que se insertan en esos anillos para llevarla; porque se deben buscar doctores fuertes y perseverantes como maderas imputrescibles, que adheridos siempre a la instrucción de los volúmenes sagrados, anuncien la unidad de la santa Iglesia, y como introducidos en los anillos, lleven el arca. Llevar el arca con las varas es llevar la santa Iglesia a las mentes rudas de los infieles predicando. Y se ordena cubrirlas de oro, para que mientras resuenan con su discurso a otros, ellos mismos también brillen con el esplendor de la vida. De los cuales se añade apropiadamente: "Que siempre estarán en los anillos, y nunca se sacarán de ellos". Porque es necesario que quienes vigilan en el oficio de la predicación, no se aparten del estudio de la sagrada lectura. Por eso se ordena que las varas estén siempre en los anillos, para que cuando la oportunidad de llevar el arca lo exija, no haya demora en introducir las varas; porque, evidentemente, cuando el Pastor inquiriere algo espiritual de los súbditos, es muy vergonzoso que busque aprender entonces, cuando debe resolver la cuestión. Pero las varas deben adherirse a los anillos, para que los doctores, siempre meditando en sus corazones las palabras sagradas, eleven el arca del testamento sin demora, si enseñan inmediatamente lo que es necesario. Por eso el primer pastor de la Iglesia amonesta a los demás pastores, diciendo: "Estad siempre preparados para dar respuesta a todo el que os pida razón de la esperanza que hay en vosotros" (1 Pedro 3, 15). Como si dijera abiertamente: Para que ninguna demora impida llevar el arca, las varas nunca deben apartarse de los anillos.

TERCERA PARTE. CÓMO DEBE EL RECTOR QUE VIVE BIEN ENSEÑAR Y AMONESTAR A LOS SÚBDITOS.

PRÓLOGO.

Ya que hemos mostrado cómo debe ser el pastor, ahora demostraremos cómo debe enseñar. Pues como nos enseñó mucho antes Gregorio Nacianceno de venerable memoria (Orat. 1), no

es una misma exhortación la que conviene a todos, porque tampoco a todos les ata la misma calidad de costumbres. A menudo lo que beneficia a unos, perjudica a otros. Porque a menudo las hierbas que alimentan a estos animales, matan a otros; y el suave silbido calma a los caballos, pero incita a los cachorros. Y el medicamento que disminuye esta enfermedad, fortalece a otra; y el pan que fortalece la vida de los fuertes, mata a los pequeños. Por lo tanto, el discurso de los doctores debe formarse según la calidad de los oyentes, para que se adapte a cada uno en particular, y sin embargo nunca se aparte del arte de la edificación común. ¿Qué son las mentes atentas de los oyentes, sino, por así decirlo, ciertas tensiones de cuerdas extendidas en una cítara? que el artista al tocar, para no hacer una melodía disonante, pulsa de manera diferente. Y por eso las cuerdas devuelven una modulación consonante, porque son golpeadas con un mismo plectro, pero no con un mismo impulso. Por lo tanto, cada doctor, para edificar a todos en una sola virtud de caridad, debe tocar los corazones de los oyentes con una doctrina única, pero no con una misma exhortación.

CAPÍTULO PRIMERO. Cuánta debe ser la diversidad en el arte de la predicación.

Deben ser amonestados de manera diferente los hombres y las mujeres.

Deben ser amonestados de manera diferente los jóvenes y los ancianos.

Deben ser amonestados de manera diferente los pobres y los ricos.

Deben ser amonestados de manera diferente los alegres y los tristes.

Deben ser amonestados de manera diferente los súbditos y los superiores.

Deben ser amonestados de manera diferente los siervos y los amos.

Deben ser amonestados de manera diferente los sabios de este mundo y los torpes.

Deben ser amonestados de manera diferente los impúdicos y los vergonzosos.

Deben ser amonestados de manera diferente los obstinados y los pusilánimes.

Deben ser amonestados de manera diferente los impacientes y los pacientes.

Deben ser amonestados de manera diferente los benevolentes y los envidiosos.

Deben ser amonestados de manera diferente los simples y los impuros.

Deben ser amonestados de manera diferente los sanos y los enfermos.

Deben ser amonestados de manera diferente los que temen los castigos y por eso viven inocentemente; y de manera diferente los que se han endurecido tanto en la iniquidad que ni siquiera se corrigen con los castigos.

Deben ser amonestados de manera diferente los demasiado callados y los que se entregan al mucho hablar.

Deben ser amonestados de manera diferente los perezosos y los precipitados.

Deben ser amonestados de manera diferente los mansos y los iracundos.

Deben ser amonestados de manera diferente los humildes y los altivos.

Deben ser amonestados de manera diferente los obstinados y los inconstantes.

Deben ser amonestados de manera diferente los dados a la gula y los abstinentes.

Deben ser amonestados de manera diferente los que dan misericordiosamente lo suyo y los que se esfuerzan por arrebatarse lo ajeno.

Deben ser amonestados de manera diferente los que ni arrebatan lo ajeno ni dan lo suyo; y de manera diferente los que dan lo que tienen y sin embargo no dejan de arrebatarse lo ajeno.

Deben ser amonestados de manera diferente los discordantes y los pacíficos.

Deben ser amonestados de manera diferente los que siembran discordias y los pacificadores.

Deben ser amonestados de manera diferente los que no entienden correctamente las palabras de la sagrada ley; y de manera diferente los que las entienden correctamente, pero no las hablan humildemente.

Deben ser amonestados de manera diferente los que, aunque pueden predicar dignamente, temen por demasiada humildad; y de manera diferente los que la imperfección o la edad les prohíbe predicar, y sin embargo la precipitación los impulsa.

Deben ser amonestados de manera diferente los que prosperan en lo que desean temporalmente; y de manera diferente los que desean las cosas del mundo, pero sin embargo son fatigados por el trabajo de la adversidad.

Deben ser amonestados de manera diferente los que están obligados por el matrimonio y los que están libres de los lazos del matrimonio.

Deben ser amonestados de manera diferente los que han experimentado la unión carnal y los que la ignoran.

Deben ser amonestados de manera diferente los que lamentan los pecados de sus obras y los que lamentan los de sus pensamientos.

Deben ser amonestados de manera diferente los que lloran por lo cometido y no obstante no lo abandonan; y de manera diferente los que lo abandonan y no obstante no lo lloran.

Deben ser amonestados de manera diferente los que alaban lo ilícito que hacen; y de manera diferente los que acusan lo malo, pero no lo evitan.

Deben ser amonestados de manera diferente los que son superados por la concupiscencia repentina, y de manera diferente los que están ligados en el pecado por consejo.

Deben ser amonestados de manera diferente los que, aunque hacen cosas mínimas, frecuentemente hacen cosas ilícitas; y de manera diferente los que se guardan de las cosas pequeñas, pero a veces se sumergen en las más graves.

Deben ser amonestados de manera diferente los que no inician el bien, y de manera diferente los que no consuman lo iniciado.

Deben ser amonestados de manera diferente los que hacen el mal en secreto y el bien en público; y de manera diferente los que ocultan el bien que hacen y sin embargo permiten que se piense mal de ellos públicamente por algunos hechos.

Pero, ¿qué utilidad tiene que pasemos por alto todo esto con una numeración recopilada, si no explicamos también los modos de amonestación por cada uno, con la mayor brevedad posible?

(Admonición 1.) Por lo tanto, deben ser amonestados de manera diferente los hombres y las mujeres, porque a aquellos se les deben imponer cosas más graves, y a estas cosas más ligeras, para que aquellos sean ejercitados por grandes cosas, y estas sean convertidas por cosas ligeras que las acaricien.

(Admonición 2.) Deben ser amonestados de manera diferente los jóvenes y los ancianos, porque a aquellos a menudo la severidad de la amonestación los dirige al progreso; y a estos la súplica suave los compone para mejores obras. Pues está escrito: "No reprendas al anciano, sino exórtalo como a un padre" (1 Timoteo 5, 1).

CAPÍTULO II. Cómo deben ser amonestados los pobres y los ricos.

(Admonición 3.) Deben ser amonestados de manera diferente los pobres y los ricos; a aquellos se les debe ofrecer el consuelo contra la tribulación, y a estos se les debe infundir temor contra la altivez. Pues al pobre se le dice por el Señor a través del profeta: "No temas, porque no serás confundido" (Isaías 54, 4). Y no mucho después, le dice con ternura: "Pobrecita, convulsionada por la tempestad" (Isaías 54, 11). Y nuevamente la consuela, diciendo: "Te elegí en el horno de la pobreza" (Isaías 48, 10). Pero en cambio, Pablo dice al discípulo sobre los ricos: "A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas" (1 Timoteo 6, 17). Donde es muy notable que el doctor de la humildad, al recordar a los ricos, no dice "Ruega", sino "Manda", porque aunque se debe mostrar piedad a la debilidad, el honor no se debe a la altivez. Por lo tanto, lo que se dice correctamente a ellos, se ordena con más razón, cuanto más se hinchan en las cosas transitorias con la altitud de su pensamiento. De estos dice el Señor en el Evangelio: "¡Ay de vosotros, ricos, que tenéis vuestra consolación!" (Lucas 6, 24). Porque como no conocen los gozos eternos, se consuelan con la abundancia de la vida presente. Por lo tanto, se debe ofrecer consuelo a aquellos que el horno de la pobreza quema; y se debe infundir temor a aquellos que la consolación de la gloria temporal exalta; para que aquellos aprendan que poseen riquezas que no ven, y estos reconozcan que no pueden retener las que ven. Sin embargo, a menudo la calidad de las costumbres cambia el orden de las personas, de modo que hay un rico humilde y un pobre altivo. Por lo tanto, la lengua del predicador debe componerse inmediatamente con la vida del oyente, para que golpee con más rigor la altivez en el pobre, cuanto más no lo inclina la pobreza infligida; y acaricie con más suavidad la humildad de los ricos, cuanto más no los exalta la abundancia que los eleva.

Sin embargo, a veces también el rico altivo debe ser apaciguado con el halago de la exhortación, porque a menudo las heridas duras se ablandan con suaves ungüentos, y la furia de los insensatos a menudo se reduce a la salud con el médico halagando; y cuando se les concede dulzura, se mitiga la locura de la insania. Pues no debe observarse negligentemente que cuando el espíritu adverso invadía a Saúl, David, al tomar la cítara, calmaba su locura (1 Samuel 18, 10). ¿Qué se insinúa por Saúl sino la altivez de los poderosos; y qué se insinúa por David sino la vida humilde de los santos? Por lo tanto, cuando Saúl es tomado por el espíritu inmundo, la locura se calma con el canto de David; porque cuando el sentido de los

poderosos se convierte en furia por la altivez, es digno que se les devuelva a la salud de la mente como con la dulzura de la cítara, con la tranquilidad de nuestra locución. Sin embargo, a veces, cuando se reprende a los poderosos de este mundo, primero deben ser interrogados a través de ciertas similitudes como si se tratara de un asunto ajeno; y cuando hayan pronunciado una sentencia justa como si fuera sobre otro, entonces deben ser golpeados de manera adecuada por su propia culpa; para que la mente hinchada por el poder temporal no se levante contra el que corrige, que pisa el cuello de la soberbia con su propio juicio; y no se ejercite en ninguna defensa propia, que la sentencia de su propia boca ata. Por eso el profeta Natán vino a reprender al rey, y como si buscara juicio sobre la causa de un pobre contra un rico (2 Samuel 12, 4-5 y ss.); para que primero el rey pronunciara la sentencia, y luego escuchara su culpa, de modo que no contradijera la justicia que él mismo había pronunciado sobre sí mismo. Por lo tanto, el hombre santo, considerando al pecador y al rey, con un orden admirable se esforzó primero en atar al audaz culpable por la confesión, y luego cortarlo por la invectiva. Ocultó un poco al que buscaba, pero golpeó de repente al que tenía. Tal vez habría cortado más lentamente si desde el principio del discurso hubiera querido golpear abiertamente la culpa; pero al presentar una similitud, agudizó la reprensión que ocultaba. El médico había venido al enfermo, veía la herida que debía cortar, pero dudaba de la paciencia del enfermo. Por lo tanto, ocultó el bisturí medicinal bajo la vestidura, que al sacarlo de repente lo clavó en la herida, para que el enfermo sintiera el bisturí cortante antes de verlo, no sea que si lo veía antes, se negara a sentirlo.

CAPÍTULO III. Cómo deben ser amonestados los alegres y los tristes.

(Admonitio 4.) Deben ser amonestados de manera diferente los alegres y los tristes. A los alegres, evidentemente, se les deben presentar las tristezas que siguen al castigo; a los tristes, en cambio, se les deben presentar las alegrías que se prometen en el reino. Que los alegres aprendan de la severidad de las amenazas lo que deben temer; que los tristes escuchen las alegrías de las recompensas de las que deben tener esperanza. A aquellos se les dice: "¡Ay de vosotros, los que ahora reís, porque lloraréis!" (Luc. VI, 25); mientras que estos, con el mismo maestro enseñando, escuchan: "Os volveré a ver, y vuestro corazón se alegrará, y nadie os quitará vuestro gozo" (Juan XVI, 22). Sin embargo, algunos se vuelven alegres o tristes no por las cosas, sino por las mezclas que existen. A estos, ciertamente, se les debe informar que ciertos vicios están cerca de ciertas mezclas. Los alegres tienen cerca la lujuria, los tristes la ira. Por lo tanto, es necesario que cada uno no solo considere lo que soporta por la mezcla, sino también lo que lo presiona peor desde cerca; no sea que, al no luchar contra lo que tolera, sucumba también al vicio del que se considera libre.

CAPÍTULO IV [Al. XXVIII]. Cómo deben ser amonestados los súbditos y los superiores.

(Admonitio 5.) Deben ser amonestados de manera diferente los súbditos y los superiores. A aquellos, para que la sumisión no los aplaste; a estos, para que la posición superior no los ensalce. A aquellos, para que no cumplan menos de lo que se les ordena; a estos, para que no ordenen más de lo justo para que se cumpla. A aquellos, para que se sometan humildemente; a estos, para que presidan con moderación. Pues lo que puede entenderse también figuradamente, a aquellos se les dice: "Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor"; a estos se les ordena: "Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos" (Colos. III, 20, 21). Aquellos deben aprender cómo componer su interior ante los ojos del juez oculto, estos cómo ofrecer exteriormente ejemplos de buena vida a los que se les han confiado.

Los superiores deben saber (II, q. 3, c. Praecipue, p. scire praelati), que si alguna vez cometen actos perversos, son dignos de tantas muertes como ejemplos de perdición transmiten a sus súbditos. Por lo tanto, es necesario que se guarden de la culpa con tanto más cuidado cuanto que, por los actos perversos que cometen, no solo mueren ellos [sino que son responsables de las almas de otros, a quienes destruyeron con malos ejemplos]. Por lo tanto, deben ser amonestados aquellos; para que no sean castigados más severamente si no pueden ser hallados al menos libres de culpa en sí mismos; estos, para que no sean juzgados por los errores de sus súbditos, incluso si ya se encuentran seguros de sí mismos. Aquellos, para que vivan con tanto más cuidado en sí mismos cuanto que no están implicados en el cuidado de otros; estos, para que cumplan con los cuidados de otros de tal manera que no dejen de atender los suyos, y así ardan en su propia solicitud, para que no se adormezcan en la custodia de los que se les han confiado. A aquellos que están desocupados se les dice: "Ve a la hormiga, oh perezoso, considera sus caminos y sé sabio" (Proverb. VI, 6). A este, sin embargo, se le advierte terriblemente, cuando se dice: "Hijo mío, si has salido fiador por tu amigo, has dado tu mano al extraño, y has quedado atrapado por las palabras de tu boca, y has sido capturado por tus propios discursos" (Ibid., 1). Ser fiador por un amigo es asumir el peligro de otra alma en su propia conducta. Por lo tanto, se da la mano al extraño, porque la mente se ata a la preocupación de la solicitud que antes faltaba. Ha quedado atrapado por las palabras de su boca y capturado por sus propios discursos; porque cuando se ve obligado a decir cosas buenas a los que se le han confiado, primero debe guardar lo que ha dicho. Por lo tanto, queda atrapado por las palabras de su boca, cuando la razón exige que no se relaje su vida en algo distinto de lo que amonesta. Por lo tanto, ante el juez estricto, se ve obligado a cumplir en obra tanto como se sabe que ha ordenado a otros con su voz. Donde también se añade bien la exhortación, para que se diga: "Haz, pues, lo que te digo, hijo mío, y líbrate, porque has caído en manos de tu prójimo: corre, apresúrate, despierta a tu amigo; no des sueño a tus ojos, ni dejes que tus párpados se adormezcan" (Prov. VI, 3). Cualquiera que sea puesto como ejemplo para vivir para otros, no solo se le amonesta a que vigile él mismo, sino también a que despierte a su amigo. Porque no le basta con vigilar bien viviendo, si no separa también a aquel a quien preside del letargo del pecado. Bien se dice: "No des sueño a tus ojos, ni dejes que tus párpados se adormezcan" (Ibid., 4). Dar sueño a los ojos es, en efecto, descuidar completamente el cuidado de los súbditos cuando cesa la intención. Los párpados se adormecen cuando nuestros pensamientos, al reconocer lo que debe ser reprendido en los súbditos, se disimulan por la pereza que los deprime. Dormir completamente es no conocer ni corregir los actos de los que se han confiado. No dormir, sino adormecerse, es conocer lo que debe ser reprendido, pero no corregirlo con las reprensiones dignas debido al tedio de la mente. Al adormecerse, el ojo se lleva al sueño más profundo, porque cuando el que preside no corta el mal que conoce, a veces llega, por el mérito de su negligencia, a no reconocer lo que se delinque por parte de los súbditos.

Por lo tanto, deben ser amonestados los que presiden, para que, mediante el estudio de la circunspección, tengan ojos vigilantes dentro y alrededor, y se esfuercen por convertirse en animales del cielo (Ezequiel I, 18). Los animales del cielo que se muestran se describen llenos de ojos por dentro y por fuera (Apoc. IV, 6). Es digno, por lo tanto, que todos los que presiden tengan ojos dentro y alrededor, para que se esfuercen por agradar al juez interno en sí mismos, y ofreciendo ejemplos de vida exteriormente, también descubran lo que debe ser corregido en otros.

Deben ser amonestados los súbditos, para que no juzguen temerariamente la vida de sus superiores, si acaso ven que actúan de manera reprochable; no sea que, al reprochar correctamente el mal, se hundan en cosas más profundas por el impulso de la arrogancia.

Deben ser amonestados para que, cuando consideren las faltas de sus superiores, no se vuelvan más audaces contra ellos, sino que, si hay algo muy malo en ellos, lo juzguen en sí mismos, pero, sin embargo, constreñidos por el temor divino, no rehúsen llevar bajo ellos el yugo de la reverencia. Lo mostramos mejor si traemos a colación el hecho de David (I Reg. XXIV, 4, sig.). Pues Saúl, el perseguidor, cuando entró en la cueva para aliviar su vientre, allí estaba David con sus hombres, quien ya había soportado durante tanto tiempo los males de su persecución. Y cuando sus hombres lo incitaban a herir a Saúl, los refrenó con respuestas, porque no debía alzar la mano contra el ungido del Señor. Sin embargo, se levantó en secreto y cortó la orla de su manto. ¿Qué se designa por Saúl, sino a los malos gobernantes; y por David, a los buenos súbditos? Saúl, por lo tanto, al purgar su vientre, es como los superiores malvados que extienden la malicia concebida en su corazón hasta las obras de mal olor, y muestran exteriormente con hechos lo que han concebido en su interior. Sin embargo, David temió herirlo, porque las mentes piadosas de los súbditos, absteniéndose de toda peste de murmuración, no hieren la vida de los superiores con la espada de la lengua, incluso cuando los reprenden por su imperfección. Y si alguna vez, por debilidad, apenas pueden abstenerse de hablar humildemente de algunos males extremos y exteriores de los superiores, es como si cortaran en silencio la orla del manto; porque, evidentemente, cuando al menos de manera inocente y latente denigran la dignidad superior, es como si mancharan la vestidura del rey superior, pero luego regresan a sí mismos y se reprenden vehementemente incluso por la más mínima laceración verbal. Por lo tanto, está bien escrito allí: "Después de esto, David sintió remordimiento en su corazón por haber cortado la orla del manto de Saúl" (Ibid., 6). Las obras de los superiores no deben ser heridas con la espada de la boca, incluso cuando se juzgan correctamente como dignas de reprensión. Si alguna vez la lengua se desliza contra ellos, incluso en lo más mínimo, es necesario que el corazón sea oprimido por la aflicción del arrepentimiento; para que regrese a sí mismo, y cuando haya pecado contra la autoridad superior, tema el juicio de aquel por quien fue puesto sobre él. Porque cuando pecamos contra los superiores, nos oponemos a la ordenación de aquel que los puso sobre nosotros. Por lo tanto, también Moisés, cuando supo que el pueblo murmuraba contra él y Aarón, dijo: "¿Qué somos nosotros? No es contra nosotros vuestro murmullo, sino contra el Señor" (Éxodo XVI, 8).

CAPÍTULO V [Al. XXIX]. Cómo deben ser amonestados los siervos y los amos.

(Admonitio 6.) Deben ser amonestados de manera diferente los siervos y los amos. A los siervos, para que siempre miren la humildad de su condición; a los amos, para que no pierdan la memoria de su naturaleza, por la cual fueron creados igualmente con los siervos. Los siervos deben ser amonestados para que no desprecien a sus amos, no sea que ofendan a Dios si contradicen con soberbia su ordenación; los amos también deben ser amonestados, porque se enorgullecen contra Dios de su don, si no reconocen como iguales a aquellos a quienes tienen como súbditos por condición, por la comunidad de la naturaleza. Estos deben ser amonestados para que sepan que son siervos de sus amos; aquellos deben ser amonestados para que reconozcan que son consiervos de sus siervos. A estos se les dice: "Siervos, obedeced a vuestros amos carnales" (Colos. III, 22). Y de nuevo: "Todos los que están bajo el yugo como siervos, consideren a sus amos dignos de todo honor" (I Tim. VI, 1); a aquellos se les dice: "Y vosotros, amos, haced lo mismo con ellos, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos" (Efes. VI, 2).

CAPÍTULO VI [Al. XXX]. Cómo deben ser amonestados los sabios y los torpes.

(Admonitio 7.) Deben ser amonestados de manera diferente los sabios de este mundo y los torpes. Los sabios deben ser amonestados para que dejen de saber lo que saben; los torpes

también deben ser amonestados para que deseen saber lo que no saben. En aquellos, primero debe destruirse el hecho de que se consideran sabios; en estos ya debe edificarse lo que se conoce de la sabiduría suprema, porque al no ser soberbios, han preparado sus corazones como para recibir el edificio. Con aquellos se debe trabajar para que se vuelvan más sabiamente necios, abandonen la sabiduría necia y aprendan la sabiduría de Dios que parece necedad; a estos se les debe predicar para que pasen más cerca de la necedad que se considera tal a la verdadera sabiduría. A aquellos se les dice: "Si alguno se cree sabio en este mundo, hágase necio para llegar a ser sabio" (I Cor. III, 18); a estos se les dice: "No muchos sabios según la carne" (Ibid., I, 22). Y de nuevo: "Dios ha escogido lo necio del mundo para confundir a los sabios" (Ibid., 27). A aquellos, a menudo los argumentos de la razón los convierten; a estos, a veces, los ejemplos los convierten mejor. A aquellos les conviene ser vencidos en sus alegaciones; a estos, a veces, les basta conocer las acciones loables de otros. Por lo tanto, el maestro excelente, deudor a sabios e insensatos (Rom. I, 14), cuando amonestaba a algunos sabios de los hebreos, y a otros también más lentos, a aquellos, hablando de la consumación del Antiguo Testamento, superó su sabiduría con un argumento, diciendo: "Lo que se envejece y se hace viejo, está próximo a desaparecer" (Hebr. VIII, 13). Pero cuando vio que algunos debían ser atraídos solo con ejemplos, añadió en la misma Epístola: "Los santos experimentaron burlas y azotes, además de cadenas y cárceles, fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a espada" (Ibid., XI, 36, 37). Y de nuevo: "Acordaos de vuestros superiores, que os hablaron la palabra de Dios, considerando el resultado de su conducta, imitad su fe" (Ibid., XIII, 7); para que tanto a aquellos los quebrara la razón victoriosa, como a estos la imitación amable los persuadiera a ascender a cosas mayores.

CAPÍTULO VII [Al. XXXI]. Cómo deben ser amonestados los impúdicos y los vergonzosos.

(Admonitio 8.) Deben ser amonestados de manera diferente los impúdicos y los vergonzosos. A aquellos, el vicio de la impudencia solo se les reprime con una dura reprensión; a estos, a menudo, una exhortación modesta los compone para mejor. Aquellos no saben que están pecando, a menos que también sean reprendidos por muchos; a estos, a menudo, les basta para su conversión que el maestro les recuerde sus males al menos suavemente. A aquellos los corrige mejor quien los reprende con invectiva; a estos, sin embargo, se les lleva a un mayor progreso si lo que se reprueba en ellos se toca como de lado. Al pueblo impúdico de los judíos, el Señor, reprendiéndolos abiertamente, dice: "Tienes frente de mujer prostituta, no quisiste avergonzarte" (Jerem. III, 3). Y de nuevo, consuela al vergonzoso, diciendo: "Olvidarás la vergüenza de tu juventud, y no recordarás el oprobio de tu viudez, porque tu Hacedor será tu esposo" (Isaías LIV, 4). A los gálatas que pecaban impudicamente, Pablo los reprende abiertamente, diciendo: "¡Oh insensatos gálatas! ¿Quién os fascinó?" (Gál. III, 1). Y de nuevo: "¿Tan necios sois, que habiendo comenzado por el Espíritu, ahora os perfeccionáis por la carne?" (Ibid. 3). Las culpas de los vergonzosos las reprende como compadeciéndose, diciendo: "Me he alegrado mucho en el Señor, porque al fin habéis vuelto a preocuparos por mí, como también os preocupabais; pero estabais ocupados" (Filip. IV, 10); para que tanto las culpas de aquellos las descubriera una dura reprensión, como la negligencia de estos la cubriera una palabra más suave.

CAPÍTULO VIII [Al. XXXII]. Cómo deben ser amonestados los obstinados y los pusilánimes.

(Admonitio 9.) Deben ser amonestados de manera diferente los obstinados y los pusilánimes. Aquellos, porque presumen demasiado de sí mismos, desprecian a los demás con reproches; estos, sin embargo, porque son demasiado conscientes de su debilidad, a menudo caen en la

desesperación. Aquellos consideran singularmente como sumamente valioso todo lo que hacen; estos consideran que lo que hacen es muy despreciable, y por eso se rompen en la desesperación. Por lo tanto, las obras de los obstinados deben ser examinadas sutilmente por el que reprende, para que se les muestre que en lo que se complacen, desagradan a Dios.

Entonces corregimos mejor a los obstinados cuando mostramos que lo que creen haber hecho bien, está mal hecho; para que de donde se cree que se ha obtenido gloria, de allí siga una útil confusión. Sin embargo, a menudo, cuando no reconocen que están cometiendo el vicio de la obstinación, llegan más rápidamente a la corrección si se les confunde con el reproche de una culpa más manifiesta buscada de lado; para que, por lo que no pueden defender, reconozcan que sostienen indebidamente lo que defienden. Por lo tanto, cuando Pablo vio que los corintios estaban inflados protervamente unos contra otros, diciendo que uno era de Pablo, otro de Apolo, otro de Cefas, otro de Cristo (I Cor. I, 12; III, 4), sacó a la luz la culpa del incesto, que entre ellos había sido cometida y permanecía sin corregir, diciendo: "Se oye entre vosotros fornicación, y tal fornicación, cual ni siquiera entre los gentiles, tanto que uno tiene la mujer de su padre. Y vosotros estáis inflados, y no más bien habéis tenido duelo, para que sea quitado de en medio de vosotros el que hizo esta obra" (I Cor. V, 1, 2). Como si dijera abiertamente: ¿Por qué decís con obstinación que sois de este o aquel, cuando por la disolución de la negligencia, mostráis que no sois de nadie?

Por el contrario, a los pusilánimes los llevamos más adecuadamente de nuevo al camino del bien hacer, si buscamos de lado algunas de sus cosas buenas, para que, mientras corregimos otras reprendiéndolas, alabemos otras abrazándolas, de modo que la alabanza escuchada nutra su debilidad, que la culpa increpada castiga. Sin embargo, a menudo logramos más utilidad con ellos si también recordamos sus buenas obras. Y si hay algo que han hecho desordenadamente, no lo reprendemos ya como perpetrado, sino que lo prohibimos como si aún no debiera ser perpetrado, para que lo que aprobamos sea aumentado por el favor otorgado, y lo que reprobamos prevalezca más entre los pusilánimes por la exhortación respetuosa. Por lo tanto, el mismo Pablo, cuando conoció a los tesalonicenses perseverando en la predicación recibida, como si los conociera turbados por una cierta pusilanimidad de un cercano fin del mundo, primero alaba en ellos lo que ve fuerte, y luego, con cautela, fortalece lo que es débil. Dice: "Debemos dar gracias a Dios siempre por vosotros, hermanos, como es digno, porque vuestra fe crece en gran manera, y abunda el amor de cada uno de vosotros hacia los demás; tanto que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y fe" (II Tes. I, 3, 4).

Después de haberles presentado estas alabanzas de su vida, añadió poco después, diciendo: "Pero os rogamos, hermanos, por la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, que no os mováis fácilmente de vuestro entendimiento, ni os turbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, como si el día del Señor estuviera cerca" (Ibid. II, 1). El verdadero maestro hizo que primero escucharan lo que reconocieran al ser alabados, y luego lo que siguieran al ser exhortados; para que la alabanza previa fortaleciera su mente, no fuera que la amonestación subsiguiente la sacudiera; y quienes los conocía conmovidos por la sospecha de un fin cercano, no los reprendía ya como movidos, sino que, como si no supiera lo que había pasado, aún les prohibía conmovirse; para que, al creer que su predicador no los conocía en su misma ligereza de movimiento, tanto más se hicieran repreciables cuanto más temieran ser conocidos por él.

CAPÍTULO IX [Al. XXXIII]. Cómo deben ser amonestados los impacientes y los pacientes.

(Admonitio 10.) Deben ser amonestados de manera diferente los impacientes y los pacientes. Debe decirse a los impacientes que, al descuidar refrenar su espíritu, son arrastrados a muchos precipicios de iniquidades que no desean, porque el furor impulsa la mente a donde no la lleva el deseo; y actúan como si no supieran, movidos, de lo que después se lamentan sabiendo. También debe decirse a los impacientes que, al precipitarse por el impulso de la emoción, realizan ciertas cosas como si estuvieran alienados, apenas reconocen sus males después de que han sido perpetrados. Porque al no resistir su perturbación, incluso si algunas cosas que habían hecho con mente tranquila fueron bien hechas, las confunden y destruyen con un impulso imprevisto lo que tal vez construyeron durante mucho tiempo con laboriosa previsión. La misma virtud de la caridad, que es madre y guardiana de todas las virtudes, se pierde por el vicio de la impaciencia. Está escrito: "La caridad es paciente" (I Cor. XIII, 4). Por lo tanto, cuando no es paciente, no hay caridad. Por este mismo vicio de la impaciencia, se disipa la doctrina, que es la nodriza de las virtudes. Está escrito: "La doctrina del hombre se conoce por la paciencia" (Prov. XIX, 14). Por lo tanto, cuanto menos se muestra alguien docto, tanto menos se le convence de ser paciente. Porque no puede verdaderamente impartir el bien enseñando, si no sabe soportar con ecuanimidad los males ajenos viviendo.

Por este vicio de la impaciencia, la mente a menudo es herida por la culpa de la arrogancia; porque cuando alguien no soporta ser despreciado en este mundo, intenta mostrar cualquier bien oculto que posea, y así, a través de la impaciencia, es llevado a la arrogancia; y al no poder soportar el desprecio, se gloria al revelarse a sí mismo en la ostentación. Por eso está escrito: "Mejor es el paciente que el arrogante" (Eclesiastés VII, 9). Porque el paciente elige soportar cualquier mal antes que permitir que sus bienes ocultos sean conocidos por el vicio de la ostentación. En cambio, el arrogante elige jactarse de bienes, incluso falsos, para no tener que soportar ni el más mínimo mal. Por lo tanto, cuando se abandona la paciencia, también se destruyen los otros bienes que ya se han realizado, y es correcto que a Ezequiel se le ordene hacer una fosa en el altar de Dios, para que en ella se guarden los holocaustos que se colocan encima (Ezequiel XLIII, 13). Porque si no hubiera una fosa en el altar, cualquier sacrificio que se encontrara en él sería dispersado por el viento que soplara. ¿Qué entendemos por el altar de Dios, sino el alma del justo, que coloca sobre sí misma tantos sacrificios ante los ojos de Dios como bienes ha realizado? ¿Y qué es la fosa del altar, sino la paciencia de los buenos, que al humillar la mente para soportar las adversidades, la muestra colocada en lo profundo como una fosa? Que se haga, pues, una fosa en el altar, para que el sacrificio colocado encima no sea dispersado por el viento: es decir, que la mente de los elegidos guarde la paciencia, para que, al ser movida por el viento de la impaciencia, no pierda lo que ha obrado bien. Y esta misma fosa se muestra que debe tener un codo de profundidad (Ibid.); porque si la paciencia no se abandona, se mantiene la medida de la unidad. Por eso también Pablo dice: "Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo" (Gálatas VI, 2). La ley de Cristo es la caridad de la unidad, que solo cumplen aquellos que no se exceden cuando son gravados. Que escuchen los impacientes lo que está escrito: "Mejor es el paciente que el hombre fuerte, y el que domina su espíritu que el conquistador de ciudades" (Proverbios XVI, 32). Porque menor es la victoria sobre las ciudades, ya que son cosas externas las que se someten; pero es mucho mayor lo que se vence por la paciencia, porque el alma se supera a sí misma y se somete a sí misma cuando la paciencia la obliga a refrenarse internamente. Que escuchen los impacientes lo que la Verdad dice a sus elegidos: "Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas" (Lucas XXI, 19). Porque hemos sido creados de manera maravillosa, para que la razón posea el alma, y el alma posea el cuerpo. Pero el derecho del alma a poseer el cuerpo es rechazado si el alma no es primero poseída por la razón. Por lo tanto, el Señor ha mostrado que la paciencia es la guardiana de nuestra

condición, quien nos enseñó a poseernos a nosotros mismos en ella. Así, conocemos cuán grande es la culpa de la impaciencia, por la cual perdemos incluso el poseer lo que somos. Que escuchen los impacientes lo que Salomón dice nuevamente: "El necio da rienda suelta a todo su espíritu, pero el sabio lo retiene y lo reserva para el futuro" (Proverbios XXIX, 11). Porque la impaciencia impulsa a que todo el espíritu se exteriorice; y la perturbación lo expulsa rápidamente, porque ninguna disciplina interior de sabiduría lo contiene. Pero el sabio lo retiene y lo reserva para el futuro. Pues, al ser herido, no desea vengarse de inmediato, porque incluso al tolerar, desea ser clemente, pero no ignora que todo será justamente vengado en el juicio final.

Por otro lado, deben ser advertidos los pacientes, para que no sufran interiormente por lo que soportan exteriormente, no sea que el sacrificio de tan gran virtud que inmolan íntegramente hacia afuera, lo corrompan internamente con la peste de la malicia; y cuando no es reconocido por los hombres, pero se peca bajo el examen divino, la culpa del dolor se hace tanto más grave cuanto más reclama para sí la apariencia de virtud ante los hombres.

Por lo tanto, se debe decir a los pacientes que se esfuercen por amar a aquellos a quienes es necesario tolerar; no sea que si la paciencia no es seguida por el amor, la virtud mostrada se convierta en la peor culpa del odio. Por eso, cuando Pablo dijo: "La caridad es paciente", inmediatamente añadió: "Es benigna" (I Corintios XIII, 4); mostrando claramente que a quienes tolera por paciencia, no cesa de amar por benignidad. Por eso, el mismo doctor insigne, al aconsejar la paciencia a sus discípulos, dice: "Quítense de vosotros toda amargura, ira, indignación, gritería y blasfemia" (Efesios IV, 31), y como si ya todo estuviera bien dispuesto exteriormente, se vuelve hacia el interior, añadiendo: "Con toda malicia" (Ibid.); porque en vano se quitan la indignación, el griterío y la blasfemia de lo exterior, si en el interior domina la malicia, madre de los vicios; y en vano se corta la maldad de las ramas hacia afuera, si se guarda en la raíz para crecer más abundantemente en el interior. Por eso, la Verdad misma dice: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen y calumnian" (Lucas VI, 27). La virtud, por tanto, es tolerar a los adversarios ante los hombres; pero la virtud ante Dios es amar; porque solo ese sacrificio acepta Dios, el que ante sus ojos en el altar de la buena obra la llama de la caridad enciende. De ahí que nuevamente a algunos pacientes, pero que no aman, les dice: "¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en tu propio ojo?" (Mateo VII, 3; Lucas VI, 41). Porque la perturbación de la impaciencia es una paja; pero la malicia en el corazón es una viga en el ojo. Aquella es agitada por el viento de la tentación, pero esta es llevada casi inmóvil por la maldad consumada. Y correctamente se añade allí: "Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás para sacar la paja del ojo de tu hermano" (Ibid.). Como si se dijera a la mente iniqua que sufre interiormente y se muestra santa exteriormente por la paciencia: Primero quita de ti la masa de malicia, y entonces reprende a otros por la ligereza de la impaciencia, no sea que, al no esforzarte por vencer la simulación, sea peor para ti tolerar la maldad ajena.

También suele suceder a menudo a los pacientes que, en el momento en que sufren adversidades o escuchan injurias, no son golpeados por el dolor, y así muestran paciencia, sin dejar de guardar la inocencia del corazón; pero cuando después de un tiempo recuerdan lo que han soportado, se inflaman con el fuego del dolor, buscan argumentos de venganza, y la mansedumbre que tuvieron al tolerar, al reflexionar, la convierten en malicia. A estos se les socorre rápidamente por el predicador, si se explica cuál es la causa de este cambio. Pues el astuto adversario mueve la guerra contra dos, inflamando a uno para que primero inflija injurias, y provocando al otro para que, al ser herido, devuelva las injurias. Pero a menudo, cuando ya es vencedor de aquel que, persuadido, inflige la injuria, es vencido por aquel que

soporta con ecuanimidad lo que se le ha infligido. Por lo tanto, siendo vencedor de uno al someterlo por la provocación, se levanta con toda su fuerza contra el otro, y lamenta que aquel que resiste y vence con fortaleza. Y como no pudo moverlo en el mismo lanzamiento de injurias, descansando por un tiempo del combate abierto, y provocando secretamente la mente con sugerencias, busca un tiempo adecuado para la decepción. Porque habiendo perdido en la guerra pública, se enciende para ejercer insidias ocultamente. Pues en el tiempo de tranquilidad regresa al ánimo del vencedor, y trae a la memoria las pérdidas de bienes o los dardos de las injurias, exagerando fuertemente todo lo que se le ha infligido, mostrándolo como intolerable; y perturba tanto la mente con tristeza, que a menudo el hombre paciente se avergüenza de haber soportado con ecuanimidad, y lamenta no haber devuelto las injurias, y busca devolver peores si se le da la oportunidad. ¿A quiénes, pues, son semejantes estos, sino a aquellos que por fortaleza son vencedores en el campo, pero por negligencia son capturados después dentro de las murallas de la ciudad? ¿A quiénes son semejantes, sino a aquellos que, al ser atacados por una grave enfermedad, no son arrebatados de la vida, pero una fiebre recurrente y leve los mata? Por lo tanto, deben ser advertidos los pacientes para que fortalezcan el corazón después de la victoria, para que presten atención a que el enemigo, vencido en la guerra pública, insidie las murallas de la mente; para que teman más la enfermedad que se reabre, no sea que el astuto enemigo se regocije después con mayor exultación en la decepción, al pisotear los cuellos rígidos de los vencedores que antes se le resistieron.

CAPÍTULO X [Al. XXXIV]. Cómo deben ser advertidos los benevolentes y los envidiosos.

(Admonición 11.) De manera diferente deben ser advertidos los benevolentes y los envidiosos. Deben ser advertidos los benevolentes para que se alegren con los bienes ajenos, de modo que deseen tener los propios. Que alaben los hechos de los prójimos con amor, para que también los multipliquen imitando, no sea que, en este estadio de la vida presente, al asistir devotamente al combate ajeno como espectadores perezosos, después del combate queden sin premio, porque ahora no trabajan en el combate; y entonces miren afligidos las palmas de aquellos en cuyos trabajos ahora permanecen ociosos. Porque pecamos gravemente si no amamos los bienes realizados por otros. Pero no hacemos nada meritorio si no imitamos, en la medida de lo posible, lo que amamos. Por lo tanto, se debe decir a los benevolentes que si no se apresuran a imitar los bienes que aprueban alabando, la santidad de las virtudes les agrada como a los espectadores necios la vanidad de las artes lúdicas. Porque ellos ensalzan con aplausos las hazañas de los aurigas y actores, pero no desean ser tales como aquellos que ven ser a quienes alaban. Admiran que hayan hecho cosas agradables, pero evitan agradar de manera similar. Se debe decir a los benevolentes que cuando contemplan los hechos de los prójimos, regresen a su corazón, y no presuman de los actos ajenos; no sea que alaben los bienes y se nieguen a realizarlos. Porque son más gravemente castigados con extrema venganza aquellos a quienes les agradó lo que no quisieron imitar.

Deben ser advertidos los envidiosos para que consideren cuán ciegos son, que decaen con el progreso ajeno, que se consumen con la alegría ajena. Cuán desafortunados son, que se vuelven peores con la mejora del prójimo; y al ver los aumentos de la prosperidad ajena, afligidos ansiosamente en sí mismos, mueren por la peste de su corazón. ¿Qué hay más desafortunado que aquellos a quienes la felicidad vista aflige, y la pena los hace más malvados? Pero si amaran los bienes ajenos que no pueden tener, los harían suyos. Porque todos los que están en la fe son como muchos miembros en un solo cuerpo: que son diversos en función, pero por la manera en que se corresponden mutuamente, se hacen uno. De modo que el pie ve a través del ojo, y los ojos caminan a través de los pies; el oído sirve a la boca, y la lengua de la boca concurre al uso de los oídos; el vientre apoya a las manos, y las manos

trabajan para el vientre. En esta misma disposición del cuerpo recibimos lo que debemos observar en la acción. Por lo tanto, es muy vergonzoso no imitar lo que somos. Son nuestros, sin duda, los bienes que, aunque no podamos imitar, amamos en otros; y se hacen de los que aman, los bienes que se aman en nosotros. Por lo tanto, que los envidiosos consideren cuán grande es la virtud de la caridad, que hace nuestras las obras del trabajo ajeno sin trabajo. Por lo tanto, se debe decir a los envidiosos que, al no guardarse del rencor, se sumergen en la antigua malicia del astuto enemigo. Porque de él está escrito: "Por la envidia del diablo, la muerte entró en el mundo" (Sabiduría II, 24). Porque al haber perdido el cielo, envidió al hombre creado, y su condenación, al estar perdido, la acumuló perdiendo a otros. Deben ser advertidos los envidiosos para que reconozcan cuántas caídas de ruina creciente sufren, porque al no expulsar el rencor de su corazón, se precipitan en las maldades abiertas de las obras. Porque si Caín no hubiera envidiado la ofrenda aceptada de su hermano, no habría llegado a extinguir la vida. Por eso está escrito: "Y miró el Señor a Abel y a su ofrenda; pero no miró a Caín y a su ofrenda. Y Caín se enojó mucho, y su semblante decayó" (Génesis IV, 4). El rencor de la ofrenda fue, por tanto, la semilla del fratricidio. Porque a quien dolió que fuera mejor que él, lo eliminó para que no lo fuera de ninguna manera. Se debe decir a los envidiosos que, al consumirse con esta peste interior, también destruyen cualquier otro bien que parezcan tener. Por eso está escrito: "La vida de la carne es la salud del corazón, pero la envidia es la carcoma de los huesos" (Proverbios XIV, 30). Porque ¿qué se significa por la carne sino cosas débiles y tiernas, y qué por los huesos sino actos fuertes? Y a menudo sucede que algunos, con la inocencia del corazón, parecen débiles en algunos de sus actos, mientras que otros ya realizan algunas cosas robustas ante los ojos humanos, pero internamente se consumen con la peste de la envidia hacia los bienes ajenos. Por eso se dice bien: "La vida de la carne es la salud del corazón"; porque si se guarda la inocencia de la mente, incluso si hay cosas débiles afuera, alguna vez se fortalecen. Y correctamente se añade: "La envidia es la carcoma de los huesos", porque por el vicio del rencor perecen ante los ojos de Dios incluso las cosas que parecen fuertes a los ojos humanos. Que los huesos se carcoman por la envidia significa que incluso las cosas robustas perecen.

CAPÍTULO XI [Al. XXXV]. Cómo deben ser advertidos los simples y los astutos.

(Admonición 12.) De manera diferente deben ser advertidos los simples y los impuros. Los simples deben ser alabados por esforzarse en nunca decir falsedades, pero deben ser advertidos para que sepan que a veces es necesario callar la verdad. Porque así como siempre daña al que habla la falsedad, así a veces la verdad escuchada ha dañado a algunos. Por eso, ante sus discípulos, el Señor, moderando su discurso con el silencio, dice: "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis soportar" (Juan XVI, 12). Por lo tanto, deben ser advertidos los simples para que, así como evitan siempre la falsedad de manera útil, así también siempre profieran la verdad de manera útil. Deben ser advertidos para que añadan la prudencia al bien de la simplicidad, de modo que posean la seguridad de la simplicidad sin perder la circunspección de la prudencia. Por eso, el doctor de las naciones dice: "Quiero que seáis sabios para el bien, pero simples para el mal" (Romanos XVI, 19). Por eso, la Verdad misma amonesta a sus elegidos, diciendo: "Sed prudentes como serpientes, y sencillos como palomas" (Mateo X, 16). Porque en los corazones de los elegidos, la astucia de la serpiente debe agudizar la simplicidad de la paloma, y la simplicidad de la paloma debe moderar la astucia de la serpiente, para que no sean engañados por la prudencia, ni se adormezcan en el estudio del entendimiento por la simplicidad.

Por otro lado, deben ser advertidos los impuros para que reconozcan cuán grave es el trabajo de la duplicidad que sostienen con culpa. Porque al temer ser descubiertos, siempre buscan defensas impropias, siempre son agitados por sospechas temerosas. Pero nada es más seguro

para defenderse que la pureza, nada más fácil de decir que la verdad. Porque al tener que defender su falsedad, el corazón se fatiga con un duro trabajo. Por eso está escrito: "El trabajo de sus labios los cubrirá" (Salmo CXXXIX, 10). Porque lo que ahora llena, entonces cubre, porque lo que ahora expone el ánimo con inquietud blanda, entonces lo oprime con retribución áspera. Por eso, a través de Jeremías se dice: "Enseñaron a su lengua a hablar mentira, trabajaron para actuar inicuaamente" (Jeremías IX, 5). Como si se dijera abiertamente: Quienes podrían ser amigos de la verdad sin trabajo, trabajan para pecar; y al negarse a vivir con simplicidad, exigen con trabajos que mueran. Porque a menudo, al ser descubiertos en su culpa, al rehuir ser conocidos por lo que son, se esconden bajo el velo de la falsedad, y lo que pecan, y lo que ya se ve abiertamente, intentan excusar; de modo que a menudo, quien se esfuerza por corregir sus culpas, seducido por las nubes de falsedad esparcidas, casi ve que ha perdido lo que ya tenía por cierto sobre ellos. Por eso, correctamente bajo la figura de Judea, a través del profeta contra el alma pecadora que se excusa, se dice: "Allí tuvo su guarida el erizo" (Isaías XXXIV, 15). Porque el nombre del erizo designa la duplicidad de la mente impura que se defiende astutamente; porque el erizo, cuando es capturado, se ve su cabeza, se ven sus pies, y se ve todo su cuerpo; pero tan pronto como es capturado, se recoge en una esfera, retrae sus pies hacia adentro, esconde su cabeza, y en las manos del que lo sostiene, todo lo que antes se veía se pierde de una vez. Así, ciertamente, son las mentes impuras cuando son atrapadas en sus excesos. Porque se ve la cabeza del erizo, porque se ve con qué inicio el pecador accedió a la culpa. Se ven los pies del erizo, porque se conocen las huellas con las que se perpetró la maldad, y sin embargo, al traer de repente excusas, la mente impura recoge sus pies hacia adentro, porque oculta todas las huellas de su iniquidad. Retrae su cabeza, porque con extrañas defensas no muestra haber comenzado ningún mal. Y como una esfera permanece en la mano del que la sostiene, porque quien corrige, perdiendo de repente todo lo que ya conocía, sostiene al pecador envuelto en su conciencia; y quien ya había visto todo al descubrirlo, engañado por la tergiversación de la defensa perversa, ignora todo de una vez. Por lo tanto, el erizo tiene su guarida en los reprobos, porque la duplicidad de la mente maliciosa se recoge en sí misma y se esconde en las tinieblas de la defensa.

Escuchen los impuros lo que está escrito: "El que camina con sencillez, camina con confianza" (Prov. X, 9). La confianza de una gran seguridad es la sencillez de la acción. Escuchen lo que dice el sabio: "El Espíritu Santo de la disciplina huirá del engaño" (Sab. I, 5). Escuchen lo que nuevamente atestigua la Escritura: "Con los sencillos es su conversación" (Prov. III, 32). Conversar con Dios es, por la iluminación de su presencia, revelar los secretos a las mentes humanas. Se dice que conversa con los sencillos porque ilumina las mentes de ellos con el rayo de su visita, a quienes ninguna sombra de duplicidad oscurece. Es un mal especial de los dobles que, mientras engañan a otros con acciones perversas y dobles, se glorían de ser más prudentes que los demás; y porque no consideran la severidad de la retribución, se regocijan miserablemente en sus propias pérdidas. Escuchen cómo el profeta Sofonías dirige la fuerza de la advertencia divina sobre ellos, diciendo: "He aquí que viene el día del Señor, grande y terrible, día de ira aquel día, día de tinieblas y oscuridad, día de nubes y torbellino, día de trompeta y clamor sobre todas las ciudades fortificadas y sobre todos los ángulos elevados" (Sof. I, 14, 15). ¿Qué se expresa por ciudades fortificadas, sino mentes sospechosas y siempre rodeadas de defensa engañosa, que cada vez que se les reprocha su culpa, no admiten los dardos de la verdad? ¿Y qué se significa por ángulos elevados (siempre hay dos paredes en los ángulos) sino corazones impuros? que, mientras huyen de la sencillez de la verdad, se repliegan sobre sí mismos con la perversidad de la duplicidad, y, lo que es peor, en sus pensamientos se exaltan en el orgullo de la prudencia por la misma culpa de

impureza. El día del Señor, lleno de venganza y advertencia, viene sobre las ciudades fortificadas y sobre los ángulos elevados, porque la ira del juicio final destruye los corazones humanos cerrados con defensas contra la verdad, y disuelve los envueltos en duplicidad. Entonces caen las ciudades fortificadas, porque las mentes impenetradas por Dios serán condenadas. Entonces caen los ángulos elevados, porque los corazones que se elevan por la prudencia de la impureza son derribados por la sentencia de la justicia.

CAPÍTULO XII [Al. XXXVI]. Cómo deben ser amonestados los sanos y los enfermos.

(Amonestación 13.) Deben ser amonestados de manera diferente los sanos y los enfermos. Deben ser amonestados los sanos para que ejerciten la salud del cuerpo para la salud de la mente; no sea que, si inclinan la gracia de la salud recibida al uso de la maldad, se vuelvan peores por el don; y merezcan después castigos más graves, porque ahora no temen usar mal los más abundantes bienes de Dios. Deben ser amonestados los sanos para que no desprecien la oportunidad de obtener la salvación eterna. Pues está escrito: "He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de salvación" (II Cor. VI, 2). Deben ser amonestados para que no piensen que pueden agradar a Dios si no quieren cuando pueden, y cuando quieran, ya no puedan. De ahí que la sabiduría los abandona después, a quienes antes llamó por mucho tiempo y rechazaron, diciendo: "Llamé, y rehusasteis; extendí mi mano, y no hubo quien mirara; despreciasteis todo mi consejo, y mis reprensiones desechasteis; yo también me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os sobrevenga lo que temíais" (Prov. I, 24, ss.). Y nuevamente: "Entonces me invocarán, y no responderé; madrugarán, y no me hallarán" (Ibid., 28). Así, la salud del cuerpo, cuando se desprecia para obrar bien, se siente cuánto se pierde como don. Y se busca infructuosamente al final, lo que no se tuvo útilmente cuando se concedió en tiempo oportuno. Por eso bien se dice por Salomón nuevamente: "No des tu honor a los extraños, ni tus años al cruel; no sea que se llenen los extraños de tus fuerzas, y tus trabajos estén en casa ajena, y gimas al final, cuando hayas consumido tu carne y tu cuerpo" (Ibid. V, 9, ss.). ¿Quiénes son extraños a nosotros, sino los espíritus malignos, que están separados de la suerte de la patria celestial? ¿Cuál es nuestro honor, sino que, aunque formados en cuerpos de barro, fuimos creados a imagen y semejanza de nuestro Creador? ¿O quién es otro cruel, sino aquel ángel apóstata, que se hirió a sí mismo con la pena de muerte por su soberbia, y no perdonó, aun estando perdido, infligir la muerte al género humano? Da su honor a los extraños quien, creado a imagen y semejanza de Dios, administra los tiempos de su vida a los placeres de los espíritus malignos. También entrega sus años al cruel quien gasta los espacios de vida recibidos según la voluntad del adversario que domina malamente. Donde bien se añade: "No sea que se llenen los extraños de tus fuerzas, y tus trabajos estén en casa ajena". Pues quien, por la salud del cuerpo recibida, por la sabiduría de la mente otorgada, no se esfuerza en ejercitar virtudes, sino en perpetrar vicios, no multiplica con sus fuerzas su propia casa, sino las moradas de los extraños, es decir, de los espíritus inmundos, actuando ya sea por lujuria o por soberbia, para que incluso añadiéndose él mismo, crezca el número de los perdidos. Bien se añade: "Y gimas al final, cuando hayas consumido tu carne y tu cuerpo". Pues muchas veces la salud de la carne recibida se gasta en vicios; pero cuando de repente se retira, cuando la carne se desgasta con molestias, cuando ya el alma urge salir, se busca como perdida la salud que se tuvo para vivir bien. Y entonces los hombres gimen porque no quisieron servir a Dios, cuando ya no pueden recuperar sirviendo las pérdidas de su negligencia. Por eso se dice en otro lugar: "Cuando los mataba, entonces lo buscaban" (Sal. LXXVII, 34).

Por el contrario, deben ser amonestados los enfermos para que se sientan hijos de Dios en la medida en que los castigan los azotes de la disciplina. Pues si no dispusiera darles herencia a los corregidos, no se preocuparía de instruirlos con molestias. De ahí que el Señor dice a Juan

por el ángel: "Yo a los que amo, reprendo y castigo" (Apoc. III, 19; Prov. III, 11). De ahí que nuevamente está escrito: "Hijo mío, no desprecies la disciplina del Señor, ni te canses cuando te reprenda. Porque el Señor al que ama, castiga, y azota a todo hijo que recibe" (Hebr. XII, 5, 6). De ahí que el salmista dice: "Muchas son las tribulaciones de los justos, y de todas ellas los libró el Señor" (Sal. XXXIII, 20). De ahí también el bienaventurado Job, clamando en el dolor, dice: "Si soy justo, no levantaré mi cabeza, saturado de aflicción y miseria" (Job. X, 15). Debe decirse a los enfermos que si creen que la patria celestial es suya, necesariamente sufran trabajos en esta como en tierra ajena. De ahí que las piedras fueron labradas fuera, para que en la construcción del templo del Señor se colocaran sin sonido de martillo; porque evidentemente ahora somos labrados fuera por los azotes, para que luego seamos dispuestos en el templo de Dios sin golpe de disciplina, de modo que todo lo que en nosotros es superfluo, ahora lo corte el golpe, y entonces solo nos una en el edificio la concordia de la caridad. Deben ser amonestados los enfermos para que consideren cuán dura disciplina azota a los hijos carnales para recibir herencias terrenales. ¿Qué, pues, nos parece grave en la corrección divina, por la cual se obtiene una herencia que nunca se perderá, y se evitan castigos que siempre permanecerán? De ahí que Pablo dice: "Tuvimos a nuestros padres según la carne como educadores, y los reverenciábamos; ¿no obedeceremos mucho más al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquellos, en verdad, por pocos días nos educaban según su voluntad; pero este, para lo que es útil en recibir su santificación" (Hebr. XII, 9, 10).

Deben ser amonestados los enfermos para que consideren cuánta es la salud del corazón en la molestia corporal, que devuelve la mente al conocimiento de sí misma, y que muchas veces la salud rechaza, la memoria de la enfermedad reforma, para que el ánimo que se lleva fuera de sí en la elevación, recuerde a qué condición está sujeto, por la carne golpeada que soporta. Esto se señala correctamente por Balaam (si hubiera querido seguir obedeciendo la voz de Dios) en la misma demora de su camino (Num. XXII, 23, ss.). Pues Balaam intenta llegar a su propósito, pero el animal que lo lleva lo impide. La asna, detenida por la prohibición, ve al ángel, que la mente humana no ve; porque muchas veces la carne, por las molestias, lenta por su azote, indica a la mente a Dios, a quien la mente misma que preside sobre la carne no veía, de modo que la ansiedad del espíritu que desea progresar en este mundo, como un camino que se recorre, lo impide, hasta que se le haga conocer al invisible que se le opone. Por eso bien se dice por Pedro: "Tuvo corrección de su locura la bestia muda de carga, que hablando con voz de hombre prohibió la insensatez del profeta" (II Petr. II, 15). Pues el hombre insensato es corregido por la bestia muda de carga, cuando la mente elevada recuerda el bien de la humildad que debe mantener por la carne afligida. Pero Balaam no obtuvo el don de esta corrección porque, yendo a maldecir, cambió la voz, no la mente. Deben ser amonestados los enfermos para que consideren cuán grande es el don de la molestia corporal, que diluye los pecados cometidos y restringe los que podrían cometerse; que, tomada de las heridas exteriores, inflige a la mente golpeada las heridas del arrepentimiento. Por eso está escrito: "El azote de la herida limpia el mal, y las llagas en lo más secreto del vientre" (Prov. XX, 30). Pues el azote de la herida limpia el mal, porque el dolor de los azotes diluye las iniquidades pensadas o perpetradas. Suele tomarse la mente bajo la denominación de vientre; porque así como el vientre consume los alimentos, así la mente, al reflexionar, digiere las preocupaciones. Que el vientre se llama mente, se enseña por la sentencia en la que está escrito: "La lámpara del Señor es el espíritu del hombre, que escudriña todos los secretos del vientre" (Ibid.). Como si dijera: La iluminación del soplo divino, cuando viene a la mente del hombre, iluminándola, le muestra lo que antes de la venida del Espíritu Santo podía soportar y no sabía pesar. Por tanto, el azote de la herida limpia el mal, y las llagas en lo más secreto del vientre; porque cuando somos golpeados exteriormente, en silencio y afligidos somos llevados a la memoria de nuestros pecados, y ante nuestros ojos traemos todo lo que hemos

hecho mal, y por lo que sufrimos fuera, más nos duele dentro lo que hemos hecho. Por eso, entre las heridas abiertas del cuerpo, más nos limpia la llaga secreta del vientre, porque sana las iniquidades de la obra mala con la herida oculta del dolor.

Deben ser amonestados los enfermos para que conserven la virtud de la paciencia, considerando incesantemente cuántos males soportó nuestro Redentor de aquellos a quienes había creado; que soportó tantas injurias de desprecio; que, arrebatando diariamente las almas de las manos del antiguo enemigo, recibió bofetadas de los que insultaban; que, lavándonos con el agua de la salvación, no escondió su rostro de los escupitajos de los infieles; que, liberándonos de los castigos eternos con su intercesión, soportó en silencio los azotes; que, otorgándonos honores eternos entre los coros de los ángeles, soportó los golpes; que, salvándonos de las punzadas de los pecados, no rehusó someter su cabeza a las espinas; que, embriagándonos con la dulzura eterna, en su sed aceptó la amargura del vinagre; que, adorando al Padre por nosotros, aunque era igual a él en divinidad, en silencio soportó ser adorado con burla; que, preparando la vida para los muertos, él mismo, siendo la vida, llegó hasta la muerte. ¿Por qué, entonces, se considera áspero que el hombre soporte los azotes de Dios por los males, si Dios soportó tantos males de los hombres por los bienes? ¿O quién, con sana inteligencia, se mostrará ingrato por su corrección, si él mismo no salió de aquí sin azote, quien vivió aquí sin pecado?

CAPÍTULO XIII [Al. XXXVII] Cómo deben ser amonestados los que temen los azotes y los que los desprecian.

(Amonestación 14.) Deben ser amonestados de manera diferente los que temen los azotes y por eso viven inocentemente, y de otra manera los que han endurecido tanto en la iniquidad que ni siquiera se corrigen por los azotes. Debe decirse a los que temen los azotes que no deseen en gran medida los bienes temporales, que ven que también están presentes en los malos; y que no huyan de los males presentes como si fueran intolerables, sabiendo que aquí también afectan a los buenos. Deben ser amonestados para que, si desean verdaderamente evitar los males, teman los castigos eternos, y no permanezcan en este temor de los castigos, sino que crezcan en la gracia del amor con el alimento de la caridad. Pues está escrito: "El amor perfecto echa fuera el temor" (I Juan IV, 18). Y nuevamente está escrito: "No habéis recibido el espíritu de esclavitud para volver al temor, sino el espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos: Abba, Padre" (Rom. VIII, 15). Por eso el mismo doctor dice nuevamente: "Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad" (II Cor. III, 17). Si, por tanto, aún la pena temida prohíbe la mala acción, ciertamente el ánimo del que teme no tiene ninguna libertad del espíritu. Pues si no temiera la pena, sin duda cometería la culpa. Desconoce, por tanto, la mente la gracia de la libertad, que la ata la servidumbre del temor. Pues los bienes deben ser amados por sí mismos, y no ejecutados por las penas que los obligan. Pues quien hace el bien porque teme los males de los tormentos, desea que no exista lo que teme, para cometer audazmente lo ilícito. Por eso es claro como la luz que ante Dios se pierde la inocencia, ante cuyos ojos se peca con deseo.

Por el contrario, aquellos a quienes ni siquiera los azotes los contienen de las iniquidades, deben ser reprendidos con mayor severidad cuanto más han endurecido en la insensibilidad. Muchas veces deben ser despreciados sin indignación, sin desesperación; de modo que la desesperación mostrada infunda temor, y la amonestación añadida los devuelva a la esperanza. Por tanto, deben ser pronunciadas severamente las sentencias divinas contra ellos, para que, considerando la advertencia eterna, sean llevados al conocimiento de sí mismos. Escuchen, pues, que en ellos se cumple lo que está escrito: "Si machacas al necio en un mortero, como el grano machacado con el mazo, no se apartará de él su necedad" (Prov.

XXVII, 22). Contra estos el profeta se queja al Señor, diciendo: "Los has golpeado, y no quisieron recibir corrección" (Jer. V, 3). De ahí que el Señor dice: "He matado y destruido a este pueblo, y sin embargo no se han vuelto de sus caminos" (Is. IX, 13). De ahí que nuevamente dice: "El pueblo no se volvió al que lo golpeaba" (Jer. XV, 6). De ahí que el profeta, con la voz de los que azotan, se queja, diciendo: "Curamos a Babilonia y no se sanó" (Jer. LI, 9). Babilonia, pues, es curada, pero no se reduce a la salud, cuando la mente confundida en la mala acción escucha las palabras de corrección, recibe los azotes de corrección, y sin embargo desprecia volver a los caminos rectos de la salvación. De ahí que el Señor reprocha al pueblo israelita cautivo, pero no convertido de la iniquidad, diciendo: "La casa de Israel se ha convertido en escoria para mí; todos ellos son bronce, estaño, hierro y plomo en medio del horno" (Ezeq. XXII, 18). Como si dijera abiertamente: Quise purificarlos por el fuego de la tribulación, y busqué que se convirtieran en plata o en oro, pero en el horno se me han convertido en bronce, estaño, hierro y plomo, porque no han surgido a la virtud, sino a los vicios incluso en la tribulación. Pues el bronce, cuando se golpea, emite más sonido que los demás metales. Quien, pues, en la tribulación erupciona en el sonido de la murmuración, se ha convertido en bronce en medio del horno. El estaño, cuando se compone con arte, imita la apariencia de la plata. Quien, pues, no carece del vicio de la simulación en la tribulación, se ha convertido en estaño en el horno. El hierro lo usa quien acecha la vida del prójimo. Por tanto, el hierro está en el horno quien no pierde la malicia de hacer daño en la tribulación. El plomo es más pesado que los demás metales. Por tanto, el plomo se encuentra en el horno quien está tan oprimido por el peso de su pecado que, incluso en la tribulación, no se eleva de los deseos terrenales. De ahí que nuevamente está escrito: "Con mucho trabajo se ha sudado, y no ha salido de ella su excesiva herrumbre ni por el fuego" (Ezeq. XXIV, 12). Pues nos aplica el fuego de la tribulación para purgar en nosotros los vicios; pero ni por el fuego perdemos la herrumbre, cuando incluso entre los azotes no carecemos de vicio. De ahí que el profeta dice nuevamente: "En vano ha soplado el fundidor; no se han consumido sus maldades" (Jer. VI, 29).

Debe saberse, sin embargo, que a veces, cuando permanecen incorregidos entre la dureza de los azotes, deben ser suavizados con dulce amonestación. Pues a quienes no corrigen los tormentos, a veces los blandos halagos los contienen de las acciones iniquas; porque también muchas veces los enfermos, a quienes la fuerte poción de los medicamentos no pudo curar, fueron devueltos a la salud primitiva con agua tibia; y algunas heridas que no pueden ser curadas con incisión, se sanan con fomentos de aceite. Y el duro diamante no recibe la incisión del hierro, pero se ablanda con la suave sangre de los machos cabríos.

CAPÍTULO XIV [Al. XXXVIII]. Cómo deben ser amonestados los taciturnos y los verbosos.

(Amonestación 15) Deben ser amonestados de manera diferente los que son demasiado taciturnos y los que se entregan al mucho hablar. Debe insinuarse a los demasiado taciturnos que, al huir incautamente de ciertos vicios, se implican ocultamente en otros peores. Pues a menudo, porque frenan la lengua de manera immoderada, toleran en el corazón un mucho hablar más grave; de modo que cuanto más las cogitaciones hierven en la mente, más las constriñe la violenta custodia de un silencio indiscreto. Que a menudo se difunden tanto más ampliamente cuanto más se consideran seguras, porque no son vistas por los censores externos. Por eso, a veces la mente se eleva en soberbia, y a quienes escucha hablar, los desprecia como débiles. Y mientras cierra la boca del cuerpo, no reconoce cuánto se abre a los vicios por la soberbia. Pues reprime la lengua, eleva la mente; y cuando no considera su propia maldad, tanto más libremente acusa a todos ante sí, cuanto más secretamente. Deben ser amonestados, por tanto, los demasiado taciturnos, para que estudien con diligencia saber no solo cómo deben mostrarse externamente, sino también cómo deben exhibirse

internamente, para que teman más el juicio oculto por las cogitaciones que la reprensión de los prójimos por los discursos. Pues está escrito: "Hijo mío, atiende a mi sabiduría, e inclina tu oído a mi prudencia, para que guardes las cogitaciones" (Prov. V, 1). Pues nada hay en nosotros más fugaz que el corazón, que se aleja de nosotros tantas veces como se desliza por las malas cogitaciones. De ahí que el salmista dice: "Mi corazón me ha abandonado" (Sal. XXXIX, 13). De ahí que, volviendo a sí mismo, dice: "Tu siervo ha encontrado su corazón para orar a ti" (II Sam. VII, 27). Cuando, por tanto, la cogitación se restringe por la custodia, se encuentra el corazón que solía huir.

Plerumque autem, cuando algunos sufren injusticias en silencio, el dolor se intensifica precisamente porque no expresan lo que soportan. Si las molestias sufridas se expresaran tranquilamente con palabras, el dolor emanaría de la conciencia. Las heridas cerradas causan más sufrimiento. Cuando la putrefacción interna se expulsa, el dolor se abre hacia la sanación. Por lo tanto, aquellos que callan más de lo conveniente deben saber que, al soportar molestias, al guardar silencio, aumentan la intensidad del dolor. Deben ser advertidos para que, si aman a sus prójimos como a sí mismos, no les oculten aquello por lo que justamente los reprenden. Con el remedio de la palabra se busca la salvación de ambos, ya que se frena la mala acción de quien la comete y se modera el ardor del dolor en quien lo sufre al abrir la herida. Aquellos que observan el mal en los demás y, sin embargo, reprimen su lengua en silencio, actúan como si, al ver las heridas, negaran el uso del remedio, convirtiéndose en autores de muerte al no querer curar el veneno que podrían sanar. La lengua, por tanto, debe ser frenada con discreción, no atada de manera indisoluble. Está escrito: "El sabio callará hasta el momento oportuno" (Eclo. 20, 7), para que, cuando considere oportuno, dejando de lado la censura del silencio, se dedique a lo que es útil hablando lo que conviene. Y nuevamente está escrito: "Tiempo de callar y tiempo de hablar" (Ecl. 3, 7). Los tiempos de las vicisitudes deben ser ponderados con discreción, para que la lengua no fluya inútilmente cuando debe ser restringida, ni se restrinja perezosamente cuando puede hablar con utilidad. El salmista, considerando esto bien, dice: "Pon, Señor, guarda a mi boca y puerta de contención a mis labios" (Sal. 140, 3). No pide que se ponga un muro a su boca, sino una puerta, que evidentemente se abre y se cierra. Por lo tanto, debemos aprender cautelosamente para que la voz abra la boca discreta en el momento adecuado y, nuevamente, la cierre con silencio en el momento oportuno.

Por otro lado, deben ser advertidos aquellos que se entregan al mucho hablar, para que vigilen cuánto se desvían del estado de rectitud al dispersarse en múltiples palabras. La mente humana, como el agua, se recoge hacia lo alto cuando está contenida, porque repite aquello de donde descende; y se pierde cuando se relaja, porque se dispersa inútilmente hacia lo bajo. Por cada palabra superflua que se disipa de la censura de su silencio, es como si se condujera fuera de sí misma por tantos riachuelos. Por lo tanto, no puede regresar a su interior para el conocimiento de sí misma, porque dispersa por el mucho hablar, se excluye del secreto de la consideración íntima. Se expone completamente a las heridas del enemigo acechante, porque no se rodea de ninguna protección de custodia. Está escrito: "Como ciudad abierta y sin murallas, así es el hombre que no puede contener su espíritu al hablar" (Prov. 25, 28). Porque al no tener el muro del silencio, la ciudad de la mente está abierta a las flechas del enemigo; y cuando se expulsa a sí misma por las palabras, se muestra abierta al adversario. Cuanto más fácilmente es superada, más lucha contra sí misma por el mucho hablar.

A menudo, porque la mente perezosa es empujada a la caída por ciertos grados, cuando descuidamos evitar las palabras ociosas, llegamos a las nocivas; primero nos gusta hablar de

cosas ajenas, luego mordemos con detracciones la vida de aquellos de quienes hablamos, y finalmente estallamos en abiertas contumelias de lengua. De aquí se siembran los estímulos, surgen las disputas, se encienden las antorchas del odio, se extingue la paz de los corazones. Por eso, bien dice Salomón: "El que deja correr el agua, es el principio de las contiendas" (Prov. 17, 14). Dejar correr el agua es relajar la lengua en el flujo del discurso. En cambio, en la buena parte, se dice nuevamente: "Agua profunda son las palabras de la boca del hombre" (Prov. 18, 4). Quien deja correr el agua es el principio de las contiendas, porque quien no refrena su lengua, disipa la concordia. Por eso, en contraste, está escrito: "El que impone silencio al necio, mitiga las iras" (Prov. 26, 10). Que quien se entrega al mucho hablar no puede mantener la rectitud de la justicia, lo testifica el Profeta que dice: "El hombre de muchas palabras no se afirmará en la tierra" (Sal. 139, 12). De aquí también Salomón dice nuevamente: "En el mucho hablar no faltará pecado" (Prov. 10, 19). De aquí Isaías dice: "El cultivo de la justicia es el silencio" (Is. 32, 17), indicando que la justicia de la mente se desola cuando no se evita la locución desmedida. De aquí Santiago dice: "Si alguno se cree religioso y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión de este es vana" (Sant. 1, 26). De aquí dice nuevamente: "Todo hombre sea pronto para oír, pero lento para hablar" (Sant. 1, 19). De aquí, definiendo la fuerza de la lengua, añade: "Un mal inquieto, llena de veneno mortal" (Sant. 3, 8). De aquí, la Verdad misma nos advierte, diciendo: "Toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio" (Mat. 12, 36). La palabra ociosa es aquella que carece de la razón de justa necesidad o de la intención de utilidad piadosa. Si, por lo tanto, se exige cuenta de la palabra ociosa, pensemos qué castigo espera al mucho hablar, en el que también se peca con palabras nocivas.

CAPÍTULO XV. Cómo deben ser advertidos los perezosos y los precipitados.

(Admonición 16.) De manera diferente deben ser advertidos los perezosos y los precipitados. A aquellos se les debe persuadir para que no pierdan los bienes que deben hacer al diferirlos; a estos se les debe advertir para que no alteren los méritos de los bienes al anticipar imprudentemente el tiempo de hacerlos. A los perezosos se les debe informar que a menudo, cuando no queremos hacer lo que podemos en el momento oportuno, poco después, cuando queremos, no podemos. La misma desidia de la mente, al no ser encendida con el fervor adecuado, es completamente abatida por el deseo de los bienes, mientras el letargo se fortalece furtivamente. Por eso, claramente dice Salomón: "La pereza induce al sueño" (Prov. 19, 15). El perezoso, al sentir correctamente, como si estuviera despierto, aunque al no hacer nada se adormece; pero se dice que la pereza induce al sueño, porque incluso la vigilancia de sentir correctamente se pierde por un tiempo, cuando se cesa en el estudio de obrar bien. Donde se añade correctamente: "Y el alma disoluta tendrá hambre" (Prov. 19, 15). Porque al no dirigirse hacia lo alto, se expande hacia lo bajo por deseos descuidados; y al no ser constreñida por el vigor de los estudios sublimes, es herida por el hambre de la codicia inferior; de modo que, al no atarse por la disciplina, se dispersa hambrienta por los deseos de los placeres. De aquí, nuevamente, Salomón escribe: "En deseos está todo ocioso" (Prov. 21, 26). De aquí, al predicar la Verdad misma (Mat. 12, 44, 45), se dice que la casa está limpia cuando un espíritu sale, pero se ocupa más cuando regresa multiplicado al estar vacía. A menudo, el perezoso, al descuidar hacer lo necesario, se enfrenta a ciertas dificultades, teme imprudentemente algunas cosas; y al encontrar algo que parece temer con justicia, muestra que no se adormece injustamente en la ociosidad. A quien correctamente se le dice por Salomón: "Por el frío, el perezoso no quiere arar; mendigará, pues, en verano, y no se le dará" (Prov. 20, 4). Por el frío, el perezoso no ara, al estar constreñido por el letargo de la desidia, disimula hacer los bienes que debe. Por el frío, el perezoso no ara, al temer pequeños males en contra, y omitir hacer los mayores. Bien se dice: "Mendigará en verano, y no se le dará".

Porque quien ahora no suda en las buenas obras, cuando el sol del juicio aparezca más ardiente, al pedir en vano la entrada al reino, mendiga en verano sin recibir nada. Bien se le dice nuevamente por el mismo Salomón: "El que observa el viento, no sembrará; y el que considera las nubes, nunca segará" (Ecl. 11, 4). ¿Qué se expresa por el viento, sino la tentación de los espíritus malignos? ¿Y qué por las nubes movidas por el viento, sino las adversidades de los hombres perversos? Las nubes son impulsadas por los vientos, porque los hombres perversos son excitados por el soplo de los espíritus inmundos. Quien observa el viento, no siembra; y quien considera las nubes, nunca segará; porque quien teme la tentación de los espíritus malignos, quien teme la persecución de los hombres perversos, ni ahora siembra las semillas de la buena obra, ni entonces cosecha los manojos de la santa retribución.

Por otro lado, los precipitados, al anticipar el tiempo de las buenas acciones, pervierten el mérito, y a menudo caen en males al no discernir los bienes. No consideran cuándo deben hacer las cosas, pero a menudo reconocen que no debieron hacerlas como las hicieron. A estos, bajo la apariencia de oyentes, se les dice correctamente por Salomón: "Hijo, no hagas nada sin consejo, y después de hecho no te arrepentirás" (Eclo. 32, 24). Y nuevamente: "Tus párpados precedan tus pasos" (Prov. 4, 25). Los párpados preceden los pasos cuando el consejo recto precede nuestra acción. Quien descuida prever considerando lo que hace, extiende los pasos, cierra los ojos, avanza en el camino, pero al prever no se adelanta a sí mismo, y por eso cae más rápidamente, porque no observa por el párpado del consejo dónde debe poner el pie de la obra.

CAPÍTULO XVI. Cómo deben ser advertidos los mansos y los iracundos.

(Admonición 17.) De manera diferente deben ser advertidos los mansos y los iracundos. A veces, los mansos, cuando están al frente, soportan la cercanía y casi la proximidad del letargo de la desidia. Y a menudo, con una resolución excesiva de mansedumbre, ablandan más de lo necesario el vigor de la severidad. Por otro lado, los iracundos, cuando ocupan lugares de gobierno, cuanto más se precipitan en la locura de la mente impulsados por la ira, tanto más confunden la vida de los súbditos al disipar la tranquilidad de la paz. Cuando el furor los lleva al precipicio, ignoran todo lo que hacen enojados, ignoran todo lo que sufren de sí mismos enojados. A veces, lo que es más grave, consideran el estímulo de su ira como celo de justicia. Y cuando el vicio se cree virtud, la culpa se acumula sin temor. A menudo, los mansos se adormecen por el tedio de la disolución; a menudo, los iracundos se engañan por el celo de la rectitud. Por lo tanto, a aquellos se les añade el vicio a su virtud de manera oculta; a estos, su vicio les parece una virtud ferviente. Deben ser advertidos, por lo tanto, aquellos para que huyan de lo que está cerca de ellos, estos para que atiendan lo que está en ellos; aquellos para que discernan lo que no tienen, estos para que discernan lo que tienen. Los mansos deben abrazar la solicitud, los iracundos deben condenar la perturbación. Los mansos deben ser advertidos para que también se esfuercen por tener el celo de la justicia; los iracundos deben ser advertidos para que añadan mansedumbre al celo que creen tener. Por eso, el Espíritu Santo se nos muestra en la paloma y en el fuego, porque evidentemente a todos los que llena, los exhibe mansos con la simplicidad de la paloma y ardientes con el celo del fuego.

Por lo tanto, no está lleno del Espíritu Santo quien, o bien en la tranquilidad de la mansedumbre abandona el fervor del celo, o bien en el ardor del celo pierde la virtud de la mansedumbre. Quizás lo mostramos mejor si traemos a colación la enseñanza de Pablo, quien a dos discípulos, dotados de no diferente caridad, sin embargo, les proporciona diferentes ayudas de predicación. A Timoteo, al amonestarle, dice: "Reprende, exhorta, increpa con

toda paciencia y doctrina" (2 Tim. 4, 2). También amonesta a Tito diciendo: "Habla estas cosas, exhorta y reprende con toda autoridad" (Tit. 2, 15). ¿Qué es lo que su doctrina dispensa con tanto arte, que al proponerla a este, le propone autoridad, y al otro, paciencia, sino que vio que Tito era de espíritu más manso y Timoteo de espíritu un poco más ferviente? A este lo inflama con el estudio del celo, a aquel lo templea con la lenidad de la paciencia. A este le añade lo que le falta, a aquel le quita lo que le sobra. A este lo impulsa con el estímulo, a aquel lo modera con el freno. El gran colono de la Iglesia asumida, riega a unos sarmientos para que crezcan; a otros, cuando ve que crecen más de lo justo, los poda, para que ni al no crecer no den frutos, ni al crecer desmedidamente, pierdan los que han producido. Pero es muy diferente la ira que se infiltra bajo la apariencia de celo, de la que confunde el corazón turbado sin el pretexto de la justicia. Aquella se extiende desordenadamente en lo que debe, esta siempre se inflama en lo que no debe. Debe saberse que los iracundos se diferencian de los impacientes en que aquellos no toleran lo que les es infligido por otros, mientras que estos también imponen lo que debe ser tolerado. Los iracundos a menudo persiguen incluso a quienes se apartan de ellos, provocan ocasiones de riña, se deleitan en el trabajo de la contienda; sin embargo, los corregimos mejor si los evitamos en el mismo arrebató de su ira. Porque los perturbados ignoran lo que oyen, pero al ser llevados a sí mismos, tanto más libremente reciben las palabras de exhortación cuanto más se avergüenzan de ser tolerados tranquilamente. A la mente ebria de furor, todo lo recto que se dice le parece perverso. Por eso, Abigail laudablemente calló la culpa de Nabal cuando estaba ebrio, y laudablemente se la dijo cuando se le pasó el vino (1 Sam. 25, 37). Por eso pudo conocer el mal que había hecho, porque no lo oyó estando ebrio.

Cuando los iracundos atacan a otros de tal manera que no pueden ser evitados en absoluto, no deben ser heridos con reproches abiertos, sino con cierta cautela de reverencia, golpeándolos al perdonar. Lo mostramos mejor si traemos a colación el hecho de Abner. Cuando Asael lo atacó con la fuerza de una precipitación imprudente, está escrito: "Abner habló a Asael, diciendo: Retírate, no me persigas, no sea que me vea obligado a herirte en la tierra. Pero él se negó a escuchar y no quiso retirarse. Entonces Abner lo hirió con el reverso de la lanza en la ingle, y lo atravesó, y murió" (2 Sam. 2, 22, 23). ¿De quién tomó Asael el tipo, sino de aquellos que el furor vehemente arrastra precipitadamente? Que deben ser evitados con tanta cautela cuanto son arrastrados insensatamente. Por eso, Abner, que en nuestro idioma significa "luz del padre", huye, porque la lengua de los doctores, que indica la luz divina suprema, cuando ve que la mente de alguien es llevada por los abruptos del furor, y cuando disimula devolver las flechas de las palabras contra el iracundo, no quiere herir al perseguidor. Pero cuando los iracundos no se mitigan con ninguna consideración, y como Asael no cesan de perseguir e insensatear, es necesario que aquellos que intentan reprimir a los furiosos no se levanten en el furor, sino que muestren toda la tranquilidad; pero que digan algunas cosas sutilmente, en las que de manera indirecta hieran el ánimo del furioso. Por eso, Abner, cuando se detuvo contra el perseguidor, no lo atravesó con la punta, sino con el reverso de la lanza. Herir con la punta es oponerse con el ímpetu de la increpación abierta. Herir al perseguidor con el reverso de la lanza es tocar tranquilamente al furioso con algunas cosas, y superarlo como perdonándolo. Asael cae inmediatamente, porque las mentes alteradas, al sentir que se les perdona y, sin embargo, son tocadas en lo íntimo con la razón de las respuestas bajo la tranquilidad, caen de lo que habían erigido. Por lo tanto, aquellos que retroceden del ímpetu de su fervor bajo el golpe de la lenidad, mueren como sin hierro.

CAPÍTULO XVII. Cómo deben ser advertidos los humildes y los altivos.

(Admonición 18.) De manera diferente deben ser advertidos los humildes y los altivos. A aquellos se les debe insinuar cuán verdadera es la excelencia que esperan alcanzar; a estos se

les debe informar cuán nula es la gloria temporal que, al abrazarla, no poseen. Que los humildes escuchen cuán eternas son las cosas que desean, cuán transitorias las que desprecian; que los altivos escuchen cuán transitorias son las cosas que ambicionan, cuán eternas las que pierden. Que los humildes escuchen de la voz maestra de la Verdad: "Todo el que se humilla será exaltado" (Luc. 18, 14); que los altivos escuchen: "Todo el que se exalta será humillado" (Ibid.). Que los humildes escuchen: "La gloria precede a la humildad"; que los altivos escuchen: "Antes de la ruina se exalta el espíritu" (Prov. 15, 33; 16, 18). Que los humildes escuchen: "¿A quién miraré, sino al humilde y tranquilo, y que tiembla ante mis palabras?" (Is. 66, 2); que los altivos escuchen: "¿Por qué se enorgullece el polvo y la ceniza?" (Eclo. 10, 9). Que los humildes escuchen: "Dios mira a los humildes"; que los altivos escuchen: "Y a los altos los conoce de lejos" (Sal. 138, 6). Que los humildes escuchen, porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir (Mat. 20, 28); que los altivos escuchen, porque el principio de todo pecado es la soberbia (Eclo. 10, 15). Que los humildes escuchen, porque nuestro Redentor se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte (Filip. 2, 8); que los altivos escuchen lo que está escrito sobre su cabeza: "Él es el rey sobre todos los hijos de la soberbia" (Job 41, 25). La ocasión de nuestra perdición fue la soberbia del diablo, y el argumento de nuestra redención fue la humildad de Dios. Nuestro enemigo, creado entre todas las cosas, quiso parecer elevado sobre todas; pero nuestro Redentor, permaneciendo grande sobre todas, se dignó hacerse pequeño entre todas.

Por lo tanto, se debe decir a los humildes que, al humillarse, ascienden a la semejanza de Dios; se debe decir a los altivos que, al elevarse, caen en la imitación del ángel apóstata. ¿Qué hay más bajo que la altivez, que al extenderse sobre sí misma, se aleja de la altura de la verdadera elevación? ¿Y qué hay más sublime que la humildad, que al hundirse en lo más bajo, se une a su Creador que permanece sobre lo más alto? Sin embargo, hay algo más que debe ser considerado cautelosamente en ellos, porque a menudo algunos son engañados por la apariencia de humildad, y otros por la ignorancia de su altivez. Porque a menudo, algunos que se consideran humildes, tienen un temor que no debe ser asociado con los hombres; a menudo, los altivos suelen ser acompañados por la afirmación de una voz libre. Y cuando ciertos vicios deben ser reprendidos, aquellos callan por temor, y sin embargo creen que callan por humildad; estos hablan por la impaciencia de la altivez, y sin embargo creen que hablan por la libertad de la rectitud. A aquellos, la culpa del temor los oprime bajo la apariencia de humildad para que no reprendan lo perverso; a estos, la desenfadada impetuosidad del orgullo los impulsa bajo la imagen de la libertad a reprender lo que no deben, o más de lo que deben. Por lo tanto, los altivos deben ser advertidos para que no sean más libres de lo que conviene; y los humildes deben ser advertidos para que no sean más sujetos de lo que es necesario, no sea que aquellos conviertan la defensa de la justicia en ejercicio de soberbia, o que estos, al esforzarse por someterse más de lo necesario a los hombres, se vean obligados a venerar incluso sus vicios.

Considerando que a menudo corregimos a los altivos de manera más útil si mezclamos ciertos elogios con las correcciones. Debemos mencionarles los otros bienes que poseen o, al menos, lo que podrían tener si no los poseen; y solo entonces debemos cortar los males que nos desagradan, una vez que los bienes mencionados previamente han hecho su mente más receptiva. Así como tocamos primero con mano suave a los caballos indómitos para luego someterlos con el látigo, y al amargo brebaje de las medicinas se le añade la dulzura de la miel para que la amargura que es beneficiosa para la salud no se sienta tan áspera al gusto; mientras el gusto es engañado por la dulzura, el humor mortal es vaciado por la amargura. Por lo tanto, los comienzos de la invectiva contra los altivos deben ser moderados con

elogios, para que, al aceptar los favores que aman, también reciban las correcciones que odian.

A menudo podemos persuadir mejor a los altivos de lo que es útil si decimos que su progreso nos beneficiará más a nosotros que a ellos, si pedimos que su mejora se nos conceda más a nosotros que a ellos mismos. La altivez se inclina fácilmente hacia el bien si se cree que su inclinación también beneficiará a otros. Así, Moisés, quien bajo la guía de Dios avanzaba por el desierto con una columna de nube, cuando quiso sacar a su pariente Hobab de la vida pagana y someterlo al dominio del Dios omnipotente, dijo: "Nos dirigimos al lugar que el Señor nos dará; ven con nosotros, para que te hagamos bien, porque el Señor ha prometido cosas buenas a Israel". Cuando Hobab respondió: "No iré contigo, sino que regresaré a mi tierra natal", Moisés añadió: "No nos dejes; tú sabes dónde debemos acampar en el desierto, y serás nuestro guía" (Núm. X, 29, sig.). No es que Moisés estuviera angustiado por la ignorancia del camino, pues su conocimiento de la Divinidad lo había expandido a la ciencia de la profecía, y la columna lo guiaba externamente, mientras que la conversación continua con Dios lo instruía internamente. Pero el hombre prudente, al hablar con un oyente altivo, pidió ayuda para darla; buscaba un guía en el camino para poder ser su guía hacia la vida. Así, el oyente altivo se volvió más devoto a la voz que lo aconsejaba hacia lo mejor, cuanto más se le consideraba necesario; y donde creía que superaba a su exhortador, allí se inclinaba bajo las palabras del que lo exhortaba.

CAPÍTULO XXIII [Al. XLII]. Cómo deben ser amonestados los obstinados y los inconstantes.

(Admonición 19.) Los obstinados deben ser amonestados de manera diferente a los inconstantes. A aquellos se les debe decir que piensan más de sí mismos de lo que son, y por eso no aceptan los consejos ajenos; a estos se les debe informar que, al despreciarse mucho a sí mismos, se descuidan, y por eso son llevados por la ligereza de sus pensamientos a cambiar de juicio con el tiempo. A aquellos se les debe decir que, si no se consideraran mejores que los demás, no pospondrían los consejos de todos a su propia deliberación; a estos se les debe decir que, si atendieran de alguna manera a lo que son, no serían llevados por el viento de la inconstancia a través de tantos cambios. A aquellos se les dice por Pablo: "No seáis sabios en vuestra propia opinión" (Rom. XII, 16); mientras que estos escuchan: "No seamos llevados por todo viento de doctrina" (Efes. IV, 14). De aquellos se dice por Salomón: "Comerán del fruto de su camino, y se saciarán de sus propios consejos" (Prov. I, 31); de estos, sin embargo, se escribe nuevamente: "El corazón de los necios será diferente" (Ibid., XV, 7). El corazón de los sabios siempre es igual a sí mismo; porque, al aceptar las persuasiones correctas, se dirige constantemente en la buena obra. Pero el corazón de los necios es diferente, porque, al exhibirse variable por la inconstancia, nunca permanece en lo que fue. Y como algunos vicios, al igual que se engendran a partir de sí mismos, también surgen de otros, es sumamente importante saber que los corregimos mejor cuando los secamos desde la fuente misma de su amargura. La obstinación se genera de la soberbia, y la inconstancia de la ligereza.

Por lo tanto, los obstinados deben ser amonestados para que reconozcan la altivez de su pensamiento y se esfuercen por vencerse a sí mismos; no sea que, al despreciar ser superados externamente por las persuasiones correctas de otros, sean mantenidos cautivos internamente por la soberbia. Deben ser amonestados para que miren con atención que el Hijo del Hombre, cuya voluntad es siempre una con la del Padre, para darnos ejemplo de cómo debemos quebrantar nuestra propia voluntad, dice: "No busco mi voluntad, sino la voluntad del Padre que me envió" (Juan V, 30). Y para recomendar aún más la gracia de esta virtud, anticipó que

la observaría en el juicio final, diciendo: "Yo no puedo hacer nada por mí mismo; como oigo, juzgo" (Ibid.). ¿Con qué conciencia, entonces, se niega el hombre a aceptar la voluntad ajena, cuando el Hijo de Dios y del hombre, al venir a mostrar la gloria de su virtud, testifica que no juzga por sí mismo?

Por el contrario, los inconstantes deben ser amonestados para que fortalezcan su mente con gravedad. Entonces secan en sí mismos los brotes de la inconstancia, cuando primero cortan de su corazón la raíz de la ligereza, porque también entonces se construye una estructura robusta, cuando primero se provee un lugar sólido donde debe colocarse el fundamento. A menos que se evite primero la ligereza de la mente, la inconstancia de los pensamientos no se vence en absoluto. De lo cual Pablo testificó que estaba libre, cuando dice: "¿Acaso usé de ligereza? ¿O lo que pienso, lo pienso según la carne, para que haya en mí sí y no?" (II Cor. I, 17). Como si dijera abiertamente: Por eso no soy movido por el viento de la inconstancia, porque no sucumbo al vicio de la ligereza.

CAPÍTULO XIX [Al. XLIII]. Cómo deben ser amonestados los que usan el alimento de manera intemperante y los que lo usan con moderación.

(Admonición 20.) Los que se entregan a la gula deben ser amonestados de manera diferente a los que son abstinentes. A aquellos los acompaña la superfluidad de palabras, la ligereza de las obras y la culpa de la lujuria; a estos, a menudo, la impaciencia y, a menudo, la culpa de la soberbia. Porque si la immoderada loquacidad no arrastrara a los entregados a la gula, aquel rico que se dice que banqueteaba espléndidamente todos los días no ardería más gravemente en la lengua, diciendo: "Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama" (Luc. XVI, 24). Con estas palabras se muestra que, al banquetear diariamente, había pecado más frecuentemente en la lengua, quien, ardiendo por completo, buscaba ser refrescado principalmente en la lengua. Nuevamente, porque la ligereza de las obras sigue inmediatamente a los entregados a la gula, la autoridad sagrada testifica, diciendo: "El pueblo se sentó a comer y a beber, y se levantaron a jugar" (Éxodo XXXII, 6). A menudo, la glotonería los lleva hasta la lujuria, porque cuando el vientre se llena de saciedad, se despiertan los agujones de la lujuria. Por eso, al astuto enemigo que abrió el sentido del primer hombre a la concupiscencia del fruto, pero lo atrapó en el lazo del pecado, se le dice con voz divina: "Te arrastrarás sobre tu pecho y tu vientre" (Gén. III, 14), como si se le dijera abiertamente: Dominarás sobre los corazones humanos con pensamiento y glotonería. Que la lujuria sigue a los entregados a la gula, lo testifica el profeta, quien al narrar lo evidente, denuncia lo oculto, diciendo: "El príncipe de los cocineros destruyó los muros de Jerusalén" (Jer. XXXIX, 9; IV Reg. XXV, 10, según LXX). El príncipe de los cocineros es el vientre, al que los cocineros dedican gran cuidado para que se llene de alimentos deliciosos. Los muros de Jerusalén son las virtudes del alma, elevadas al deseo de la paz suprema. Por lo tanto, el príncipe de los cocineros derriba los muros de Jerusalén; porque cuando el vientre se llena de glotonería, las virtudes del alma son destruidas por la lujuria.

Por el contrario, si las mentes de los abstinentes no fueran a menudo sacudidas del seno de la tranquilidad por la impaciencia, Pedro no habría dicho: "Añadid a vuestra fe virtud, a la virtud conocimiento, al conocimiento abstinencia" (II Pedro I, 5); inmediatamente añadió vigilante: "A la abstinencia, paciencia". Previó que a los abstinentes les faltaba paciencia, y les advirtió que la tuvieran. Nuevamente, si las mentes de los abstinentes no fueran a veces transfiguradas por la culpa de la soberbia, Pablo no habría dicho: "El que no come, no juzgue al que come" (Rom. XIV, 3). Y nuevamente, hablando a otros, cuando reprendía los preceptos de aquellos que se gloriaban en la virtud de la abstinencia, añadió: "Estas cosas

tienen, en verdad, apariencia de sabiduría en religión y humildad, y no en el trato del cuerpo, no en algún honor para la satisfacción de la carne" (Col. II, 23). En esto, es notable que en su discurso el predicador ilustre una apariencia de humildad a la superstición, porque cuando la carne es mortificada más de lo necesario por la abstinencia, se muestra humildad externamente, pero de esta misma humildad se enorgullece gravemente internamente. Y si a veces la mente no se hinchara por la virtud de la abstinencia, el fariseo arrogante no la habría enumerado cuidadosamente entre sus grandes méritos, diciendo: "Ayuno dos veces a la semana" (Luc. XVIII, 12). Por lo tanto, los entregados a la gula deben ser amonestados para que no se atraviesen con el filo de la lujuria al entregarse a la delectación de los alimentos; y deben observar cuánta loquacidad y cuánta ligereza de mente les acechan a través del comer, para que no sirvan suavemente al vientre y se aten cruelmente con los lazos de los vicios. Cuanto más se alejan del segundo padre, más se repite la caída del primer padre cuando la mano se extiende hacia el alimento por el uso immoderado. Por el contrario, los abstinentes deben ser amonestados para que siempre observen cuidadosamente, no sea que, al huir del vicio de la gula, se generen en ellos vicios más graves como si fueran virtudes; no sea que, al mortificar la carne, estallen en impaciencia del espíritu: y ya no haya virtud alguna en que la carne sea vencida, si el espíritu es superado por la ira. A veces, cuando la mente de los abstinentes es deprimida por la ira, esta es corrompida por una alegría que viene como extranjera, y así se pierde el bien de la abstinencia, porque no se guarda de los vicios espirituales. Por eso, correctamente se dice por el profeta: "En los días de vuestros ayunos se encuentran vuestras voluntades" (Isaías LVIII, 3, según LXX). Y poco después: "Ayunáis para pleitos y contiendas, y herís con puños" (Ibid.). La voluntad se refiere a la alegría, el puño a la ira. Por lo tanto, en vano se mortifica el cuerpo por la abstinencia, si la mente se disipa por los vicios desordenados. Nuevamente, deben ser amonestados para que mantengan su abstinencia siempre sin disminución y nunca la consideren ante el juez oculto como una virtud eminente, no sea que, si se cree que es de gran mérito, el corazón se eleve en soberbia. Por eso, se dice por el profeta: "¿Es este el ayuno que elegí? Rompe tu pan con el hambriento, y lleva a los pobres y vagabundos a tu casa" (Ibid., 5).

En esto se debe considerar cuán pequeña es la virtud de la abstinencia, que solo se recomienda por otras virtudes. Por eso, Joel dice: "Santificad un ayuno". Santificar un ayuno es mostrar una abstinencia digna de Dios al añadir otros bienes. Los abstinentes deben ser amonestados para que sepan que ofrecen una abstinencia agradable a Dios cuando lo que se quitan de los alimentos lo dan a los necesitados. Debe escucharse atentamente lo que el Señor reprende por el profeta, diciendo: "Cuando ayunabais y llorabais en el quinto y séptimo mes durante estos setenta años, ¿acaso ayunabais para mí? Y cuando comíais y bebíais, ¿no comíais y bebíais para vosotros mismos?" (Zacarías VII, 5 sig.). Porque nadie ayuna para Dios, sino para sí mismo, si lo que se quita temporalmente del vientre no se da a los necesitados, sino que se guarda para ofrecerlo al vientre después.

Por lo tanto, para que ni el apetito de la gula derribe a aquellos del estado de la mente, ni la carne afligida por la abstinencia los haga caer por la soberbia, que aquellos escuchen de la boca de la Verdad: "Mirad por vosotros mismos, no sea que vuestros corazones se carguen de glotonería y embriaguez, y de las preocupaciones de esta vida" (Luc. XXI, 34). Donde también se añade un temor útil: "Y venga sobre vosotros aquel día de repente. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra" (Ibid., 35). Que estos escuchen: "No lo que entra en la boca contamina al hombre, sino lo que sale de la boca, eso contamina al hombre" (Mat. XV, 11). Que aquellos escuchen: "La comida es para el vientre, y el vientre para la comida; pero Dios destruirá tanto a este como a aquellas" (I Cor. VI, 13). Y nuevamente: "No en glotonerías y embriagueces" (Rom. XIII, 13). Y nuevamente: "La

comida no nos hace más aceptos a Dios" (I Cor. VIII, 8). Que estos escuchen, porque todas las cosas son puras para los puros; pero para los contaminados e incrédulos nada es puro (Tit. I, 15). Que aquellos escuchen: "Cuyo dios es el vientre, y su gloria está en su vergüenza" (Filip. III, 19). Que estos escuchen: "Algunos se apartarán de la fe" (I Tim. IV, 1, 3). Y poco después: "Prohibiendo casarse, y mandando abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad". Que aquellos escuchen: "Es bueno no comer carne, ni beber vino, ni hacer nada en lo que tu hermano tropiece" (Rom. XIV, 21). Que estos escuchen: "Usa un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades" (I Tim. V, 23). Para que tanto aquellos aprendan a no desear desordenadamente los alimentos de la carne, como estos no se atrevan a condenar la creación de Dios que no desean.

CAPÍTULO XX [Al. XLIV]. Cómo deben ser amonestados los que distribuyen lo suyo y los que roban lo ajeno.

(Admonición 21.) Los que ya distribuyen misericordiosamente lo suyo deben ser amonestados de manera diferente a los que aún se esfuerzan por robar lo ajeno. Los que ya distribuyen misericordiosamente lo suyo deben ser amonestados para que no se enorgullezcan en su pensamiento sobre aquellos a quienes dan cosas terrenales; para que no se consideren mejores porque ven que otros dependen de ellos. Porque el dueño de la casa terrenal, al distribuir los órdenes y ministerios de los siervos, establece a unos para que gobiernen y a otros para que sean gobernados. A estos les ordena que proporcionen lo necesario a los demás, a aquellos que reciban de otros. Y, sin embargo, a menudo ofenden los que gobiernan, y permanecen en la gracia del padre de familia los que son gobernados. Merecen ira los que son dispensadores, y sin ofensa perduran los que subsisten de la dispensación ajena. Por lo tanto, los que ya distribuyen misericordiosamente lo que poseen deben ser amonestados para que reconozcan que han sido puestos por el Señor celestial como dispensadores de los bienes temporales; y cuanto más humildemente den, más deben entender que lo que dispensan es ajeno. Y cuando consideran que están establecidos en el ministerio de aquellos a quienes dan, que no se eleven sus mentes con orgullo, sino que las oprima el temor. Por lo tanto, es necesario que consideren cuidadosamente para que no distribuyan indignamente lo que se les ha confiado; para que no den nada a quienes deben dar algo, ni algo a quienes deben dar nada; para que no den mucho a quienes deben dar poco, ni poco a quienes deben dar mucho; para que no dispersen lo que dan precipitadamente de manera inútil; para que no torturen nocivamente a los que piden con tardanza; para que no se infiltre la intención de recibir aquí la gracia; para que la luz de la dádiva no se apague por el deseo de la alabanza transitoria; para que el don ofrecido no sea asediado por la tristeza unida; para que en el bien ofrecido el ánimo no se alegre más de lo debido, para que no se atribuyan nada a sí mismos cuando hayan cumplido todo, y pierdan todo después de haberlo realizado. Para que no se atribuyan a sí mismos la virtud de su liberalidad, que escuchen lo que está escrito: "Si alguno ministra, hágalo conforme al poder que Dios da" (I Pedro IV, 11). Para que no se alegren immoderadamente en los beneficios, que escuchen lo que está escrito: "Cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido mandado, decid: Siervos inútiles somos, lo que debíamos hacer, hicimos" (Luc. XVII, 10). Para que la tristeza no corrompa la liberalidad, que escuchen lo que está escrito: "Dios ama al dador alegre" (II Cor. IX, 7). Para que no busquen la alabanza transitoria por el don dado, que escuchen lo que está escrito: "No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha" (Mat. VI, 3); es decir, que a la piadosa dispensación no se mezcle la gloria de la vida presente, sino que el deseo de favor ignore la obra de rectitud. Para que no busquen la reciprocidad de la gracia dada, que escuchen lo que está escrito: "Cuando hagas comida o cena, no lllames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos, no

sea que ellos también te inviten a ti, y te sea hecha retribución; pero cuando hagas banquete, llama a los pobres, a los mancos, a los cojos, a los ciegos; y serás bienaventurado, porque no tienen con qué retribuirte" (Luc. XIV, 12 sig. etc.). Para que no den tarde lo que debe darse pronto, que escuchen lo que está escrito: "No digas a tu amigo: Vete y vuelve, y mañana te daré, cuando puedes dar inmediatamente" (Prov. III, 28). Para que no dispersen inútilmente lo que poseen bajo el pretexto de la liberalidad, que escuchen lo que está escrito: "Que sude tu limosna en tu mano". Para que no den poco cuando se necesita mucho, que escuchen lo que está escrito: "El que siembra escasamente, también segará escasamente" (II Cor. IX, 6). Para que no den mucho cuando se necesita poco y luego, al no poder soportar la escasez, estallen en impaciencia, que escuchen lo que está escrito: "No para que haya alivio para otros y tribulación para vosotros, sino para que haya igualdad, que vuestra abundancia supla la escasez de ellos, y que la abundancia de ellos supla vuestra escasez" (Ibid. VIII, 13, 14). Porque cuando la mente del dador no sabe soportar la escasez, si se quita mucho a sí mismo, busca una ocasión de impaciencia contra sí mismo. Primero debe prepararse el ánimo para la paciencia, y entonces se debe dar mucho o todo, para que, al no soportar con ecuanimidad la escasez que se avecina, no se pierda la recompensa de la liberalidad anterior, y la murmuración subsiguiente no pierda la mente aún más. Para que no den nada a quienes deben dar algo pequeño, que escuchen lo que está escrito: "A todo el que te pida, da" (Luc. VI, 30). Para que no den algo a quienes no deben dar nada, que escuchen lo que está escrito: "Da al bueno, y no recibas al pecador; haz bien al humilde, y no des al impío" (Eclo. XII, 4). Y nuevamente: "Pon tu pan y tu vino sobre la sepultura del justo, y no comas ni bebas de ello con los pecadores" (Tob. IV, 17).

Porque da su pan y su vino a los pecadores quien proporciona ayuda a los inicuos por ser inicuos. Por eso, algunos ricos de este mundo, mientras los pobres de Cristo sufren hambre, alimentan a los actores con generosidad. Pero quien da su pan al pecador necesitado, no porque sea pecador, sino porque es hombre, ciertamente no alimenta al pecador, sino al justo pobre, porque en él ama no la culpa, sino la naturaleza.

Deben ser advertidos también aquellos que ya muestran misericordia al dar de lo suyo, para que se esfuercen en custodiar con diligencia, no sea que, mientras redimen sus pecados con limosnas, cometan aún más pecados que necesiten ser redimidos; no deben considerar la justicia de Dios como algo que se puede comprar, pensando que al dar dinero por sus pecados, pueden pecar impunemente. Porque el alma es más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido (Mat. VI, 25; Luc. XII, 23). Quien, por tanto, da alimento o vestido a los pobres, pero se contamina con la iniquidad del alma o del cuerpo, ofrece a la justicia lo que es menos, y a la culpa lo que es más; pues da lo suyo a Dios, y se entrega al diablo.

Por otro lado, deben ser advertidos aquellos que aún se esfuerzan por arrebatar lo ajeno, para que escuchen con atención lo que el Señor dice al venir al juicio. Dice: "Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis" (Mat. XXV, 35, 36). A estos también les dice: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles" (Mat. XXV, 41). No escuchan que se les reprocha por haber cometido robos u otras violencias, y sin embargo, son condenados al fuego eterno del infierno. De aquí se deduce cuán grande es la condena para aquellos que roban lo ajeno, si tan severamente son castigados aquellos que retuvieron lo suyo de manera indiscreta. Consideren a qué culpa los obliga la cosa robada, si tal pena se impone por no haberla entregado. Consideren qué merece la injusticia cometida, si tal castigo merece la piedad no mostrada.

Cuando intentan robar lo ajeno, escuchen lo que está escrito: "¡Ay de aquel que multiplica lo que no es suyo! ¿Hasta cuándo cargará sobre sí un denso lodo?" (Habac. II, 6). Para el avaro, cargar sobre sí un denso lodo es acumular ganancias terrenales con el peso del pecado. Cuando desean ampliar los espacios de su morada, escuchen lo que está escrito: "¡Ay de los que juntan casa con casa, y campo con campo, hasta el límite del lugar! ¿Habitaréis solos en medio de la tierra?" (Isai. V, 8). Como si dijera abiertamente: ¿Hasta dónde os extenderéis, vosotros que no podéis tener compañeros en el mundo común? Oprimís a los que están unidos, pero siempre encontráis contra quienes podéis extenderos. Cuando ansían aumentar sus riquezas, escuchen lo que está escrito: "El avaro no se sacia de dinero; y el que ama las riquezas, no sacará fruto de ellas" (Eccle. V, 9). Sacaría fruto de ellas si quisiera esparcirlas bien sin amarlas. Pero quien las retiene amándolas, ciertamente las dejará sin fruto. Cuando arden en deseos de llenarse de todas las riquezas a la vez, escuchen lo que está escrito: "El que se apresura a enriquecerse, no será inocente" (Prov. XXVIII, 20); pues quien ambiciona aumentar sus riquezas, descuida evitar el pecado; y como las aves atrapadas, cuando ansiosamente ven el cebo de las cosas terrenales, no reconocen que serán estranguladas por el lazo del pecado. Cuando desean cualquier ganancia de este mundo presente, e ignoran las pérdidas que sufrirán en el futuro, escuchen lo que está escrito: "La herencia que se apresura al principio, al final carecerá de bendición" (Prov. XX, 21). De esta vida tomamos el inicio, para llegar al final a la suerte de la bendición: quienes se apresuran a heredar al principio, se amputan a sí mismos la suerte de la bendición al final; porque mientras aquí desean multiplicarse por la maldad de la avaricia, allí son desheredados del patrimonio eterno. Cuando ambicionan muchas cosas, o pueden obtener todo lo que ambicionan, escuchen lo que está escrito: "¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?" (Mat. XVI, 26). Como si la Verdad dijera abiertamente: ¿De qué le sirve al hombre reunir todo lo que está fuera de él, si condena lo único que él mismo es? Sin embargo, a menudo la avaricia de los ladrones se corrige más rápidamente si se les muestra en las palabras del que amonesta cuán fugaz es la vida presente: si se les recuerda a aquellos que intentaron enriquecerse en este mundo durante mucho tiempo, y sin embargo no pudieron permanecer mucho tiempo en las riquezas adquiridas, a quienes la muerte repentina y rápida les arrebató todo lo que su maldad no reunió ni rápida ni simultáneamente; quienes no solo dejaron aquí lo robado, sino que llevaron consigo al juicio las causas de su robo. Escuchen, por tanto, los ejemplos de aquellos a quienes sin duda condenan con sus palabras; para que cuando después de las palabras regresen al corazón, al menos se avergüencen de imitar a aquellos a quienes juzgan.

CAPÍTULO XXI [Al. XLV]. Cómo deben ser advertidos quienes no desean lo ajeno, pero retienen lo suyo; y quienes, dando lo suyo, aún roban lo ajeno.

(Advertencia 22.) Deben ser advertidos de manera diferente aquellos que ni desean lo ajeno ni dan lo suyo; y de manera diferente aquellos que dan lo que tienen, pero no dejan de robar lo ajeno. Deben ser advertidos quienes ni desean lo ajeno ni dan lo suyo, para que sepan con diligencia que la tierra de la que fueron tomados es común a todos los hombres, y por eso también produce alimentos para todos en común. En vano, por tanto, se consideran inocentes, quienes reclaman para sí el don común de Dios como privado; quienes, al no dar lo que han recibido, se ensañan en la muerte de sus prójimos, porque casi tantos matan cada día como las ayudas de los pobres moribundos que esconden. Pues cuando ministramos cualquier cosa necesaria a los necesitados, les devolvemos lo suyo, no damos lo nuestro; más bien pagamos una deuda de justicia que cumplimos obras de misericordia. Por eso, la misma Verdad, cuando hablaba cautelosamente de la misericordia que debe ser mostrada, dijo: "Cuidaos de no hacer vuestra justicia delante de los hombres" (Mat. VI, 1). A lo cual también el Salmista concuerda diciendo: "Esparció, dio a los pobres, su justicia permanece para siempre" (Sal. CI,

9). Pues cuando precedió la liberalidad mostrada a los pobres, prefirió no llamarla misericordia, sino justicia; porque lo que se da del Señor común, es justo que quienes lo reciben lo usen en común. De aquí también Salomón dice: "El justo da y no cesa" (Prov. XXI, 26). Deben ser advertidos también para que atiendan con diligencia que la higuera que no dio fruto, contra ella se queja el agricultor estricto, porque incluso ocupó la tierra. La higuera sin fruto ocupa la tierra, cuando la mente de los avaros guarda inútilmente lo que podría beneficiar a muchos. La higuera sin fruto ocupa la tierra, cuando el lugar que otro podría ejercer bajo el sol de la buena obra, el necio lo oprime con la sombra de la desidia.

Sin embargo, a menudo suelen decir: Usamos lo que se nos ha concedido, no buscamos lo ajeno, y si no actuamos con una retribución digna de misericordia, al menos no perpetramos nada perverso. Esto lo sienten porque cierran el oído del corazón a las palabras celestiales. Pues el rico en el Evangelio, que se vestía de púrpura y lino fino, que banqueteaba espléndidamente cada día (Luc. XVI, 19, sig.), no se dice que robó lo ajeno, sino que usó infructuosamente lo propio, y el infierno vengador lo recibió después de esta vida, no porque hizo algo ilícito, sino porque se entregó totalmente al uso desmedido de lo lícito.

Deben ser advertidos los avaros, para que sepan que cometen esta primera injuria a Dios, porque al que les da todo, no le devuelven ninguna ofrenda de misericordia. Por eso el Salmista dice: "No dará a Dios su propiciación, ni el precio de la redención de su alma" (Sal. XLVIII, 8). Dar el precio de la redención es devolver la obra buena a la gracia que nos precede. Por eso Juan exclama diciendo: "Ya está puesta la hacha a la raíz de los árboles. Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego" (Luc. III, 9). Quienes, por tanto, se consideran inocentes porque no roban lo ajeno, prevean el golpe del hacha cercana, y pierdan la torpeza de la seguridad imprudente, no sea que, al descuidar dar fruto de buena obra, sean cortados de raíz de la vida presente como de la verdor de la raíz.

Por otro lado, deben ser advertidos quienes dan lo que tienen y no dejan de robar lo ajeno, para que no deseen parecer muy generosos y se vuelvan peores por la apariencia de bondad. Pues estos, al dar indiscriminadamente lo propio, no solo, como ya dijimos, se precipitan en la murmuración de la impaciencia; sino que, obligados por la necesidad, caen en la avaricia. ¿Qué hay, pues, más infeliz en su mente, que de la generosidad nazca la avaricia, y la cosecha de pecados se siembre como si fuera virtud? Primero, por tanto, deben ser advertidos para que sepan retener lo suyo con razón, y luego para que no ambicionen lo ajeno. Pues si la raíz de la culpa no se quema en la misma efusión, nunca se seca la espina exuberante de la avaricia en las ramas. Se elimina, por tanto, la ocasión de robar, si primero se dispone bien el derecho de poseer. Entonces, advertidos, escuchen cómo deben dar misericordiosamente lo que tienen, cuando han aprendido a no confundir los bienes de la misericordia con la maldad interpuesta del robo. Pues buscan violentamente lo que dan misericordiosamente. Pero una cosa es hacer misericordia por los pecados, y otra pecar para hacer misericordia: lo que ya no puede llamarse misericordia, porque no produce fruto dulce lo que se amarga por el veneno de la raíz pestilente. Por eso el mismo Señor reprueba los sacrificios a través del profeta, diciendo: "Yo, el Señor, amo el juicio, y odio el robo en el holocausto" (Isai. LXI, 8). Por eso también dijo: "Las ofrendas de los impíos son abominables, que se ofrecen con maldad" (Prov. XXI, 27). Quienes a menudo también sustraen a los necesitados lo que ofrecen a Dios. Pero el Señor muestra con cuánta severidad los rechaza a través de un sabio, diciendo: "Quien ofrece sacrificio de la sustancia del pobre, es como quien sacrifica al hijo ante los ojos de su padre" (Ecli. XXXIV, 24). Pues ¿qué puede ser más intolerable que la muerte del hijo ante los ojos del padre? Por tanto, se muestra con cuánta ira se mira ese sacrificio, que se compara con el dolor del padre privado. Y sin embargo, a menudo consideran cuánto dan, pero disimulan considerar cuánto roban. Cuentan como recompensa, y se niegan a pesar las

culpas. Escuchen, por tanto, lo que está escrito: "Quien recoge salarios, los pone en una bolsa rota" (Ag. VI). En una bolsa rota se ve cuando se pone dinero; pero cuando se pierde, no se ve. Quienes, por tanto, miran cuánto dan, pero no consideran cuánto roban, ponen los salarios en una bolsa rota, porque ciertamente los acumulan mirando a la esperanza de su confianza, pero no mirando los pierden.

CAPÍTULO XXIII. [Al. XLVI]. Cómo deben ser advertidos los discordantes y los pacíficos.

(Advertencia 23.) Deben ser advertidos de manera diferente los discordantes, y de manera diferente los pacíficos. Los discordantes deben ser advertidos para que sepan con certeza que, por muchas virtudes que posean, de ninguna manera pueden llegar a ser espirituales si descuidan unirse en concordia con los prójimos. Pues está escrito: "El fruto del espíritu es amor, gozo, paz" (Gal. V, 22). Quien, por tanto, no se preocupa por mantener la paz, se niega a dar fruto del espíritu. Por eso Pablo dice: "Porque hay entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois carnales?" (I Cor. III, 3). Por eso también dice: "Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor" (Heb. XII, 14). Por eso, advirtiendo, dice: "Procurad guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz: un cuerpo y un espíritu, como fuisteis llamados en una misma esperanza de vuestra vocación" (Efes. IV, 3, 4). A la esperanza de una vocación no se llega de ninguna manera, si no se corre hacia ella con la mente unida a los prójimos. Pero a menudo algunos, por recibir ciertos dones especiales, pierden el don de la concordia, que es mayor, al enorgullecerse; de modo que si acaso alguien domina la carne más que los demás con la moderación del apetito, desprecia unirse a aquellos a quienes supera en abstinencia. Pero quien separa la abstinencia de la concordia, considere qué le advierte el Salmista; pues dice: "Alabadle con pandero y danza" (Sal. CL, 4). En el pandero resuena la piel seca y golpeada, pero en la danza las voces se armonizan en sociedad. Quien, por tanto, aflige su cuerpo, pero abandona la concordia, alaba a Dios en el pandero, pero no lo alaba en la danza. A menudo, sin embargo, mientras algunos son elevados por un mayor conocimiento, se separan de la sociedad de los demás, y como si cuanto más saben, más se alejan de la virtud de la concordia. Por tanto, escuchen lo que dice la Verdad por sí misma: "Tened sal en vosotros, y tened paz entre vosotros" (Marc. IX, 49). Pues la sal sin paz no es un don de virtud, sino un argumento de condenación. Porque cuanto mejor sabe alguien, tanto peor peca; y por eso merece inexcusablemente el castigo, porque prudentemente, si quisiera, podría evitar el pecado. A quienes también se les dice con razón por Santiago: "Pero si tenéis celos amargos y contiendas en vuestro corazón, no os gloriéis, y no mintáis contra la verdad. Esta no es la sabiduría que desciende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, luego pacífica" (Jac. III, 14, 15, 17). Pura, porque entiende castamente; pacífica, porque no se separa de la sociedad de los prójimos por la altivez. Deben ser advertidos los discordantes, para que sepan que mientras no se reconcilien con la caridad de los prójimos, no ofrecen a Dios ningún sacrificio de buena obra. Pues está escrito: "Si ofreces tu ofrenda en el altar, y allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y luego ven y ofrece tu ofrenda" (Mat. V, 23, 24). De esta precepto se debe considerar cuán intolerable se muestra la culpa de aquellos cuya ofrenda es rechazada. Pues cuando todos los males se diluyen con los bienes que los siguen, consideremos cuán grandes son los males de la discordia, que, a menos que sean completamente extinguidos, no permiten que el bien siga. Deben ser advertidos los discordantes, para que si apartan sus oídos de los mandatos celestiales, abran los ojos de la mente para considerar las cosas que se mueven en lo bajo; que a menudo las aves del mismo género no se abandonan volando socialmente, y que los animales brutos se alimentan en manada. Porque si miramos con atención, la naturaleza irracional, al concordar, indica cuánto mal comete la naturaleza racional por la discordia,

cuando esta pierde por la intención de la razón lo que aquella guarda por el movimiento natural.

Por otro lado, deben ser advertidos los pacíficos, para que no, mientras aman más de lo necesario la paz que poseen, no deseen llegar a la paz perpetua. Pues a menudo la tranquilidad de las cosas tienta más gravemente la intención de las mentes; de modo que cuanto menos molestan las cosas que poseen, menos amables se vuelven las que llaman; y cuanto más deleitan las presentes, menos se buscan las eternas. Por eso, la Verdad hablando por sí misma, cuando distinguía la paz terrenal de la celestial, y llamaba a los discípulos de la presente a la futura, dijo: "La paz os dejo, mi paz os doy" (Juan XIV, 27). Dejo, ciertamente, la transitoria, doy la duradera. Si, por tanto, el corazón se fija en la paz que se deja, nunca se llega a la que se da. La paz presente, por tanto, debe ser tenida de tal manera, que debe ser amada y despreciada; no sea que si se ama immoderadamente, el alma del amante caiga en culpa. Por eso, deben ser advertidos los pacíficos, para que no, mientras desean demasiado la paz humana, no reprendan los malos hábitos de los hombres; y al consentir con los perversos, se separen de la paz de su Creador; no sea que, mientras temen las disputas humanas externas, sean heridos por la ruptura del pacto interno. Pues ¿qué es la paz transitoria, sino una especie de vestigio de la paz eterna? ¿Qué puede ser más insensato, por tanto, que amar las huellas impresas en el polvo, pero no amar a aquel por quien fueron impresas? Por eso David, mientras se unía completamente a los pactos de la paz interna, testifica que no mantenía concordia con los malos, diciendo: "¿No odiaba yo, oh Dios, a los que te odian, y me consumía por tus enemigos? Con perfecto odio los odiaba, se hicieron enemigos míos" (Sal. CXXXVIII, 21, 22). Odiar con perfecto odio a los enemigos de Dios es amar lo que fueron hechos, y reprender lo que hacen; oprimir las costumbres de los pequeños, beneficiar a la vida.

Pensar, por tanto, es necesario, cuando se cesa de reprender, cuánta culpa se sostiene en paz con los malvados, si un profeta tan grande ofreció esto a Dios como un sacrificio, al haber provocado enemistades de los perversos contra sí mismo por el Señor. De aquí que la tribu de Leví, tomando espadas y pasando por el medio del campamento, porque no quiso perdonar a los pecadores que debían ser heridos, se dice que consagró sus manos a Dios (Éxodo 32, 27 y ss.). De aquí que Finees, despreciando el favor de los ciudadanos pecadores, hirió a los que se unían con los madianitas, y aplacó la ira del Señor con su propia ira (Números 25, 9). De aquí que la Verdad misma dice: No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada (Mateo 10, 34). Porque cuando nos unimos imprudentemente en amistades con los malvados, nos atamos a sus culpas. Por eso Josafat, quien es exaltado con tantos elogios por su vida pasada, es reprendido por sus amistades con el rey Acab, casi pereciendo por ello. A quien el Señor le dice por medio del profeta: Ofreces ayuda al impío, y te unes en amistad con los que odian al Señor; y por eso merecías la ira del Señor, pero se encontraron buenas obras en ti, porque quitaste los bosques de la tierra de Judá (2 Crónicas 19, 24). Porque ya se aparta de aquel que es sumamente recto, en la medida en que nuestra vida concuerda con las amistades de los perversos. Deben ser advertidos los pacíficos, para que no teman perturbar su paz temporal si se lanzan a palabras de corrección. Y nuevamente deben ser advertidos para que mantengan con amor íntegro la misma paz interior que perturban exteriormente con la invectiva de la voz. David testifica que él mismo observó ambas cosas prudentemente, cuando dice: Con los que odian la paz, yo era pacífico; cuando les hablaba, me atacaban sin causa (Salmo 119, 7). He aquí que, aun hablando, era atacado; y sin embargo, siendo atacado, era pacífico, porque no cesaba de reprender a los insensatos, ni descuidaba amar a los reprendidos. De aquí también Pablo dice: Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, tened paz con todos los hombres (Romanos 12, 18). Pues al exhortar a

los discípulos a tener paz con todos, precedió diciendo: Si es posible, y añadió: En cuanto dependa de vosotros. Porque era difícil que, si corregían malas acciones, pudieran tener paz con todos. Pero cuando la paz temporal en los corazones de los perversos se confunde por nuestra reprensión, es necesario que se conserve inviolada en nuestro corazón. Por tanto, dice correctamente: En cuanto dependa de vosotros. Como si dijera: Porque la paz subsiste por el consenso de dos partes, si es expulsada por aquellos que son corregidos, sin embargo, debe mantenerse íntegra en vuestra mente, vosotros que corregís. Por eso el mismo nuevamente advierte a los discípulos, diciendo: Si alguno no obedece a nuestra palabra por carta, señalad a ese tal, y no os mezcléis con él, para que se avergüence (2 Tesalonicenses 3, 14). Y de inmediato añadió: Pero no lo consideréis como enemigo, sino amonestadlo como a un hermano (Ibid., 15). Como si dijera: Romped la paz exterior con él, pero guardad interiormente la paz hacia él en lo más profundo; para que la discordia hiera la mente del pecador, de modo que la paz no se aleje negada de vuestros corazones.

CAPÍTULO XXIII [Al. XLVII]. Cómo deben ser advertidos los que siembran discordias y los pacíficos.

(Admonición 24.) De manera diferente deben ser advertidos los que siembran discordias, y de otra manera los pacíficos. Deben ser advertidos los que siembran discordias, para que reconozcan de quién son seguidores. Pues está escrito sobre el ángel apóstata, cuando se insertaron cizañas en la buena cosecha: Un enemigo ha hecho esto (Mateo 13, 28). También se dice de su miembro por medio de Salomón: El hombre apóstata, el hombre inútil, camina con boca perversa, guiña con los ojos, habla con los pies; habla con el dedo, maquina el mal con corazón perverso, y en todo tiempo siembra discordias (Proverbios 6, 12). He aquí que quiso llamar apóstata al que siembra discordias: porque a menos que primero cayera de la presencia del Creador por la aversión interna de la mente, no llegaría después a sembrar discordias. Quien es descrito correctamente como guiñando con los ojos, hablando con el dedo, moviendo los pies. Pues hay una custodia interior que ordenadamente guarda los miembros exteriores. Quien, por tanto, ha perdido el estado de la mente, fluye hacia afuera en la inconstancia del movimiento, y con la movilidad exterior indica que no subsiste en ninguna raíz interior. Que escuchen los sembradores de discordias lo que está escrito:

Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios (Mateo 5, 9). Y por el contrario, deduzcan que si son llamados hijos de Dios los que hacen la paz, sin duda son hijos de Satanás los que confunden. Todos los que por la discordia se separan de la verdor del amor, se marchitan. Y aunque produzcan frutos de buena obra en sus acciones, en realidad son nulos, porque no surgen de la unidad de la caridad. Por tanto, consideren los que siembran discordias cuán múltiplemente pecan: porque mientras perpetran una maldad, arrancan de los corazones humanos todas las virtudes a la vez. Pues en un solo mal realizan innumerables, porque al sembrar discordia, extinguen la caridad, que sin duda es madre de todas las virtudes. Y como nada es más precioso para Dios que la virtud del amor, nada es más deseable para el diablo que la extinción de la caridad. Por tanto, quien sembrando discordias destruye el amor de los prójimos, sirve más familiarmente al enemigo de Dios, porque al quitarles a los corazones heridos aquello por lo que él cayó, les corta el camino de ascenso.

Por el contrario, deben ser advertidos los pacíficos, para que no disminuyan el peso de tan grande acción, si ignoran entre quiénes deben fundar la paz. Pues así como es muy dañino si falta la unidad entre los buenos, así es muy nocivo si no falta entre los malos. Si, por tanto, la maldad de los perversos se une en paz, ciertamente se aumenta la fuerza de sus malas acciones; porque cuanto más se concuerdan en la maldad, tanto más fuertemente se lanzan contra las aflicciones de los buenos. De aquí que contra los predicadores de aquel vaso

condenado, a saber, el Anticristo, se dice con voz divina al bienaventurado Job: Los miembros de su carne están unidos entre sí (Job 41, 14). De aquí que bajo la figura de las escamas se dice de sus secuaces: Una se une a otra, y ni siquiera el aire pasa entre ellas (Ibid., 7). Pues los seguidores de aquel, al no estar divididos entre sí por ninguna adversidad de discordia, se agrupan más gravemente en la muerte de los buenos. Por tanto, quien une a los inicuos en paz, administra fuerzas a la iniquidad, porque deprimen más gravemente a los buenos, a quienes persiguen unánimemente. Por eso, el predicador egregio, atrapado por la grave persecución de los fariseos y saduceos, procuró dividir entre sí a los que vio gravemente unidos contra él, cuando clamó, diciendo: Varones hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseos, por la esperanza y resurrección de los muertos soy juzgado (Hechos 23, 6). Y mientras los saduceos negaban la esperanza y resurrección de los muertos, que los fariseos creían según el precepto de la sagrada palabra, se hizo disensión en la unanimidad de los perseguidores, y dividida la multitud, Pablo salió ileso, la cual unida antes lo oprimía inmensamente. Por tanto, deben ser advertidos los que se ocupan en los estudios de hacer la paz, para que primero infundan en las mentes de los perversos el amor de la paz interior, de modo que después la paz exterior les pueda ser provechosa; para que mientras su corazón se suspende en el conocimiento de aquella, no sean arrastrados a la maldad por la percepción de esta; y mientras contemplan la providencia suprema, de ningún modo inclinen la terrenal al uso de su deterioro. Pero cuando los perversos son tales que no pueden dañar a los buenos, aunque lo deseen, ciertamente entre ellos debe construirse la paz terrenal antes de que puedan conocer la celestial; para que aquellos a quienes su malicia exaspera contra el amor de Dios, al menos se suavicen por el amor del prójimo; y como de cerca pasen a lo mejor, para que asciendan a aquella paz del Creador que está lejos de ellos.

CAPÍTULO XXIV [Al. XLVIII]. Cómo deben ser advertidos los inexpertos en la doctrina sagrada, y los doctos, pero no humildes.

(Admonición 25.) De manera diferente deben ser advertidos los que no entienden correctamente las palabras de la ley sagrada; y de otra manera los que las entienden correctamente, pero no las hablan humildemente. Deben ser advertidos los que no entienden correctamente las palabras de la ley sagrada, para que consideren que convierten la bebida más saludable del vino en un veneno para sí mismos, y se hieren con una herida mortal con el hierro medicinal, mientras destruyen en sí lo sano por lo que debieron cortar saludablemente lo herido. Deben ser advertidos para que consideren que la Escritura sagrada en la noche de la vida presente es como una lámpara puesta para nosotros, cuyas palabras, cuando no se entienden correctamente, oscurecen la luz. A quienes la intención perversa no arrastraría al entendimiento errado, si no fuera porque primero los inflara la soberbia. Pues al considerarse sabios por encima de los demás, desprecian seguir a otros en lo mejor entendido; y para extorsionar el nombre de sabiduría ante el vulgo ignorante, se esfuerzan en destruir lo correctamente entendido por otros, y en fortalecer lo suyo perverso. Por eso se dice bien por el profeta: Desgarraron a las embarazadas de Galaad para ensanchar su territorio (Amós 1, 13). Galaad se interpreta como montón de testimonio. Y porque toda la congregación de la Iglesia sirve al testimonio de la verdad por la confesión, no incongruentemente se expresa por Galaad la Iglesia, que con la boca de todos los fieles testifica las cosas verdaderas de Dios. Las embarazadas se llaman las almas que conciben el entendimiento de la palabra por el amor divino, si llegan al tiempo perfecto, mostrando la inteligencia concebida por la manifestación de la obra. Ensanchar su territorio es extender el nombre de su opinión. Desgarraron, por tanto, a las embarazadas de Galaad para ensanchar su territorio; porque los herejes, con su predicación perversa, destruyen las mentes de los fieles que ya habían concebido algo del entendimiento de la verdad, y extienden el nombre de su sabiduría. Desgarran los corazones

de los pequeños ya embarazados de la concepción de la palabra con la espada del error, y se hacen una opinión de doctrina para sí mismos. Por tanto, cuando intentamos instruir a estos para que no piensen perversamente, es necesario primero amonestarlos para que no busquen la gloria vana. Pues si se corta la raíz de la soberbia, consecuentemente se secan las ramas de la afirmación perversa. Deben ser advertidos también para que no generen errores y discordias, convirtiendo la ley de Dios, que fue dada para prohibir los sacrificios de Satanás, en un sacrificio para Satanás. Por eso el Señor se queja por medio del profeta, diciendo: Les di trigo, vino y aceite, y les multipliqué la plata y el oro, que hicieron para Baal (Oseas 2, 8). Recibimos el trigo del Señor cuando en los dichos más oscuros, al quitar el velo de la letra, sentimos internamente la médula del espíritu de la ley. El Señor nos da su vino cuando nos embriaga con la alta predicación de su Escritura. También nos da su aceite cuando con preceptos más claros dispone nuestra vida con suave blandura. Multiplica su plata cuando nos suministra palabras llenas de la luz de la verdad. También nos enriquece con oro cuando irradia nuestro corazón con el entendimiento del resplandor supremo. Todos estos los herejes los ofrecen a Baal, porque en los corazones de sus oyentes, al entender todo corruptamente, lo pervierten. Y del trigo de Dios, del vino y del aceite, de la plata y del oro, ofrecen sacrificio a Satanás, porque inclinan las palabras de paz al error de la discordia. Por eso deben ser advertidos para que consideren que, mientras con mente perversa hacen discordia de los preceptos de paz, por el justo juicio de Dios, ellos mismos mueren por las palabras de vida.

Por el contrario, deben ser advertidos los que entienden correctamente las palabras de la ley, pero no las hablan humildemente; para que en los discursos divinos se busquen a sí mismos antes de proferirlos a otros, no sea que persiguiendo las acciones de otros, se abandonen a sí mismos; y aunque entiendan correctamente todo de la sagrada Escritura, no atiendan solo a lo que se dice por ella contra los soberbios. Pues es un médico imprudente e inexperto el que desea curar a otro y no conoce la herida que padece. Por tanto, los que no hablan humildemente las palabras de Dios, deben ser advertidos para que cuando apliquen medicinas a los enfermos, primero examinen el veneno de su propia peste, no sea que al curar a otros, ellos mismos mueran. Deben ser advertidos para que consideren no discordar de la virtud del dicho con la cualidad de lo dicho, no sea que predicando una cosa y mostrando otra, prediquen. Que escuchen, por tanto, lo que está escrito: Si alguno habla, hable como los oráculos de Dios (1 Pedro 4, 11). Pues quien no tiene las palabras que profiere de lo propio, ¿por qué se enorgullece como si fueran propias? Que escuchen lo que está escrito: Porque no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, hablamos delante de Dios en Cristo (2 Corintios 2, 17). Pues habla de parte de Dios delante de Dios, quien entiende que recibió la palabra de la predicación de Dios, y busca agradar a Dios, no a los hombres, por medio de ella. Que escuchen lo que está escrito: Abominación es al Señor todo arrogante (Proverbios 16, 5). Porque, evidentemente, mientras busca su propia gloria en la palabra de Dios, invade el derecho del dador; y no teme posponer a aquel de quien recibió lo que se alaba, a su propia alabanza. Que escuchen lo que se dice al predicador por medio de Salomón: Bebe agua de tu cisterna, y los raudales de tu pozo. Derrámense tus fuentes por fuera, y en las plazas divide tus aguas. Tenlas tú solo, y no sean para los extraños contigo (Proverbios 5, 15-17). Pues el predicador bebe agua de su cisterna cuando, volviendo a su corazón, primero escucha él mismo lo que dice. Bebe los raudales de su pozo si es infundido por la irrigación de su palabra. Donde se añade bien: Derrámense tus fuentes por fuera, y en las plazas divide tus aguas (Ibid., 16). Pues es correcto que primero beba él mismo, y luego influya a otros predicando. Derramar las fuentes por fuera es infundir exteriormente a otros la fuerza de la predicación. Dividir las aguas en las plazas es dispensar las palabras divinas en la gran amplitud de los oyentes según la calidad de cada uno. Y porque a menudo se infiltra el apetito de la vana gloria cuando la palabra de Dios

corre al conocimiento de muchos, después de que se dice: En las plazas divide tus aguas, se añade correctamente: Tenlas tú solo, y no sean para los extraños contigo (Ibid., 17). Llama extraños a los espíritus malignos, de los cuales se dice por el profeta con la voz del hombre tentado: Se levantaron contra mí extraños, y los fuertes buscaron mi alma (Salmo 54, 5). Dice, por tanto: Divide las aguas en las plazas, y sin embargo, tenlas tú solo. Como si dijera más claramente: Es necesario que sirvas exteriormente a la predicación, de modo que no te unas a los espíritus inmundos por la soberbia, no sea que en el ministerio de la palabra divina admitas a tus enemigos como partícipes contigo. Por tanto, dividimos las aguas en las plazas, y sin embargo, las poseemos solos, cuando difundimos ampliamente la predicación exteriormente, y sin embargo, no ambicionamos alcanzar alabanzas humanas por medio de ella.

CAPÍTULO XXV [Al. XLIX]. Cómo deben ser advertidos los que rechazan el oficio de la predicación por excesiva humildad, y los que lo ocupan con precipitada prisa.

(Admonición 26.) De manera diferente deben ser advertidos los que, aunque puedan predicar dignamente, temen por excesiva humildad; y de otra manera deben ser advertidos los que la imperfección o la edad les prohíbe predicar, y sin embargo, la precipitación los impulsa. Deben ser advertidos los que, aunque puedan predicar útilmente, rehúsan por una humildad desmedida; para que consideren cuán grande es lo que abandonan en cosas mayores. Pues si ocultaran a los necesitados las riquezas que tienen, ciertamente serían cómplices de la calamidad. Por tanto, consideren con qué culpa están atados, quienes al sustraer la palabra de la predicación a los hermanos pecadores, ocultan los remedios de vida a las almas moribundas. Por eso dice bien un sabio: Sabiduría escondida y tesoro invisible, ¿qué utilidad hay en ambos? (Eclesiástico 20, 32). Si el hambre afligiera a los pueblos, y ocultaran los granos para sí mismos, ciertamente serían autores de muerte. Por tanto, consideren con qué pena deben ser castigados, quienes, mientras las almas perecen de hambre de la palabra, no ministran el pan de la gracia recibida. Por eso dice bien por medio de Salomón: El que retiene el grano, será maldecido por el pueblo (Proverbios 11, 26). Retener el grano es guardar para sí las palabras de la santa predicación. Tal persona es maldecida entre el pueblo, porque por la sola culpa del silencio es condenado por la pena de muchos a quienes pudo corregir. Si los que no ignoran el arte de la medicina vieran una herida que debe ser cortada, y sin embargo, se negaran a cortar, ciertamente cometerían el pecado de la muerte del hermano por sola negligencia. Por tanto, consideren con qué culpa están envueltos, quienes, mientras conocen las heridas de las mentes, descuidan curarlas con la sección de las palabras. Por eso dice bien por el profeta: Maldito el que impide su espada de sangre (Jeremías 48, 10). Impedir la espada de sangre es retener la palabra de la predicación de la muerte de la vida carnal. De la cual espada se dice nuevamente: Y mi espada devorará carne (Deuteronomio 32, 42).

Hola, por tanto, cuando ocultan en sí mismos el discurso de la predicación, que escuchen terriblemente las sentencias divinas contra ellos, para que el temor expulse el temor de sus corazones. Que escuchen que el talento que no quiso distribuir, lo perdió con sentencia de condenación (Mateo XXV, 24 y ss.). Que escuchen que Pablo se creyó limpio de la sangre de sus prójimos, porque no perdonó sus vicios, diciendo: "Os testifico en este día, que estoy limpio de la sangre de todos: porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios" (Hechos XX, 26, 27). Que escuchen que Juan es advertido con voz angélica, cuando se dice: "El que oye, diga: Ven" (Apocalipsis XXII, 17). Para que, ciertamente, a quien la voz interna se insinúa, también arrastre a otros clamando hacia donde él mismo es llevado; no sea que encuentre las puertas cerradas incluso cuando es llamado, si se acerca vacío al que llama. Que escuchen que Isaías, porque calló en el ministerio de la palabra, iluminado por la luz celestial,

se reprendió a sí mismo con gran voz de penitencia, diciendo: "¡Ay de mí porque he callado!" (Isaías VI, 5). Que escuchen que por medio de Salomón se promete que la ciencia de la predicación se multiplicará en aquel que no es retenido por el vicio de la pereza en lo que ya ha obtenido. Pues dice: "El alma que bendice, será enriquecida; y el que sacia, él también será saciado" (Proverbios XI, 25). Porque quien bendice exteriormente predicando, recibe la abundancia del crecimiento interior; y mientras no cesa de embriagar con el vino de la elocuencia la mente de los oyentes, crece embriagado con el don multiplicado. Que escuchen que David ofreció esto a Dios como don, que no ocultó la gracia de la predicación que había recibido, diciendo: "He aquí que no prohibiré mis labios. Señor, tú lo sabes; no he ocultado tu justicia en mi corazón, he proclamado tu verdad y tu salvación" (Salmo XXXIX, 10, 11). Que escuchen que en el coloquio del esposo a la esposa se dice: "Tú que habitas en los jardines, los amigos escuchan; hazme oír tu voz" (Cantar de los Cantares VIII, 13). Pues la Iglesia habita en los jardines, que guarda las plantaciones de virtudes cultivadas para la verdor interior. Que los amigos escuchen su voz, es que los elegidos deseen la palabra de su predicación: voz que el esposo desea escuchar, porque anhela la predicación de ella a través de las almas de sus elegidos. Que escuchen que Moisés, cuando vio a Dios airado con el pueblo, y ordenó tomar la espada para vengarse; denunció que estaban del lado de Dios aquellos que sin demora herían los crímenes de los delincuentes, diciendo: "Quien sea del Señor, únase a mí; ponga cada uno su espada sobre su muslo: id y volved de puerta en puerta por el medio del campamento, y mate cada uno a su hermano, a su amigo, y a su prójimo" (Éxodo XXXII, 27). Pues poner la espada sobre el muslo es anteponer el estudio de la predicación a los placeres de la carne; para que cuando alguien se esfuerza en decir cosas santas, es necesario que se preocupe por dominar las sugerencias ilícitas. Ir de puerta en puerta es recorrer increpando desde el vicio hasta el vicio, por donde la muerte entra en la mente. Y pasar por el medio del campamento es vivir con tal equidad dentro de la Iglesia, que quien reprende las culpas de los delincuentes, no debe inclinarse al favor de nadie. Por lo cual se añade correctamente: "Mate cada uno a su hermano, a su amigo, y a su prójimo". Mata, ciertamente, al hermano, al amigo y al prójimo, quien, cuando encuentra algo que debe ser castigado, no perdona con la espada de la reprensión ni a aquellos a quienes ama por parentesco. Si, por tanto, se dice que es de Dios quien se excita con el celo del amor divino para herir los vicios, ciertamente niega ser de Dios quien, en cuanto puede, rehúsa reprender la vida de los carnales.

Por el contrario, deben ser advertidos aquellos a quienes la imperfección o la edad les prohíbe el oficio de la predicación, y sin embargo la precipitación los impulsa, para que no se arroguen precipitadamente el peso de tan gran oficio, cortándose el camino de una mejora posterior; y cuando intempestivamente toman lo que no pueden, pierden incluso lo que alguna vez podrían haber cumplido a tiempo; y porque intentan mostrar la ciencia de manera incongruente, justamente se les muestra que la han perdido. Deben ser advertidos para que consideren que los polluelos de las aves, si desean volar antes de la perfección de sus plumas, de donde desean ir a lo alto, de allí se hunden en lo bajo. Deben ser advertidos para que consideren que, en las estructuras recientes aún no solidificadas, si se coloca el peso de las vigas, no se construye una habitación, sino una ruina. Deben ser advertidos para que consideren que las mujeres, si dan a luz a las crías concebidas antes de que estén completamente formadas, no llenan casas, sino tumbas. Por eso mismo, la Verdad, que podría haber fortalecido de repente a quienes quisiera, para dar ejemplo a los que vendrían después, para que los imperfectos no se atrevieran a predicar, después de haber instruido plenamente a los discípulos sobre la virtud de la predicación, añadió de inmediato: "Pero vosotros quedaos en la ciudad hasta que seáis investidos de poder desde lo alto" (Lucas XXIV, 49). Pues nos sentamos en la ciudad si nos encerramos dentro de los muros de nuestras mentes, para no

vagar exteriormente hablando; para que cuando seamos perfectamente vestidos con el poder divino, entonces salgamos como si fuéramos de nosotros mismos, instruyendo también a otros. Por eso se dice por un sabio: "Joven, habla poco en tu causa; y si eres interrogado dos veces, que tu respuesta tenga un comienzo" (Eclesiástico XXXII, 10). Por eso mismo, nuestro Redentor, aunque en los cielos es creador, y siempre doctor de los ángeles por la manifestación de su poder, antes de los treinta años no quiso ser maestro de los hombres en la tierra; para infundir el temor más saludable a los precipitados, cuando incluso él, que no podía caer, no predicó la gracia de la vida perfecta sino en la edad perfecta. Pues está escrito: "Cuando tuvo doce años, el niño Jesús se quedó en Jerusalén" (Lucas II, 42). De quien, buscado por sus padres, poco después se añade: "Lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y preguntándoles" (Ibid., 46). Por lo tanto, debe considerarse con atención vigilante que cuando Jesús, a los doce años, se dice que estaba sentado en medio de los doctores, se le encuentra no enseñando, sino preguntando. Con cuyo ejemplo se muestra que nadie debe atreverse a enseñar siendo débil, si aquel niño quiso ser enseñado preguntando, quien por el poder de su divinidad ministró la palabra de ciencia a sus propios doctores. Pero cuando por Pablo se dice al discípulo: "Manda y enseña estas cosas: que nadie desprecie tu juventud" (I Timoteo IV, 12); debemos saber que en el sagrado discurso a veces la juventud se llama adolescencia. Lo cual se muestra más rápidamente si se traen a colación las palabras de Salomón, quien dice: "Alégrate, joven, en tu adolescencia" (Eclesiastés XI, 9). Pues si no determinara que ambas son una, no llamaría joven a quien aconsejaba en la adolescencia.

CAPÍTULO XXVI [Al. L]. Cómo deben ser advertidos aquellos a quienes todo les sale bien, y aquellos a quienes nada.

(Admonición 27.) Deben ser advertidos de manera diferente aquellos que prosperan en lo que temporalmente desean; y de manera diferente aquellos que, aunque desean las cosas del mundo, sin embargo, se fatigan con el trabajo de la adversidad. Deben ser advertidos aquellos que prosperan en lo que temporalmente desean, para que no descuiden buscar al dador cuando todo les sale a su gusto; sino que fijen su mente en lo que se les da; para que no amen la peregrinación en lugar de la patria, para que no conviertan los medios del viaje en obstáculos para la llegada, para que no, deleitados con la luz nocturna de la luna, rehúsen ver la claridad del sol. Deben ser advertidos, por lo tanto, para que crean que lo que obtienen en este mundo son consuelos de calamidad, no premios de retribución; sino que eleven su mente contra los favores del mundo, para que no sucumban a ellos con toda la delectación del corazón. Pues quien no reprime en el juicio de su corazón la prosperidad que disfruta con el amor de una vida mejor, convierte el favor de la vida pasajera en ocasión de muerte eterna. Por eso, bajo la figura de los edomitas, que se dejaron vencer por su prosperidad, se increpa a los que se alegran en los éxitos de este mundo cuando se dice: "Se dieron mi tierra en herencia con alegría, y con todo el corazón, y con toda el alma" (Ezequiel XXXVI, 5). Con estas palabras se percibe que no solo porque se alegran, sino porque se alegran con todo el corazón y con toda el alma, son golpeados con severa reprehensión. Por eso Salomón dice: "La desviación de los simples los matará, y la prosperidad de los necios los destruirá" (Proverbios I, 32). Por eso Pablo advierte diciendo: "Los que compran, como si no poseyeran; y los que usan de este mundo, como si no usaran" (I Corintios VII, 30). Para que, ciertamente, lo que nos es dado, nos sirva exteriormente, de modo que no desvíen nuestra mente del estudio de la delectación suprema, para que no mitiguen el luto de nuestra peregrinación interna, y nos proporcionen ayuda mientras estamos en el exilio; y nos regocijemos como felices en lo transitorio, cuando nos vemos miserables en lo eterno. Por eso, con la voz de los elegidos, dice la Iglesia: "Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará" (Cantar de los

Cantares II, 6). Puso la izquierda de Dios, es decir, la prosperidad de la vida presente, como bajo la cabeza, que presiona con la intención del amor supremo. La derecha de Dios la abraza; porque está contenida con toda devoción bajo su eterna bienaventuranza. Por eso, nuevamente, se dice por Salomón: "Largura de días en su derecha, y en su izquierda riquezas y gloria" (Proverbios III, 16). Enseñó cómo deben tenerse las riquezas y la gloria, al recordarlas puestas en la izquierda. Por eso el salmista dice: "Sálvame con tu derecha" (Salmo CVII, 7). Pues no dijo con la mano, sino con la derecha; para que, al decir derecha, indicara que buscaba la salvación eterna. Por eso, nuevamente, está escrito: "Tu diestra, oh Señor, quebrantó a los enemigos" (Éxodo XV, 6, según LXX). Pues los enemigos de Dios, aunque prosperan en su izquierda, son quebrantados por su derecha, porque a menudo la vida presente eleva a los malvados, pero la llegada de la bienaventuranza eterna los condena.

Deben ser advertidos aquellos que prosperan en este mundo, para que consideren diligentemente que la prosperidad de la vida presente a veces se da para provocar a una vida mejor, y a veces para condenar más plenamente en la eternidad. Por eso, al pueblo israelita se le promete la tierra de Canaán, para que alguna vez sea provocado a esperar lo eterno. Pues aquel pueblo rudo no creería en las promesas de Dios a largo plazo, si no recibiera también algo cercano de su prometedor. Para que, por tanto, se fortalezca más ciertamente en la fe de lo eterno, no solo es atraído a las cosas por la esperanza, sino también a la esperanza por las cosas. Lo cual el salmista testimonia claramente, diciendo: "Les dio las tierras de las naciones, y poseyeron los trabajos de los pueblos: para que guarden sus justificaciones, y busquen su ley" (Salmo CIV, 44). Pero cuando la mente humana no sigue al Dios dador con la respuesta de una buena obra, de donde se cree que es alimentada piadosamente, de allí es justamente condenada. Por eso, nuevamente, se dice por el salmista: "Los derribaste cuando se levantaban" (Salmo LXXII, 18). Porque, ciertamente, los reprobos, cuando no devuelven obras rectas por los dones divinos, cuando aquí se abandonan por completo, y se entregan a las prosperidades abundantes, de donde exteriormente prosperan, de allí caen interiormente. Por eso, al rico atormentado en el infierno se le dice: "Recibiste tus bienes en tu vida" (Lucas XVI, 25). Por eso, ciertamente, recibió bienes aquí incluso siendo malo, para que allí recibiera más plenamente los males, porque aquí no fue convertido por los bienes.

Por el contrario, deben ser advertidos aquellos que, aunque desean las cosas del mundo, sin embargo, se fatigan con el trabajo de la adversidad, para que consideren con atención cuánta gracia vigila sobre ellos el Creador y dispensador de todas las cosas, que no los relaja en sus deseos. Pues al enfermo que el médico desespera, se le concede que reciba todo lo que desea. Pero al que se cree que puede ser sanado, se le prohíben muchas cosas que apetece: y a los niños les quitamos las monedas, a quienes reservamos enteras las herencias patrimoniales. Por eso, tomen gozo de la esperanza de la herencia eterna, aquellos a quienes la adversidad de la vida temporal humilla; porque si no los viera como salvables para siempre, la divina dispensación no los frenaría bajo el régimen de la disciplina. Deben ser advertidos, por lo tanto, aquellos que se fatigan con el trabajo de la adversidad en lo que temporalmente desean, para que consideren diligentemente que a menudo, cuando la potencia temporal eleva incluso a los justos, los atrapa como en un lazo de culpa. Pues como ya dijimos en la parte anterior de este volumen (Parte I, c. 3), David, amado por Dios, fue más recto en el servicio que cuando llegó al reino (I Samuel XXIV, 18). Pues como siervo, por amor a la justicia, temió herir al adversario capturado; pero como rey, por persuasión de la lujuria, extinguió incluso a un soldado devoto bajo el pretexto del fraude (II Samuel XI, 17). ¿Quién, entonces, buscará riquezas, poder, o gloria sin daño, si incluso fueron nocivas para aquel que las tuvo sin haberlas buscado? ¿Quién se salvará entre estas cosas sin el trabajo de un gran peligro, si aquel fue turbado por culpa en ellas, quien fue preparado para ellas por elección de Dios?

Deben ser advertidos para que consideren que Salomón, quien después de tanta sabiduría se describe como caído hasta la idolatría, no se recuerda que haya tenido adversidad en este mundo antes de caer; pero la sabiduría concedida abandonó completamente su corazón, que ninguna disciplina de tribulación, ni siquiera mínima, custodió (I Reyes XI, 4).

CAPÍTULO XXVII. [Al. LI] Cómo deben ser advertidos los casados y los célibes.

(Admonición 28.) Deben ser advertidos de manera diferente aquellos obligados por el matrimonio, y de manera diferente aquellos libres de los lazos del matrimonio. Deben ser advertidos, por tanto, aquellos obligados por el matrimonio, para que cuando piensen en lo que es del otro, cada uno se esfuerce por agradar a su cónyuge, de modo que no desagrade al Creador; para que actúen en las cosas de este mundo, sin omitir, sin embargo, desear las cosas de Dios; para que se alegren de los bienes presentes, pero con la intención solícita teman los males eternos; para que lloren por los males temporales, pero con consuelo íntegro fijen su esperanza en los bienes perennes; para que, mientras reconocen que lo que hacen está en tránsito, lo que desean está en permanencia; ni los males del mundo rompan su corazón, cuando la esperanza de los bienes celestiales los fortalece; ni los bienes de la vida presente los engañen, cuando los males sospechosos del juicio venidero los entristecen. Así, el ánimo de los cristianos casados, tanto débil como fiel, que no puede despreciar completamente las cosas temporales, y sin embargo puede unirse a las eternas por el deseo; aunque yace en la delectación de la carne, se fortalece con la reanimación de la esperanza suprema. Y si tiene lo que es del mundo en el uso del viaje, espera lo que es de Dios en el fruto de la llegada; ni se entrega por completo a lo que hace, para que no caiga completamente de lo que debió esperar robustamente. Lo cual Pablo expresa bien y brevemente, diciendo: "Los que tienen esposas, como si no las tuvieran; y los que lloran, como si no lloraran; y los que se alegran, como si no se alegraran" (I Corintios VII, 29, 30). Pues tiene esposa como si no la tuviera, quien así usa de ella con consolación carnal, que, sin embargo, nunca se desvía del recto propósito de mejor intención por amor a ella. Tiene esposa como si no la tuviera, quien, viendo que todas las cosas son transitorias, soporta la preocupación de la carne por necesidad, pero espera las alegrías eternas del espíritu por deseo. Llorar no llorando, es así lamentar las adversidades exteriores, que, sin embargo, sabe alegrarse con la consolación de la esperanza eterna. Y, nuevamente, alegrarse no alegrándose, es así elevar el ánimo por las cosas bajas, que, sin embargo, nunca deja de temer las supremas. Donde también añade apropiadamente poco después: "Porque pasa la figura de este mundo" (Ibid., 1). Como si dijera abiertamente: No améis el mundo con constancia, cuando ni siquiera él puede, a quien amáis, permanecer. En vano fijáis el corazón como si permanecierais, mientras huye aquel a quien amáis.

Deben ser advertidos los cónyuges, para que en aquello en lo que a veces se desagradan, se toleren mutuamente con paciencia, y se salven exhortándose mutuamente. Pues está escrito: "Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo" (Gálatas IV, 2). Pues la ley de Cristo es la caridad; porque de él recibimos abundantemente sus bienes, y soportó con equanimidad nuestros males. Entonces, cumplimos la ley de Cristo imitando, cuando conferimos benévolamente nuestros bienes, y soportamos piadosamente los males de los nuestros. También deben ser advertidos, para que cada uno no atienda tanto a lo que tolera del otro, como a lo que de él se tolera. Si, en efecto, considera lo que de él se soporta, más fácilmente soporta lo que del otro sufre.

Deben ser advertidos los cónyuges, para que recuerden que se unieron con el propósito de procrear, y cuando, sirviendo a una unión desmedida, trasladan el acto de la procreación al uso del placer, consideren que, aunque no salgan fuera, en el mismo matrimonio trascienden

los derechos del matrimonio. Por lo tanto, es necesario que con frecuentes oraciones borren lo que mancillan con placeres mezclados en la hermosa apariencia de la unión. De ahí que el apóstol, experto en la medicina celestial, no tanto instruyó a los sanos, como mostró remedios a los débiles, diciendo: "Acerca de lo que me escribisteis: Bueno es para el hombre no tocar mujer; pero a causa de la fornicación, cada uno tenga su propia esposa, y cada una tenga su propio marido" (I Cor. VII, 1, etc.). Pues quien anticipó el temor a la fornicación, ciertamente no dio un precepto a los que están firmes; sino que, para que no caigan a tierra, mostró un lecho a los que caen. Por lo tanto, aún a los que están debilitados añadió: "El marido pague a la mujer el débito conyugal, y de igual manera la mujer al marido" (Ibid.). A quienes, mientras les concedía algo de placer en la gran honestidad del matrimonio, añadió: "Esto lo digo como concesión, no como mandato" (Ibid.). Pues se insinúa que es culpa lo que se dice que se concede; pero que tanto más pronto se relaja, cuanto que no se hace algo ilícito por ello, sino que lo que es lícito no se mantiene bajo moderación. Esto lo expresa bien Lot en sí mismo, quien huyó de la ardiente Sodoma; pero al encontrar Segor, no ascendió inmediatamente a las montañas (Gen. XIX, 30). Huir de la ardiente Sodoma es declinar los incendios ilícitos de la carne. La altura de las montañas es la pureza de los continentes. O ciertamente están como en la montaña quienes también se adhieren a la unión carnal, pero sin disolverse en ningún placer carnal fuera de la unión debida para procrear. Estar en la montaña es no buscar el fruto de la prole en la carne. Estar en la montaña es no adherirse carnalmente a la carne. Pero como hay muchos que, aunque abandonan los crímenes de la carne, no obstante, en el matrimonio no conservan solo los derechos debidos, Lot salió de Sodoma, pero no llegó inmediatamente a las montañas, porque ya se abandona la vida condenable, pero aún no se mantiene sutilmente la altura de la continencia conyugal. Sin embargo, hay una ciudad en medio, Segor, que salva al débil que huye, porque cuando los cónyuges se mezclan por incontinencia, huyen de las caídas de los crímenes y, sin embargo, se salvan por el perdón. Encuentran, por así decirlo, una pequeña ciudad en la que se defienden de los fuegos, porque esta vida conyugal no es ciertamente admirable en virtudes, pero está segura de los castigos. Por lo tanto, el mismo Lot dice al ángel: "Hay una ciudad cerca, a la que puedo huir, pequeña; y me salvaré en ella. ¿No es pequeña, y vivirá mi alma en ella?" (Gen. XIX, 20). Se dice, pues, que está cerca, y sin embargo se considera segura para la salvación, porque la vida conyugal no está lejos del mundo, ni está ajena al gozo de la salvación. Pero entonces los cónyuges guardan su vida en esta acción como en una pequeña ciudad, cuando interceden por ellos con súplicas constantes. Por lo tanto, con razón se dice por el ángel al mismo Lot: "He aquí que también en esto he recibido tus súplicas, para no destruir la ciudad por la que has hablado" (Ibid. 21). Pues cuando se derrama la súplica a Dios, la vida de tal matrimonio no es condenada. De la cual súplica también Pablo advierte, diciendo: "No os defraudéis el uno al otro, a no ser por mutuo consentimiento por un tiempo, para que os dediquéis a la oración" (I Cor. VII, 5).

Por el contrario, deben ser advertidos aquellos que no están ligados por matrimonios, para que sirvan más rectamente a los preceptos celestiales, ya que el yugo de la unión carnal no los inclina a las preocupaciones del mundo; para que aquellos a quienes no pesa la carga lícita del matrimonio, no sean oprimidos por el peso ilícito de la preocupación terrenal; sino que el último día los encuentre tanto más preparados cuanto más expeditos; no sea que, pudiendo hacer cosas mejores, pero sin embargo las descuiden, merezcan por ello peores castigos. Escuchen lo que el Apóstol, al instruir a algunos para la gracia del celibato, no despreció el matrimonio, sino que rechazó las preocupaciones del mundo nacidas del matrimonio, diciendo: "Esto lo digo para vuestro provecho, no para poner un lazo; sino para lo que es honesto, y para que os dé la facultad de servir al Señor sin impedimento" (Ibid., 35). Pues del matrimonio surgen preocupaciones terrenales; y por eso el maestro de las naciones persuadió

a sus oyentes a cosas mejores, para que no fueran ligados por la preocupación terrenal. A quien, por tanto, el impedimento de las preocupaciones seculares lo detiene en el celibato, y no se ha sometido al matrimonio, y sin embargo no ha evitado las cargas del matrimonio. Deben ser advertidos los célibes, para que no piensen que pueden mezclarse con mujeres sin juicio de condenación. Pues cuando Pablo insertó el vicio de la fornicación entre tantos crímenes execrables, indicó cuál es su culpa, diciendo: "Ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se acuestan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los rapaces heredarán el reino de Dios" (I Cor. VI, 9, 10). Y de nuevo: "A los fornicadores y a los adúlteros los juzgará Dios" (Hebr. XIII, 4). Por lo tanto, deben ser advertidos, para que si soportan las tormentas de las tentaciones con dificultad para la salvación, busquen el puerto del matrimonio. Pues está escrito: "Mejor es casarse que arder" (I Cor. VII, 9). Sin culpa, ciertamente, vienen al matrimonio, si aún no han hecho votos de cosas mejores. Pues quien ha propuesto asumir un bien mayor, ha hecho ilícito el bien menor que era lícito. Pues está escrito: "Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de los cielos" (Luc. IX, 62). Por lo tanto, quien había dirigido su intención con mayor fortaleza, se le convence de mirar hacia atrás si, dejando los bienes mayores, se vuelve a los menores.

CAPÍTULO XXVIII [Al. LII]. Cómo deben ser advertidos los que han experimentado los pecados de la carne, y los que no.

(Advertencia 29.) De manera diferente deben ser advertidos los que son conscientes de los pecados de la carne, y de manera diferente los ignorantes. Deben ser advertidos los que han experimentado los pecados de la carne, para que al menos teman el mar después del naufragio, y al menos aborrezcan los peligros de su perdición ya conocidos; no sea que, habiendo sido salvados piadosamente después de haber cometido males, mueran repitiéndolos de manera impía. Por eso se dice al alma pecadora que nunca deja de pecar: "Tienes la frente de una mujer prostituta, no quisiste avergonzarte" (Jerem. III, 3). Deben ser advertidos, por lo tanto, para que se esfuercen en que, si no quisieron guardar intactos los bienes de la naturaleza recibidos, al menos reparen lo que está roto. Es necesario que consideren en tan gran número de fieles cuántos se guardan intactos y cuántos convierten a otros del error. ¿Qué dirán, entonces, si, mientras otros permanecen en la integridad, ellos mismos no se arrepienten después de las pérdidas? ¿Qué dirán, si, mientras muchos llevan a otros con ellos al reino, ellos no se llevan ni a sí mismos al Señor que espera? Deben ser advertidos para que consideren los pecados pasados y eviten los inminentes. Por eso, bajo la figura de Judea, el Señor, a través del profeta, recuerda a las mentes corruptas en este mundo las culpas pasadas, para que se avergüencen de contaminarse en el futuro, diciendo: "Se prostituyeron en Egipto, en su juventud se prostituyeron; allí fueron sometidos sus pechos, y se rompieron los senos de su pubertad" (Ezequiel XXIII, 3). Pues en Egipto se someten los pechos cuando la voluntad de la mente humana se somete al deseo vil de este mundo. En Egipto se rompen los senos de la pubertad cuando los sentidos naturales, aún íntegros en sí mismos, son corrompidos por la concupiscencia que golpea.

Deben ser advertidos los que han experimentado los pecados de la carne, para que con cuidadosa vigilancia observen cuánta benevolencia despliega Dios al seno de su piedad cuando regresamos a Él después de los delitos, cuando dice a través del profeta: "Si un hombre deja a su esposa, y ella se va y se casa con otro hombre, ¿volverá él a ella? ¿No será esa mujer contaminada y mancillada? Pero tú te has prostituido con muchos amantes, sin embargo, vuelve a mí, dice el Señor" (Jerem. III, 1). He aquí que se propone un argumento de justicia sobre una mujer prostituta y abandonada, y sin embargo, a nosotros que regresamos después de la caída, no se nos muestra justicia, sino piedad. Para que de aquí podamos

concluir que, si a nosotros, pecadores, se nos perdona con tanta piedad, ¿con cuánta maldad pecamos si no regresamos después del pecado? ¿O qué perdón habrá de Él sobre los impíos, que no cesa de llamar después de la culpa? Esta misericordia de la vocación después del pecado se expresa bien a través del profeta cuando se dice al hombre que se ha apartado: "Y tus ojos verán a tu maestro, y tus oídos oirán una palabra detrás de ti que te dice" (Isaías XXX, 20). Pues el Señor amonestó al género humano cara a cara cuando, en el paraíso, al hombre creado y en libre albedrío, le indicó qué debía hacer y qué no debía hacer. Pero el hombre dio la espalda a Dios cuando, en su soberbia, despreció sus mandatos. Sin embargo, Dios no abandonó al soberbio, quien para recuperar al hombre dio la ley, envió ángeles exhortadores, y apareció en la carne de nuestra mortalidad. Por lo tanto, nos amonestó desde atrás, quien incluso despreciado nos llamó a la gracia. Lo que, por tanto, pudo decirse en general de todos, es necesario sentirlo especialmente de cada uno. Pues cada uno percibe las palabras de su amonestación como si estuviera ante Dios, cuando, antes de cometer pecados, conoce los preceptos de su voluntad. Aún estar ante su rostro es no despreciarlo pecando. Pero cuando, abandonando el bien de la inocencia, elige la iniquidad, ya pone su espalda en su rostro. Pero he aquí que aún Dios, siguiéndonos desde atrás, nos amonesta, quien incluso después de la culpa nos persuade a regresar a Él. Llama al que se ha apartado, no mira los pecados cometidos, al que regresa le abre el seno de su piedad. Por lo tanto, escuchamos la voz que nos amonesta desde atrás si al menos después de los pecados regresamos al Señor que nos invita. Debemos, por tanto, avergonzarnos de la piedad del que llama, si no queremos temer la justicia; porque tanto más gravemente se le desprecia cuanto que, despreciado, aún no se desdeña de llamar.

Por el contrario, deben ser advertidos los que ignoran los pecados de la carne, para que teman tanto más la caída precipitada cuanto más alto están. Deben ser advertidos para que sepan que, cuanto más prominente es el lugar en el que están, más frecuentes son las flechas del insidioso que los atacan. Quien tanto más ardientemente suele erguirse cuanto más robustamente se ve vencido; y tanto más intolerablemente se niega a ser vencido cuanto ve que se lucha contra él con los ejércitos íntegros de la carne débil. Deben ser advertidos para que reciban incesantemente las recompensas, y sin duda pisotearán con gusto los trabajos de las tentaciones que soportan. Pues si se considera la felicidad que se alcanza sin transición, se hace leve lo que se trabaja en el tránsito. Escuchen lo que dice el Señor a través del profeta a los eunucos: "Así dice el Señor a los eunucos: Que guarden mis sábados, y elijan lo que yo quiero, y mantengan mi pacto: les daré en mi casa y dentro de mis muros un lugar y un nombre mejor que el de hijos e hijas" (Isaías LVI, 4, 5). Pues eunucos son aquellos que, reprimiendo los impulsos de la carne, cortan en sí mismos el afecto de la obra mala. Y se muestra en qué lugar están ante el Padre; porque en la casa del Padre, en la mansión eterna, incluso se les prefiere a los hijos. Escuchen lo que dice Juan: "Estos son los que no se contaminaron con mujeres: porque son vírgenes, y siguen al Cordero dondequiera que va" (Apoc. XIV, 4). Y que cantan un cántico que nadie puede decir, sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil. Cantar singularmente el cántico al Cordero es, en perpetuidad, regocijarse con él por encima de todos los fieles incluso por la incorruptibilidad de la carne. Sin embargo, los demás elegidos pueden escuchar el cántico, aunque no puedan decirlo, porque ciertamente se alegran por la caridad en la altura de aquellos, aunque no alcancen sus recompensas. Escuchen los que ignoran los pecados de la carne lo que la Verdad misma dice sobre esta integridad: "No todos entienden esta palabra" (Mat. XIX, 11). Lo que se dio a conocer como supremo al negarlo a todos; y al predecir que es difícil de entender, insinúa a los oyentes con qué cautela debe ser sostenido una vez captado.

Deben ser advertidos, por tanto, los que ignoran los pecados de la carne, para que sepan que la virginidad es superior al matrimonio, y sin embargo no se enaltezcan sobre los casados, para que, mientras prefieren la virginidad y se posponen a sí mismos, no abandonen lo que consideran mejor, y se guarden de no exaltarse vanamente. Deben ser advertidos para que consideren que a menudo la vida de los continentes es confundida por la acción de los seculares, cuando aquellos asumen obras más allá de su hábito, y estos no excitan sus corazones según su propio orden. Por eso se dice bien a través del profeta: "Avergüénzate, Sidón, dice el mar" (Isaías XXIII, 4). Pues como si Sidón es llevado a la vergüenza por la voz del mar, cuando por la comparación de la vida de los seculares y de los que fluctúan en este mundo, se reprueba la vida de aquel que se considera protegido y casi estable. Pues a menudo algunos, al regresar al Señor después de los pecados de la carne, se muestran tanto más ardientemente en las buenas obras cuanto más condenables se ven por los males. Y a menudo algunos, permaneciendo en la integridad de la carne, al ver que tienen menos que lamentar, creen que la inocencia de su vida les basta plenamente, y no se inflaman con ningún estímulo de ardor hacia el fervor del espíritu. Y a menudo la vida ardiente en amor después de la culpa es más grata a Dios que la inocencia que se adormece en la seguridad. Por eso se dice con la voz del juez: "Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho" (Luc. VII, 47). Y: "Habrá gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, más que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento" (Luc. XV, 10). Lo que comprendemos más rápidamente por el mismo uso si consideramos los juicios de nuestra mente. Pues amamos más la tierra que, después de ser arada tras las espinas, produce frutos abundantes, que la que no tuvo espinas, pero que, sin embargo, cultivada, produce una cosecha estéril. Deben ser advertidos los que ignoran los pecados de la carne, para que no se prefieran a los demás por la altura de su orden superior, cuando ignoran cuán mejor se actúa por los inferiores. Pues en el examen del justo juez, la calidad de las acciones cambia los méritos de los órdenes. Pues, ¿quién, considerando las mismas imágenes de las cosas, no sabe que en la naturaleza de las gemas el carbunco se prefiere al jacinto? Pero, sin embargo, el jacinto de color azul se prefiere al carbunco pálido; porque a aquel lo que le falta en el orden natural, se le añade en la belleza de la apariencia; y a este, que el orden natural había preferido, lo desfigura la calidad del color. Así, en el género humano, algunos en un orden mejor son peores, y algunos en un orden peor son mejores, porque estos trascienden la suerte del hábito extremo viviendo bien, y aquellos disminuyen el mérito del lugar superior al no seguirlo con sus costumbres.

CAPÍTULO XXIX [Al. LIII]. Cómo deben ser advertidos los que lamentan los pecados de las obras, y los que solo los de los pensamientos.

(Advertencia 30.) De manera diferente deben ser advertidos los que lamentan los pecados de las obras, y de manera diferente los que solo los de los pensamientos. Deben ser advertidos los que lamentan los pecados de las obras, para que los males consumados sean borrados por lamentos perfectos, no sea que se vean más atados en la deuda de la obra perpetrada, y menos paguen con lágrimas de satisfacción. Pues está escrito: "Nos diste a beber lágrimas en abundancia" (Sal. LXXIX, 6); para que la medida de cada uno beba en compunción de sus lágrimas tanto como recuerda haberse secado de Dios por las culpas. Deben ser advertidos para que incesantemente traigan a la memoria los pecados cometidos, y vivan de tal manera que no deban ser vistos por el juez estricto. Por eso David, cuando pedía, decía: "Aparta tus ojos de mis pecados" (Sal. L, 11), poco antes había dicho: "Mi delito está siempre ante mí" (Ibid., 5). Como si dijera: No pido que mi pecado sea visto, porque yo no ceso de verlo. Por eso el Señor dice a través del profeta: "Y no recordaré tus pecados, pero tú recuérdalos" (Isaías XLIII, 25, 26, según LXX). Deben ser advertidos para que consideren cada uno de los pecados cometidos, y mientras lloran la mancha de su error por cada uno, se purifiquen a sí

mismos y completamente con lágrimas. Por eso se dice bien a través de Jeremías, cuando se consideraban los pecados individuales de Judea: "Mis ojos derramaron ríos de lágrimas" (Lamentaciones III, 48). Pues derramamos aguas divididas de nuestros ojos cuando damos lágrimas divididas por cada pecado. Pues la mente no duele igualmente por todos al mismo tiempo; pero mientras ahora la memoria de este, ahora la de aquel pecado toca más agudamente, se purifica completamente por todos en cada uno.

85 Deben ser advertidos para que confíen en la misericordia que piden, no sea que perezcan por la fuerza de una aflicción desmedida. Pues el Señor no pondría ante los ojos de los pecadores los pecados que deben llorar, si quisiera castigarlos severamente por sí mismo. Es evidente que quiso ocultar de su juicio a aquellos a quienes, previniéndolos con misericordia, hizo jueces de sí mismos. Por eso está escrito: "Prevenimos el rostro del Señor en confesión" (Salmo 94, 2). Y por eso dice Pablo: "Si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados" (1 Cor. 11, 31). Nuevamente deben ser advertidos para que tengan confianza en la esperanza, pero no se adormezcan en una seguridad imprudente. Pues muchas veces el enemigo astuto, al ver afligida por su caída a la mente que ha engañado con el pecado, la seduce con las lisonjas de una seguridad perniciosa. Esto se expresa figuradamente cuando se recuerda el hecho de Dina. Está escrito: "Dina salió para ver a las mujeres de aquella región; y cuando la vio Siquem, hijo de Hamor el heveo, príncipe de aquella tierra, la amó, la raptó y durmió con ella, oprimiendo a la virgen con violencia; y su alma se apegó a ella, y la consoló con lisonjas" (Génesis 34, 1-3). Dina sale para ver a las mujeres de una región extranjera cuando cada mente, descuidando sus propios estudios, se preocupa por las acciones ajenas, vagando fuera de su hábito y orden propio. Siquem, príncipe de la tierra, la oprime, porque el diablo corrompe a la mente desprevenida en las preocupaciones exteriores. Y su alma se apegó a ella (Ibid.); porque la considera unida a él por la iniquidad. Y cuando la mente se arrepiente de la culpa y trata de llorar lo cometido, el corruptor evoca ante sus ojos esperanzas y seguridades vacías, para sustraerle la utilidad de la tristeza, y con razón se añade: "Y la consoló con lisonjas" (Ibid.). Pues a veces habla de las acciones más graves de otros, a veces de que lo que se ha hecho no es nada, a veces de un Dios misericordioso, a veces promete tiempo futuro para el arrepentimiento; de modo que, engañada por estas cosas, la mente se aparta de la intención del arrepentimiento; para que entonces no reciba ningún bien, cuando ahora no la entristecen los males; y entonces sea más plenamente abrumada por los castigos, cuando ahora incluso se alegra en los delitos. Por el contrario, deben ser advertidos aquellos que lloran los pecados de sus pensamientos, para que consideren cuidadosamente en el secreto de su mente si han pecado solo por deleite o también por consentimiento. Pues muchas veces el corazón es tentado, y se deleita por la malicia de la carne, y sin embargo se resiste a esa malicia por la razón, de modo que en el secreto del pensamiento se entristece por lo que le agrada, y le agrada lo que le entristece. Pero a veces la mente es absorbida por el abismo de la tentación de tal manera que no se resiste en absoluto, sino que sigue deliberadamente aquello por lo que es golpeada por el deleite; y si la oportunidad exterior se presenta, pronto consume sus deseos interiores con los efectos de las cosas. Si la justa consideración del juez severo lo observa, ya no es culpa del pensamiento, sino de la obra; porque aunque la tardanza de las cosas haya diferido el pecado hacia afuera, la voluntad lo ha cumplido interiormente con la obra del consentimiento.

En el primer padre aprendimos que de tres maneras perpetramos la malicia de toda culpa, a saber, por sugestión, deleite y consentimiento. 86 Primero, pues, se perpetra por el enemigo, en segundo lugar por la carne, en tercer lugar por el espíritu. Pues el insidioso sugiere lo malo, la carne se somete al deleite, y finalmente el espíritu, vencido por el deleite, consiente. Por eso la serpiente sugirió lo malo, Eva, como carne, se sometió al deleite, y Adán, como

espíritu, vencido por la sugestión y el deleite, consintió. Por la sugestión, pues, reconocemos el pecado, por el deleite somos vencidos, por el consentimiento también somos atados. Deben ser advertidos, por tanto, quienes lloran las malicias del pensamiento, para que consideren cuidadosamente en qué medida del pecado han caído, de modo que según la medida de la caída que sienten en sí mismos interiormente, también se levanten en la medida del lamento, no sea que si los males pensados los afligen menos, los lleven hasta las obras perpetradas. Pero entre estas cosas deben ser aterrorizados de tal manera que no sean quebrantados. Pues muchas veces el Dios misericordioso lava más rápidamente los pecados del corazón, cuanto más no permite que salgan a las obras; y la malicia pensada se disuelve más rápidamente, porque no está atada más estrictamente por el efecto de la obra. Por eso se dice correctamente por el salmista: "Dije, pronunciaré contra mí mis injusticias al Señor, y tú perdonaste la impiedad de mi corazón" (Salmo 31, 3). Pues quien sometió la impiedad del corazón, indicó que quería pronunciar las injusticias de sus pensamientos. Y al decir: "Dije, pronunciaré", y de inmediato añadió, "Y tú perdonaste"; mostró cuán fácil es el perdón sobre estas cosas. Pues mientras aún promete pedir, obtuvo lo que prometía pedir; de modo que porque la culpa no había llegado hasta la obra, la penitencia no llegara hasta el tormento, sino que la aflicción pensada limpiara la mente, que evidentemente solo la iniquidad pensada había manchado.

CAPÍTULO XXX [Al. LIV]. Cómo deben ser advertidos quienes no se abstienen de los pecados que lloran; y quienes, aunque se abstienen, no lloran.

(Advertencia 31). Deben ser advertidos de manera diferente quienes lloran lo cometido (De poen., dist. 3, c. Qui admissa plangunt), pero no lo abandonan; y de manera diferente quienes lo abandonan, pero no lo lloran. Deben ser advertidos quienes lloran lo cometido, pero no lo abandonan, para que sepan considerar cuidadosamente que se purifican en vano llorando, quienes se manchan malvadamente viviendo, ya que se lavan con lágrimas para volver limpios a las inmundicias. Por eso está escrito: "El perro vuelve a su vómito, y la cerda lavada al revolcadero del lodo" (Prov. 26, 11; 2 Ped. 2, 22). Pues el perro cuando vomita, ciertamente expulsa el alimento que oprimía su pecho; pero cuando vuelve al vómito, se carga nuevamente de aquello de lo que había sido aliviado. Y quienes lloran lo cometido, ciertamente confiesan la maldad de la que estaban malamente saciados y que oprimía lo más íntimo de su mente, pero al repetirla después de la confesión, la retoman. La cerda lavada en el revolcadero del lodo se vuelve más sucia. Y quien llora lo cometido, pero no lo abandona, se somete a una culpa de pena más grave (Eadem dist., c. 14, Qui admissa plangit); porque desprecia incluso el perdón que pudo obtener llorando, y como si se revolcara en agua lodosa, se hace ante los ojos de Dios incluso sus lágrimas sucias. Por eso está escrito nuevamente: "No repitas la palabra en tu oración" (Eclo. 7, 15). 87 Pues repetir la palabra en la oración es cometer después del llanto lo que nuevamente es necesario llorar. Por eso dice Isaías: "Lavaos" (Isa. 1, 16), "sed limpios" (Eadem dist., c. 15, Lavamini). Pues quien después del lavado no se cuida de ser limpio, quien después de las lágrimas no guarda la inocencia de la vida, se lava pero no es limpio, porque no deja de llorar lo cometido, pero vuelve a cometer lo que debe llorar. Por eso dice un sabio: "Quien se bautiza de un muerto, y lo toca de nuevo, ¿de qué le sirve su lavado?" (Eclo. 34, 30). Pues quien se bautiza de un muerto (Eadem dist., c. 16, Baptizatur), es quien se purifica con lágrimas del pecado; pero después del bautismo toca al muerto, quien repite la culpa después de las lágrimas.

Deben ser advertidos quienes lloran lo cometido, pero no lo abandonan, para que reconozcan que son semejantes ante los ojos del juez severo a quienes, al presentarse ante ciertos hombres, les adulan con gran sumisión; pero al retirarse, les infligen enemistades y daños con toda la atrocidad que pueden. Pues ¿qué es llorar la culpa, sino mostrar a Dios la humildad de su devoción? Y ¿qué es hacer el mal después del llanto, sino ejercer enemistades soberbias

contra aquel a quien había rogado? Como atestigua Santiago, quien dice: "Cualquiera que quiera ser amigo de este mundo, se constituye enemigo de Dios" (Sant. 4, 4). Deben ser advertidos quienes lloran lo cometido, pero no lo abandonan, para que consideren cuidadosamente que a menudo los malos se conmueven inútilmente hacia la justicia, así como a menudo los buenos son tentados sin culpa hacia el pecado. Pues se produce una medida interna de disposición maravillosa, exigida por los méritos, de modo que aquellos, mientras hacen algo bueno, que sin embargo no perfeccionan, confían con soberbia incluso en los males que perpetran plenamente; y estos, mientras son tentados por el mal al que no consienten, cuanto más titubean por debilidad, más fijan los pasos del corazón hacia la justicia por la humildad. Pues Balaam, al mirar las tiendas de los justos, dijo: "Muera mi alma con la muerte de los justos, y sean mis postrimerías como las de ellos" (Núm. 23, 10). Pero cuando pasó el tiempo de la compunción, dio consejo contra la vida de aquellos a quienes había pedido ser semejante incluso muriendo; y cuando encontró ocasión por la avaricia, de inmediato olvidó todo lo que había deseado para sí de la inocencia (Ibid., 24, 14). Por eso el doctor y predicador de los gentiles, Pablo, dice: "Veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado que está en mis miembros" (Rom. 7, 23). Pues ciertamente es tentado para que en el bien se fortalezca más robustamente por el conocimiento de su propia debilidad. ¿Qué es, pues, que aquel se conmueve, y sin embargo no se acerca a la justicia; este es tentado, y sin embargo la culpa no lo mancha, sino que se muestra abiertamente que ni los bienes imperfectos ayudan a los malos, ni los males inconclusos condenan a los buenos?

Por el contrario, deben ser advertidos quienes abandonan lo cometido, pero no lo lloran; no sea que consideren ya relajadas las culpas, que aunque no multiplican actuando, no purifican con lágrimas. Pues el escritor, si cesa de escribir, porque no añade otras cosas, tampoco ha borrado aquellas que había escrito; ni quien inflige injurias, si solo calla, ha satisfecho, pues ciertamente es necesario que combata las palabras de la soberbia pasada con palabras de humildad sometida; ni el deudor está absuelto porque no multiplica otras, a menos que también pague aquellas que había contraído. Así también cuando pecamos contra Dios, de ninguna manera satisfacemos si cesamos de la iniquidad, a menos que también persigamos con lamentos contrarios los placeres que amamos. Pues si ninguna culpa de obras nos hubiera manchado en esta vida, de ninguna manera nos bastaría aquí aún viviendo nuestra propia inocencia para la seguridad, porque muchas cosas ilícitas asaltarían el ánimo. ¿Con qué mente, pues, está seguro quien, habiendo perpetrado iniquidades, es testigo de sí mismo de que no es inocente?

Pues Dios no se alimenta de nuestros sufrimientos, sino que cura las enfermedades de los delitos con medicamentos contrarios, para que quienes nos alejamos deleitados por los placeres, regresemos amargados por las lágrimas; y quienes caímos fluyendo por lo ilícito, también nos levantemos restringiéndonos de lo lícito; y el corazón que había llenado de insana alegría, lo queme la tristeza saludable; y lo que había herido la elevación de la soberbia, lo cure la abyección de la vida humilde. Por eso está escrito: "Dije a los inicuos, No obréis inicualemente; y a los delincuentes, No levantéis el cuerno" (Salmo 74, 5). Pues los delincuentes levantan el cuerno si no se humillan a la penitencia por el conocimiento de su iniquidad. Por eso se dice nuevamente: "Cor contrito y humillado, Dios no lo desprecia" (Salmo 50, 19). Pues quien llora los pecados, pero no los abandona, ciertamente contrita el corazón, pero desprecia humillarse. Quien ya abandona los pecados, pero no los llora, ya se humilla, pero se niega a contritar el corazón. Por eso Pablo dice: "Y esto erais algunos; pero ya habéis sido lavados, pero ya habéis sido santificados" (1 Cor. 6, 11). Porque ciertamente la vida más enmendada santifica a aquellos a quienes la aflicción de las lágrimas purifica por la

penitencia. Por eso Pedro, al ver a algunos aterrorizados por la consideración de sus males, los advirtió, diciendo: "Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros" (Hechos 2, 38). Pues al decir el bautismo, precedió con los lamentos de la penitencia, para que primero se infundieran en el agua de su aflicción, y luego se lavaran con el sacramento del bautismo. ¿Con qué mente, pues, quienes descuidan llorar las culpas pasadas, viven seguros de la venia, cuando el mismo sumo Pastor de la Iglesia creyó que a este Sacramento también debía añadirse la penitencia, que principalmente extingue los pecados?

CAPÍTULO XXXI [Al. LV]. Cómo deben ser advertidos quienes alaban lo ilícito de lo que son conscientes; y quienes condenándolo, sin embargo, no lo evitan.

(Advertencia 32). Deben ser advertidos de manera diferente quienes alaban lo ilícito que hacen; y de manera diferente quienes acusan lo malo, pero no lo evitan. Deben ser advertidos quienes alaban lo ilícito que hacen, para que consideren que muchas veces pecan más con la boca que con la obra. Pues con la obra perpetran lo malo solo por sí mismos; pero con la boca exhiben la iniquidad a tantas personas como mentes de oyentes enseñan al alabar lo malo. Deben ser advertidos, pues, para que si disimulan erradicar lo malo, al menos temen sembrarlo. Deben ser advertidos para que les baste su propia perdición. Nuevamente deben ser advertidos para que si no temen ser malos, al menos se avergüencen de parecer lo que son. Pues muchas veces la culpa, cuando se oculta, se evita, porque cuando la mente se avergüenza de parecer lo que no teme ser, a veces se avergüenza de ser lo que huye de parecer. Pero cuando alguien perverso se da a conocer impudicamente, cuanto más libremente perpetra todo crimen, tanto más lo considera lícito; 89 y lo que sospecha lícito, en eso sin duda se sumerge más. Por eso está escrito: "Proclamaron su pecado como Sodoma, no lo ocultaron" (Isa. 3, 9). Pues si Sodoma ocultara su pecado, aún pecaría bajo el temor. Pero había perdido completamente las riendas del temor, que no buscaba ni siquiera las tinieblas para la culpa. Por eso está escrito nuevamente: "El clamor de Sodoma y Gomorra se ha multiplicado" (Gén. 18, 20). Pues el pecado con voz es culpa en acción; pero el pecado también con clamor es culpa con libertad.

Por el contrario, deben ser advertidos quienes acusan lo malo, pero no lo evitan, para que consideren cuidadosamente qué dirán en su defensa en el juicio estricto de Dios, quienes no se excusan ni siquiera ante sí mismos como jueces de la culpa de sus crímenes. Estos, pues, ¿qué otra cosa son sino pregoneros de sí mismos? Pronuncian voces contra las culpas, y se arrastran a sí mismos como reos con sus obras. Deben ser advertidos para que vean que ya es de la retribución oculta del juicio que su mente ve el mal que perpetra, pero no se esfuerza por vencerlo; para que cuanto mejor ve, tanto peor perezca, porque recibe la luz de la inteligencia, pero no abandona las tinieblas de la acción perversa. Pues cuando descuidan la ciencia recibida para ayuda, la convierten en testimonio contra sí mismos; y aumentan los castigos con la luz de la inteligencia, que ciertamente habían recibido para poder borrar los pecados. Pues cuando su malicia hace lo malo que juzga, ya degusta aquí el juicio venidero; para que cuando se guarda para los eternos suplicios, no esté aquí mientras tanto absuelta por su propio examen; y tanto más reciba allí tormentos más graves, cuanto aquí no abandona el mal, incluso el que ella misma condena. Por eso la Verdad dice: "El siervo que conoció la voluntad de su señor, y no se preparó, y no hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes" (Luc. 12, 47). Por eso el salmista dice: "Desciendan al infierno vivos" (Salmo 54, 16). Pues los vivos saben y sienten lo que se hace alrededor de ellos, pero los muertos no pueden sentir nada. Pues los muertos descenderían al infierno si perpetraran el mal sin saberlo. Pero cuando saben el mal, y sin embargo lo hacen, descienden vivos y miserables al infierno de la iniquidad, sintiendo y conscientes.

CAPÍTULO XXXII [Al. LVI]. Cómo deben ser advertidos quienes pecan por impulso repentino, y quienes pecan deliberadamente.

(Admonitio 33.) Deben ser amonestados de manera diferente aquellos que son vencidos por una concupiscencia repentina, y aquellos que están atados al pecado por consejo. Deben ser amonestados quienes son vencidos por una concupiscencia repentina, para que se den cuenta de que están diariamente en la batalla de la vida presente, y protejan su corazón, que no puede prever las heridas, con el escudo del temor diligente; para que teman las flechas ocultas del enemigo insidioso, y en esta lucha tan oscura se fortalezcan continuamente dentro de las murallas de su mente. Porque si el corazón se ve privado de la diligencia de la vigilancia, queda expuesto a las heridas, ya que el astuto enemigo golpea el pecho con más libertad cuanto más lo encuentra desprotegido por la coraza de la providencia. Deben ser amonestados quienes son vencidos por una concupiscencia repentina, para que dejen de preocuparse excesivamente por las cosas terrenales; porque mientras se enredan desmesuradamente en asuntos transitorios, no se dan cuenta de que son atravesados por las flechas del pecado. Por eso, a través de Salomón, se expresa la voz de quien ha sido golpeado y está dormido, diciendo: Me han golpeado, pero no me dolió; me han arrastrado, y no lo sentí. ¿Cuándo despertaré y volveré a encontrar vino? (Prov. XXVIII, 35). La mente, dormida por la falta de cuidado de su vigilancia, es golpeada y no siente dolor, porque así como no prevé los males inminentes, tampoco reconoce los que ha cometido. Es arrastrada y no lo siente, porque es llevada por las seducciones de los vicios, y sin embargo no se despierta para su propia protección. Desea despertar para volver a encontrar vino, porque aunque el sueño de la pereza la oprime en su vigilancia, se esfuerza por estar despierta para las preocupaciones del mundo, para estar siempre embriagada de placeres; y mientras duerme en aquello en lo que debería vigilar diligentemente, desea estar despierta en lo que podría dormir laudablemente. Por eso está escrito más arriba: Y serás como quien duerme en medio del mar, y como un piloto dormido que ha perdido el timón (Ibid., 34). Duerme en medio del mar quien, puesto en las tentaciones de este mundo, descuida prever los movimientos de los vicios que irrumpen como montones de olas inminentes. Y es como un piloto que pierde el timón cuando la mente, encargada de gobernar la nave del cuerpo, pierde el esfuerzo de la vigilancia. Perder el timón en el mar es no mantener la intención providente entre las tormentas de este siglo. Porque si el piloto sujeta el timón con diligencia, a veces dirige la nave contra las olas, a veces corta el ímpetu de los vientos en diagonal. Así, cuando la mente gobierna vigilante el alma, a veces supera y pisa unas cosas, a veces prevé y evita otras; para que, trabajando, someta las presentes y, previendo las futuras batallas, se fortalezca. Por eso se dice de nuevo de los valientes guerreros de la patria celestial: Cada uno con su espada sobre su muslo, por los temores nocturnos (Cant. III, 8). La espada se coloca sobre el muslo cuando la agudeza de la santa predicación doma la mala sugestión de la carne. Por la noche se expresa la ceguera de nuestra debilidad, porque lo que amenaza de adversidad en la noche no se ve. Por tanto, la espada de cada uno se coloca sobre su muslo por los temores nocturnos, porque los hombres santos, al temer lo que no ven, siempre están preparados para la intención de la batalla. Por eso se dice de nuevo a la esposa: Tu nariz es como la torre que está en el Líbano (Cant. VII, 4). Porque lo que no vemos con los ojos, a menudo lo prevemos por el olor. Por la nariz también discernimos los olores y los fetores. ¿Qué se designa, pues, por la nariz de la Iglesia, sino la discreción providente de los santos? Que también se dice que es como una torre en el Líbano, porque su discreta providencia está situada tan en alto que ve las batallas de las tentaciones antes de que lleguen, y se mantiene firme contra ellas cuando llegan. Porque lo que se prevé que sucederá, cuando se hace presente, se debilita en su fuerza; porque cuando

uno se prepara más contra el golpe, el enemigo, que se creía inesperado, se debilita por el hecho mismo de haber sido previsto.

Por el contrario, deben ser amonestados quienes están atados al pecado por consejo, para que consideren con prudencia que, al hacer el mal deliberadamente, encienden un juicio más severo contra sí mismos; para que una sentencia más dura los golpee cuanto más los atan las cadenas de la deliberación en el pecado. Quizás lavarían más rápidamente sus delitos con el arrepentimiento si hubieran caído en ellos solo por precipitación. Porque el pecado se disuelve más lentamente cuando se solidifica por consejo. Porque si la mente no despreciara de todas formas lo eterno, no perecería en el pecado por juicio. Esto, pues, es lo que diferencia a los que perecen por consejo de los que caen por precipitación, que cuando estos caen del estado de justicia pecando, a menudo caen también en el lazo de la desesperación. Por eso, a través del profeta, el Señor no reprende tanto las malas precipitaciones como los estudios de los delitos, diciendo: No sea que mi indignación salga como fuego, y se encienda, y no haya quien la apague, por la maldad de vuestros estudios (Jer. IV, 4). Por eso, de nuevo, dice airado: Visitaré sobre vosotros según el fruto de vuestros estudios (Ibid. XXIII, 2). Porque, por tanto, los pecados que se cometen por consejo difieren de otros pecados, el Señor no persigue tanto los hechos malos como los estudios de la maldad. Porque en los hechos a menudo se peca por debilidad, a menudo por negligencia, pero en los estudios siempre se peca con intención maliciosa. Por eso, con razón, se dice por el profeta de los hombres bienaventurados: Y en la silla de pestilencia no se sentó (Sal. I, 1). Porque la silla suele ser del juez o del presidente. Sentarse en la silla de pestilencia es cometer el mal por juicio: sentarse en la silla de pestilencia es discernir el mal por razón y, sin embargo, perpetrarlo por deliberación. Como si se sentara en la silla del consejo perverso, quien se eleva con tal altivez de iniquidad que intenta cumplir el mal incluso por consejo. Y así como los que están en la silla son superiores a las multitudes que asisten, así los pecados de aquellos que caen por precipitación superan a los pecados estudiados con esmero. Deben ser amonestados, pues, para que comprendan que quienes se atan al pecado incluso por consejo, con qué castigo serán golpeados, quienes ahora no son compañeros de los malvados, sino sus príncipes.

CAPÍTULO XXXIII [Al. LVII]. Cómo deben ser amonestados quienes cometen faltas pequeñas pero frecuentes, y quienes, evitando las pequeñas, a veces caen en las graves.

(Admonitio 34.) Deben ser amonestados de manera diferente quienes, aunque pequeñas, cometen frecuentemente acciones ilícitas; y de otra manera quienes se guardan de las pequeñas, pero a veces caen en las graves. Deben ser amonestados quienes, aunque en cosas pequeñas, frecuentemente exceden, para que no consideren tanto la calidad como la cantidad de lo que cometen. Porque si desprecian sus hechos al considerarlos, deben temerlos al contarlos. Las pequeñas gotas de lluvia llenan los profundos remolinos de los ríos. Y lo que hace la sentina creciendo ocultamente, lo hace la tormenta rugiendo abiertamente. Y son pequeñas las heridas que brotan en los miembros por la sarna, pero cuando su multitud ocupa innumerablemente, matan la vida del cuerpo como una sola herida grave infligida en el pecho. Por eso está escrito:

Quien desprecia lo pequeño, poco a poco cae (Ecli. XIX, 1). Porque quien descuida llorar y evitar los pecados pequeños, no cae de repente del estado de justicia, sino que cae todo en partes. Deben ser amonestados quienes frecuentemente exceden en lo pequeño, para que consideren cuidadosamente que a veces se peca peor en una falta pequeña que en una grande. Porque la falta mayor, al ser reconocida más rápidamente, también se enmienda más rápidamente; pero la menor, al ser considerada casi nula, se retiene peor y más seguramente en el uso. Por eso sucede a menudo que la mente acostumbrada a los males leves no teme los

graves, y llega a una cierta autoridad de maldad alimentada por las faltas; y tanto desprecia temer en las mayores, cuanto aprendió a no temer pecar en las menores.

Por el contrario, deben ser amonestados quienes se guardan de las pequeñas, pero a veces caen en las graves, para que se descubran a sí mismos cuidadosamente, porque mientras su corazón se enorgullece de las pequeñas que guardan, son devorados por el abismo de su propia altivez para perpetrar las mayores; y mientras se someten las pequeñas exteriormente, pero se hinchan interiormente por la vana gloria, la enfermedad de la soberbia vence su mente interiormente y la derriba también exteriormente por males mayores. Deben ser amonestados, pues, quienes se guardan de las pequeñas, pero a veces caen en las graves, para que no caigan interiormente donde creen estar de pie exteriormente, y según la retribución del juez estricto, la altivez de la menor justicia se convierta en camino hacia el abismo de una culpa mayor. Porque quienes, vanamente altivos, atribuyen a sus propias fuerzas la custodia de un bien mínimo, justamente abandonados, son abrumados por culpas mayores; y al caer, aprenden que no fue propio lo que mantuvieron, para que los inmensos males repriman el corazón que los mínimos bienes exaltan. Deben ser amonestados para que consideren que en las culpas graves se obligan con alta culpa, y sin embargo a menudo pecan peor en las pequeñas que guardan, porque en aquellas hacen lo iniquo, y por estas se ocultan a los hombres lo que son iníquos. Por eso sucede que cuando cometen mayores males ante Dios, es de abierta iniquidad; y cuando guardan pequeños bienes ante los hombres, es de santidad simulada. Por eso se dice a los fariseos: Coláis el mosquito, pero tragáis el camello (Mat. XXIII, 24). Como si se dijera abiertamente: Discernís los males pequeños, devoráis los mayores. Por eso son reprendidos de nuevo por la boca de la Verdad, cuando oyen: Diezmáis la menta, el eneldo y el comino; y dejáis lo que es más grave de la ley, el juicio, la misericordia y la fe. Porque no debe ser oído negligentemente que cuando dice que diezmáis lo mínimo, prefiere recordar lo último de las hierbas, pero sin embargo bien olorosas; para mostrar ciertamente que los simuladores, cuando guardan lo pequeño, buscan extender de sí el olor de la santa opinión; y aunque omiten cumplir lo máximo, sin embargo observan lo mínimo, que a juicio humano huele de lejos y ampliamente.

CAPÍTULO XXXIV [Al. LVIII]. Cómo deben ser amonestados quienes no inician el bien y quienes no completan lo iniciado.

(Admonitio 35.) Deben ser amonestados de manera diferente quienes no inician el bien, y de otra manera quienes no completan lo iniciado. Porque quienes no inician el bien, no deben primero construir en ellos lo que salubrementemente aman, sino destruir lo que neciamente practican. Porque no siguen lo que no han experimentado, a menos que primero descubran cuán perniciosas son las cosas que han experimentado, porque no desea levantarse quien ni siquiera sabe que ha caído; y quien no siente el dolor de la herida, no busca los remedios de la salud. Primero, pues, deben mostrarse cuán vanas son las cosas que aman, y entonces deben ser cuidadosamente enseñadas cuán útiles son las que omiten. Primero deben ver lo que deben evitar, y sin dificultad después conocerán que deben amar lo que evitan. Porque mejor reciben lo no experimentado, si de lo experimentado reconocen verdaderamente lo que oyen en la discusión. Entonces, pues, aprenden con pleno deseo a buscar los verdaderos bienes, cuando con juicio cierto descubren que en vano han retenido lo falso. Oigan, pues, que los bienes presentes, además de pasar rápidamente de la delectación, sin embargo, por su causa, permanecerán sin pasar a la venganza; porque ahora lo que agrada se quita a los que no quieren, y entonces lo que duele se reserva a los que no quieren en el castigo. Por tanto, deben ser salubrementemente aterrorizados por las mismas cosas que los deleitan nocivamente; para que, al ver la mente golpeada los altos daños de su ruina, se dé cuenta de que ha llegado al precipicio, retroceda su paso, y temiendo lo que amaba, aprenda a amar lo que despreciaba.

Por eso se dice a Jeremías enviado a la predicación: Mira que te he puesto hoy sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y destruir, y dispersar y disipar, y edificar y plantar (Jer. I, 10). Porque a menos que primero destruyera lo perverso, no podría edificar rectamente lo útil; a menos que arrancara de los corazones de sus oyentes las espinas del amor vano, ciertamente en vano plantaría en ellos las palabras de la santa predicación. Por eso Pedro primero destruye, para luego construir, cuando no aconsejaba a los judíos qué hacer ya, sino que los reprendía por lo que habían hecho, diciendo: A Jesús Nazareno, hombre aprobado por Dios entre vosotros, con virtudes y prodigios y señales que Dios hizo por él en medio de vosotros, como vosotros sabéis: a este, entregado por el determinado consejo y presciencia de Dios, lo matasteis clavándolo por manos de inicuos, a quien Dios resucitó, habiendo soltado los dolores del infierno (Hech. II, 22-24); para que, destruidos por el conocimiento de su crueldad, buscaran ansiosamente la edificación de la santa predicación y la escucharan tan útilmente. Por eso inmediatamente responde: ¿Qué haremos, hermanos? A quienes se les dice enseguida: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros (Ibid., 37, 38). Porque ciertamente despreciarían las palabras de edificación, a menos que primero encontraran salubrementemente la ruina de su destrucción. Por eso, cuando sobre Saulo resplandeció la luz celestial, no oyó ya qué debía hacer rectamente, sino qué había hecho mal. Porque cuando, postrado, preguntaba: ¿Quién eres, Señor? Se le responde de inmediato: Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues (Hech. IX, 4, sig., XXII, 8, sig.). Y cuando inmediatamente añadía: Señor, ¿qué me mandas hacer? Se le añade enseguida: Levántate, entra en la ciudad, y allí se te dirá qué debes hacer (Ibid.). Mira que el Señor hablando desde el cielo reprendió las obras de su perseguidor, y sin embargo no mostró inmediatamente qué debía hacer. Mira que la fábrica de su altivez ya había caído toda, y después de su ruina, humildemente buscaba ser edificado, y aunque la soberbia se destruye, las palabras de edificación se retienen; para que ciertamente el perseguidor inhumano, destruido por mucho tiempo, se levantara más sólidamente en los bienes, cuanto antes, completamente derribado, había caído de su error anterior. Quienes, pues, no han comenzado aún a hacer el bien, deben ser derribados primero de la rigidez de su perversidad, por la mano de la corrección, para que después sean levantados al estado de la recta operación, porque por eso cortamos el alto árbol del bosque, para levantarlo en el techo del edificio; pero sin embargo no se coloca inmediatamente en la fábrica, para que primero se seque su viciosa verdor, cuya humedad cuanto más se seca en lo bajo, tanto más sólidamente se levanta a lo alto.

Por el contrario, deben ser amonestados quienes no completan los bienes iniciados, para que consideren con cauta circunspección que, al no completar lo propuesto, también desarraigan lo que había sido comenzado. Porque si lo que parece que debe hacerse no crece con la intención diligente, también lo que había sido bien hecho decrece. En este mundo, la alma humana es como una nave que sube contra la corriente del río: no se le permite permanecer en un lugar, porque se desliza hacia abajo, a menos que se esfuerce por subir. Si, pues, la mano fuerte del operante no eleva los bienes iniciados a la perfección, la misma relajación de la operación lucha contra lo que se ha operado. Por eso se dice por Salomón: Quien es blando y disoluto en su obra, es hermano del que disipa su obra (Prov. XVIII, 9). Porque quien no ejecuta estrictamente los bienes comenzados, imita con la disolución de la negligencia la mano del que destruye. Por eso se dice al ángel de la Iglesia de Sardis: Sé vigilante, y confirma las cosas que están por morir, porque no he hallado tus obras completas delante de mi Dios (Apoc. III, 2). Porque, por tanto, sus obras no habían sido halladas completas delante de Dios, predice que las restantes, incluso las que estaban hechas, morirían. Porque si lo que está muerto en nosotros no se enciende a la vida, también se extingue lo que se tiene como aún vivo. Deben ser amonestados para que consideren que podría haber sido más tolerable no

tomar el camino recto, que, habiéndolo tomado, volver atrás. Porque si no miraran atrás, no languidecerían con torpeza en el estudio comenzado. Oigan, pues, lo que está escrito: Mejor les hubiera sido no conocer el camino de la justicia, que, después de haberlo conocido, volverse atrás (II Ped. II, 21). Oigan lo que está escrito: Ojalá fueras frío o caliente; pero porque eres tibio, y ni frío ni caliente, comenzaré a vomitarte de mi boca (Apoc. III, 15). Porque caliente es quien toma y completa los estudios buenos; frío es quien no inicia lo que debe completarse. Y así como del frío se pasa al calor por la tibieza, así del calor se vuelve al frío por la tibieza. Quien, pues, habiendo perdido el frío de la infidelidad, vive, pero no crece superando la tibieza para arder, sin duda, habiendo perdido el calor, mientras se demora en la tibieza nociva, actúa para enfriarse. Pero así como antes de la tibieza el frío está bajo esperanza, así después del frío la tibieza está en desesperación. Porque quien aún está en los pecados, no pierde la confianza de la conversión. Pero quien después de la conversión se ha enfriado, ha quitado la esperanza que pudo haber habido del pecador. Por tanto, se busca que cada uno sea o caliente o frío, para que no sea vomitado tibio; para que, ciertamente, o aún no convertido, ofrezca de sí mismo la esperanza de conversión, o ya convertido, arda en virtudes; para que no sea vomitado tibio, quien del calor que propuso, por torpeza vuelve al frío nocivo.

CAPÍTULO XXXV [Al. LIX]. Cómo deben ser amonestados quienes hacen el mal en secreto y el bien en público; y quienes lo hacen al revés.

(Admonitio 36.) Deben ser amonestados de manera diferente aquellos que hacen el mal en secreto y el bien en público, y aquellos que ocultan el bien que hacen, pero permiten que se piense mal de ellos públicamente por ciertos actos. Deben ser amonestados quienes hacen el mal en secreto y el bien en público, para que consideren cuán rápidamente pasan los juicios humanos, mientras que los divinos perduran con inmovilidad. Deben ser amonestados para que fijen los ojos de su mente en el fin de las cosas, ya que el testimonio de la alabanza humana pasa, pero la sentencia divina, que penetra lo oculto, se fortalece para una retribución eterna. Así, mientras anteponen sus males ocultos a los juicios divinos y sus obras rectas a los ojos humanos, el bien que hacen públicamente carece de testigo, pero lo que delinquen en secreto no carece de un testigo eterno. Ocultando sus culpas a los hombres y revelando sus virtudes, descubren lo que debería ser castigado y ocultan lo que podría ser recompensado. La Verdad los llama correctamente sepulcros blanqueados, hermosos por fuera, pero llenos de huesos de muertos (Mat. XXIII, 27), porque ocultan los males de sus vicios en su interior, pero con la demostración de ciertas obras a los ojos humanos, se halagan con el mero color de la justicia exterior. Deben ser amonestados para que no desprecien las obras rectas que realizan, sino que las consideren de mayor mérito. Pues juzgan muy mal sus buenas obras quienes creen que los favores humanos son suficientes para su recompensa. Cuando se busca la alabanza transitoria por una obra recta, se vende por un vil precio una cosa digna de retribución eterna. Sobre este precio recibido, la Verdad dice: "En verdad os digo, ya han recibido su recompensa" (Mat. VI, 2, 5). Deben ser amonestados para que consideren que, mientras se muestran perversos en lo oculto, pero ofrecen ejemplos de buenas obras públicamente, muestran lo que huyen de seguir, claman amar lo que odian, y finalmente viven para otros, pero mueren para sí mismos.

Por el contrario, deben ser amonestados aquellos que hacen el bien en secreto, pero permiten que se piense mal de ellos públicamente por ciertos actos, para que no, mientras se vivifican a sí mismos con la virtud de la acción recta, maten a otros en ellos por el ejemplo de una estimación errónea; para que no amen menos a sus prójimos que a sí mismos, y mientras ellos sorben el saludable vino, viertan un veneno mortal en las mentes que los observan. Estos, en

uno, ayudan menos a la vida de sus prójimos, y en otro, los gravan mucho, mientras se esfuerzan por hacer el bien en secreto y, con ciertos actos, sembrar ejemplos erróneos de sí mismos. Pues quien ya es capaz de pisotear la concupiscencia de la alabanza, comete fraude de edificación si oculta las buenas obras que realiza; y como quien lanza una semilla y retira las raíces que deben germinar, no muestra la obra que debe ser imitada. De ahí que en el Evangelio la Verdad dice: "Vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. V, 16). Donde también se pronuncia aquella sentencia que parece haber ordenado algo muy diferente, diciendo: "Cuidaos de no hacer vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos" (Mat. VI, 1).

¿Qué significa, entonces, que nuestra obra debe hacerse de tal manera que no sea vista, y sin embargo se ordena que debe ser vista, sino que lo que hacemos debe ocultarse para que no se nos alabe, y sin embargo debe mostrarse para aumentar la alabanza del Padre celestial? Pues cuando el Señor nos prohíbe hacer nuestra justicia delante de los hombres, inmediatamente añade: "Para ser vistos por ellos". Y cuando nuevamente ordena que nuestras buenas obras sean vistas por los hombres, inmediatamente añade: "Para que glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. V, 16). Así, mostró cómo deben ser vistas o no vistas, según el fin de las sentencias, para que la mente del que obra no busque que su obra sea vista por sí misma, y sin embargo no la oculte por la gloria del Padre celestial. Por lo tanto, a menudo sucede que una buena obra está oculta cuando se hace públicamente; y nuevamente está en público cuando se realiza en secreto. Pues quien en una obra buena en público no busca su propia gloria, sino la del Padre celestial, oculta lo que ha hecho; porque solo tuvo como testigo a aquel a quien quiso agradar. Y quien en secreto desea ser descubierto y alabado por su buena obra; y tal vez nadie vio lo que exhibió, y sin embargo lo hizo ante los hombres, porque llevó consigo tantos testigos en la buena obra como alabanzas humanas buscó en su corazón. Pero cuando una estimación errónea, en cuanto puede sin pecado, no se borra de la mente de los que observan, se ofrece culpa por ejemplo a todos los que creen en el mal. Por lo tanto, a menudo sucede que quienes permiten negligentemente que se piense mal de ellos, no cometen ninguna iniquidad por sí mismos; pero sin embargo, por aquellos que los imitan, delinquen más. De ahí que Pablo, al decir a quienes comen ciertas cosas impuras sin contaminación, pero que con su comida provocan escándalo de tentación a los imperfectos, dice: "Mirad que esta vuestra libertad no sea ocasión de tropiezo para los débiles" (I Cor. VIII, 9). Y nuevamente: "Y perecerá el hermano débil en tu conciencia, por quien Cristo murió. Así, pecando contra los hermanos y hiriendo su débil conciencia, pecáis contra Cristo" (Ibid., 11, 12). De ahí que Moisés, al decir: "No maldecirás al sordo", inmediatamente añade: "Ni pondrás tropiezo delante del ciego" (Lev. XIX, 14). Maldecir al sordo es denigrar al ausente y no oyente: poner tropiezo delante del ciego es hacer algo discreto, pero sin embargo ofrecer ocasión de escándalo a quien no tiene la luz de la discreción.

CAPÍTULO XXXVI [Al. LX]. De la exhortación que debe darse a muchos, para que así se ayuden las virtudes de cada uno, de modo que por esta no crezcan los vicios contrarios a las virtudes.

Estas son las cosas que el pastor de almas debe guardar en la diversidad de la predicación, para que con solicitud oponga medicinas adecuadas a las heridas de cada uno. Pero aunque es un gran esfuerzo servir a cada uno en particular con exhortaciones, y es muy laborioso instruir a cada uno sobre sus propios asuntos bajo la administración de una consideración debida, sin embargo, es mucho más laborioso dirigir a innumerables oyentes que sufren de diversas pasiones, con la voz de uno solo y con tanto arte debe moderarse la voz, para que, aunque los vicios de los oyentes sean diversos, se encuentre lo adecuado para cada uno, y sin embargo no sea diversa en sí misma; para que pase entre las pasiones con un solo curso, pero

al modo de una espada de doble filo corte los tumores de las cogitaciones carnales desde lados opuestos, de modo que se predique la humildad a los soberbios, pero sin aumentar el miedo en los tímidos, se infunda autoridad a los tímidos, pero sin que crezca la desenfrenada soberbia. Así se predique la solícitud de la buena obra a los ociosos y perezosos, pero sin aumentar la licencia desmedida de la acción en los inquietos. Así se ponga un límite a los inquietos, pero sin que los ociosos caigan en un letargo seguro. Así se extinga la ira en los impacientes, pero sin que crezca la negligencia en los remisos y apacibles. Así se encienda el celo en los apacibles, pero sin añadir incendio a los iracundos. Así se infunda la generosidad de dar a los avaros, pero sin aflojar las riendas de la prodigalidad en los pródigos. Así se predique la moderación a los pródigos, pero sin aumentar la custodia de las cosas perecederas en los avaros. Así se alabe el matrimonio a los incontinentes, pero sin que los continentes sean llamados de nuevo al lujo. Así se alabe la virginidad del cuerpo a los continentes, pero sin que la fecundidad de la carne sea despreciada en los casados. Así deben predicarse los bienes, para que no se fomenten los males desde el lado. Así deben alabarse los bienes supremos, para que no se desesperen los últimos. Así deben nutrirse los últimos, para que, mientras se creen suficientes, no se deje de tender a los supremos.

CAPÍTULO XXXVII [Al. LXI]. De la exhortación que debe aplicarse a uno que sufre de pasiones contrarias.

Y es un trabajo arduo para el predicador, en la voz de la predicación común, vigilar los movimientos ocultos y las causas de cada uno, y al modo de los luchadores girar con arte de lado a lado; sin embargo, se fatiga con un trabajo mucho más agudo cuando se ve obligado a predicar a uno que sirve a vicios contrarios. Pues a menudo alguien existe en una mezcla excesivamente alegre; pero sin embargo, de repente, una tristeza que surge lo deprime inmensamente. Por lo tanto, el predicador debe cuidar de tal manera que se borre la tristeza que viene del momento, sin aumentar la alegría que surge de la mezcla; y así se frene la alegría que surge de la mezcla, sin que crezca la tristeza que viene del momento. Este se ve agobiado por el uso de una precipitación desmedida, y sin embargo, a veces, la fuerza de un temor repentino lo impide de hacer lo que debe hacerse rápidamente. Aquel se ve agobiado por el uso de un temor desmedido, y sin embargo, a veces, en lo que desea, es impulsado por la temeridad de la precipitación. Así, en este, se reprima el temor repentino que surge, sin que crezca la precipitación nutrida durante mucho tiempo. Así, en aquel, se reprima la precipitación repentina que surge, sin que crezca el temor impreso por la mezcla. ¿Qué maravilla, entonces, si los médicos de las mentes observan estas cosas, cuando se moderan con tanto arte de discreción, quienes no curan corazones sino cuerpos? Pues a menudo un cuerpo débil es oprimido por una enfermedad inmensa, a la cual debe oponerse con ayudas fuertes, pero sin embargo, el cuerpo débil no soporta una ayuda fuerte. Por lo tanto, quien cura se esfuerza para que así se elimine la enfermedad superpuesta, sin que crezca la debilidad subyacente del cuerpo, no sea que la enfermedad desaparezca con la vida. Así, compone la ayuda con tanta discreción, que al mismo tiempo se opone a la enfermedad y a la debilidad. Si, por lo tanto, la medicina del cuerpo aplicada indivisiblemente puede servir de manera divisible (entonces es verdaderamente medicina, cuando por ella se socorre al vicio superpuesto, y también se sirve a la mezcla subyacente), ¿por qué la medicina de la mente, aplicada con una misma predicación, no puede oponerse a los males de las costumbres en diverso orden, que se lleva a cabo con tanta sutileza, cuanto trata de cosas invisibles?

CAPÍTULO XXXVIII [Al. LXII.] Que a veces deben dejarse los vicios más leves para que se eliminen los más graves.

Pero porque a menudo, cuando el mal de dos vicios irrumpe, uno es más leve, el otro tal vez oprime más gravemente; ciertamente, se socorre más rápidamente al vicio por el cual se tiende rápidamente a la destrucción. Y si no se puede restringir de la muerte cercana, a menos que también crezca lo que es contrario, debe ser tolerado por el predicador, para que por su exhortación, con moderación artística, uno se permita crecer, para que pueda retener al otro de la muerte cercana. Cuando hace esto, no exagera la enfermedad, sino que preserva la vida de su herido, a quien aplica el medicamento, para encontrar un tiempo adecuado para buscar la salud. Pues a menudo alguien que no se modera en la glotonería de los alimentos, ya está casi oprimido por los estímulos de la lujuria que lo supera, quien, temeroso de esta lucha, mientras se esfuerza por restringirse mediante la abstinencia, es fatigado por la tentación de la vanagloria: en quien ciertamente un vicio no se extingue en absoluto, a menos que se nutra otro. ¿Qué peste, entonces, debe ser perseguida más ardientemente, sino la que oprime más peligrosamente? Nunca debe tolerarse que por la virtud de la abstinencia crezca la arrogancia contra el viviente, para que no lo extinga completamente la lujuria por la glotonería. De ahí que Pablo, cuando consideraba a su oyente débil, o aún queriendo hacer cosas malas, o alegrándose de la retribución de la alabanza humana por la acción recta, dijo: "¿Quieres no temer a la autoridad? Haz el bien, y tendrás alabanza de ella" (Rom. XIII, 3). Pues no se deben hacer buenas obras para que no se tema la autoridad de este mundo, o para obtener gloria de la alabanza transitoria. Pero cuando consideraba que la mente débil no podía ascender a tal fortaleza, para evitar tanto la maldad como la alabanza; el predicador egregio, al amonestar, le ofreció algo y le quitó algo. Pues concediendo lo leve, sustrajo lo más grave; para que, como no podía levantarse para abandonar todo a la vez, mientras se le dejaba familiarmente en un vicio suyo, se le quitara sin esfuerzo de otro.

CAPÍTULO XXXIX [Al. LXIII]. Que a las mentes débiles no se les deben predicar cosas elevadas en absoluto.

Sin embargo, el predicador debe saber que no debe arrastrar la mente de su oyente más allá de sus fuerzas, no sea que, por así decirlo, mientras se tensa más de lo que puede, se rompa la cuerda de la mente. Pues las cosas elevadas deben ocultarse a muchos oyentes, y apenas revelarse a unos pocos. De ahí que la Verdad misma dice: "¿Quién crees que es el administrador fiel y prudente, a quien el señor ha puesto sobre su familia, para darles en su tiempo la medida de trigo?" (Mat. XXIV, 45; Luc. XII, 42). Pues por la medida de trigo se expresa el modo de la palabra, no sea que cuando se da algo incapaz a un corazón estrecho, se derrame fuera. De ahí que Pablo dice: "No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales. Como a niños en Cristo os di leche para beber, no alimento" (I Cor. III, 1). De ahí que Moisés, al salir del secreto de Dios, vela su rostro resplandeciente ante el pueblo (Éx. XXXIV, 33), porque ciertamente no revela a las multitudes los secretos de la claridad íntima. De ahí que por él se ordena con voz divina (Ibid. XXI, 33), que quien cava una cisterna, si se niega a cubrirla, al caer en ella un buey o un asno, pague el precio; porque al llegar a las altas fuentes de la ciencia, cuando no cubre esto ante los brutos corazones de los oyentes, se hace culpable de pena, si por sus palabras se captura en escándalo una mente, ya sea pura o impura. De ahí que se dice al bienaventurado Job: "¿Quién dio inteligencia al gallo?" (Job XXXVIII, 36). Pues el predicador santo, mientras clama en este tiempo oscuro, canta como un gallo en la noche, cuando dice: "Ya es hora de que nos levantemos del sueño" (Rom. XIII, 11). Y nuevamente: "Despertad, justos, y no pequéis" (I Cor. XV, 34). Pues el gallo suele emitir cantos altos en las horas más profundas de la noche; pero cuando ya se acerca el tiempo matutino, forma voces pequeñas y tenues, porque ciertamente quien predica correctamente, clama abiertamente a los corazones aún oscuros, no indica nada de los

misterios ocultos, para que entonces escuchen las cosas más sutiles de los celestiales, cuando se acercan a la luz de la verdad.

CAPÍTULO XL. De la obra de la predicación y la voz.

Pero entre estas cosas, volvemos con el estudio de la caridad a lo que ya dijimos anteriormente, para que cada predicador resuene más con actos que con palabras, y imprima más con su buena vida las huellas a los seguidores, que mostrando con palabras por dónde deben caminar. Porque también este gallo, que el Señor toma en su locución para expresar la imagen del buen predicador, cuando ya se prepara para emitir cantos, primero sacude sus alas, y golpeándose a sí mismo se vuelve más vigilante, porque ciertamente es necesario que quienes mueven las palabras de la santa predicación, primero despierten con el estudio de la buena acción, no sea que, adormecidos en sí mismos por la obra, despierten a otros con la voz; primero se sacudan a sí mismos con hechos sublimes, y luego hagan a otros solícitos para vivir bien; primero se golpeen a sí mismos con las alas de las cogitaciones; descubran con investigación diligente todo lo que en ellos torpe inútilmente, lo corrijan con estricta animadversión; y entonces compongan la vida de otros hablando; primero se preocupen por castigar sus propios pecados con lágrimas, y luego denuncien lo que debe ser castigado en otros; y antes de que resuenen las palabras de exhortación, clamen con obras todo lo que van a decir.

CUARTA PARTE. CÓMO EL PREDICADOR, DESPUÉS DE HABER CUMPLIDO TODO DEBIDAMENTE, DEBE VOLVER A SÍ MISMO, PARA QUE NI SU VIDA NI SU PREDICACIÓN LO ENALTEZCAN.

Pero porque a menudo, mientras la predicación se difunde abundantemente de manera adecuada, el alma del orador se eleva en una alegría oculta por la exhibición de sí mismo, es necesario con gran cuidado que se muerda con el temor de la laceración, no sea que, al curar las heridas de otros y devolverlos a la salud, él mismo se hinche por negligencia de su propia salvación, no sea que al ayudar a los prójimos se abandone a sí mismo, no sea que al levantar a otros caiga. Pues para algunos, a menudo, la grandeza de la virtud ha sido ocasión de perdición; de modo que, cuando están desordenadamente seguros por la confianza en sus fuerzas, mueren inesperadamente por negligencia. Porque la virtud, al resistir a los vicios, el alma se halaga a sí misma con cierto deleite; y sucede que la mente del que actúa bien desecha el temor de su propia circunspección, y descansa segura en la confianza en sí misma; a la cual, ya adormecida, el astuto seductor le enumera todo lo que ha hecho bien, y la exalta en el pensamiento de su preeminencia sobre los demás. De ahí que, ante los ojos del justo juez, la memoria de la virtud sea el abismo de la mente; porque al recordar lo que ha hecho, mientras se eleva ante sí misma, cae ante el autor de la humildad. Por eso se dice al alma soberbia: "Cuanto más hermosa eres, descende, y duerme con los incircuncisos" (Ezequiel 32, 19). Como si se dijera abiertamente: Porque te elevas por la belleza de las virtudes, eres empujada a caer por tu propia hermosura. De ahí que, bajo la figura de Jerusalén, el alma que se enorgullece de su virtud es reprobada, cuando se dice: "Eras perfecta en mi belleza, que había puesto sobre ti, dice el Señor; y confiando en tu hermosura, te prostituiste en tu nombre" (Ezequiel 16, 14-15). Pues el alma se eleva por la confianza en su propia hermosura, cuando se gloria con alegre seguridad en los méritos de sus virtudes. Pero por esta misma confianza es llevada a la prostitución; porque cuando sus pensamientos engañan a la mente interceptada, los espíritus malignos la corrompen seduciéndola a través de innumerables vicios. Es de notar lo que se dice: "Te prostituiste en tu nombre"; porque cuando la mente abandona la consideración del supremo rector, busca inmediatamente la alabanza privada, y

comienza a atribuirse todo el bien que recibió para servir al elogio del dador; desea expandir la gloria de su propia opinión, se esfuerza por hacerse conocida como admirable para todos. Por lo tanto, se prostituye en su propio nombre, quien, abandonando el matrimonio legal del lecho, se somete al espíritu corruptor en el deseo de alabanza. De ahí que David diga: "Entregó a la cautividad su fortaleza, y su hermosura en manos del enemigo" (Salmo 77, 61). Porque la fortaleza es entregada a la cautividad, y la hermosura en manos del enemigo, cuando el antiguo enemigo domina la mente engañada por la elevación de la buena obra: aunque esta elevación de la virtud, aunque no la supere completamente, de alguna manera a menudo tienta también el ánimo de los elegidos; pero cuando el que ha sido elevado es abandonado, el abandonado es devuelto al temor. De ahí que David diga de nuevo: "Dije en mi abundancia, no seré movido para siempre" (Salmo 30, 7). Pero porque se hinchó por la confianza en la virtud, poco después añadió lo que sufrió: "Apartaste tu rostro de mí, y quedé turbado" (Ibid., 8). Como si dijera abiertamente: Me creí fuerte entre las virtudes, pero reconocí cuán grande es mi debilidad al ser abandonado. De ahí que diga de nuevo: "Juré y resolví guardar tus justos juicios" (Salmo 118, 106). Pero porque no era de sus fuerzas permanecer en la custodia que juraba, turbado encontró inmediatamente su debilidad. Por lo cual, de repente se dirigió a la ayuda de la súplica, diciendo: "He sido humillado en extremo, Señor; vivifícame según tu palabra" (Ibid., 107). A veces, sin embargo, la moderación suprema, antes de elevar a través de los dones, recuerda a la mente la memoria de la debilidad, para que no se hinche por las virtudes recibidas. Por eso, cada vez que el profeta Ezequiel es llevado a contemplar las cosas celestiales, primero es llamado hijo de hombre; como si el Señor le advirtiera abiertamente, diciendo: No te eleves en el corazón por lo que ves, considera cautelosamente lo que eres; para que cuando penetres en lo más alto, reconozcas que eres hombre, de modo que mientras eres arrebatado más allá de ti mismo, seas devuelto a ti mismo con el freno de tu debilidad. Por lo tanto, es necesario que cuando la abundancia de virtudes nos halaga, el ojo de la mente regrese a sus debilidades, y se presione saludablemente hacia abajo; no mire lo que ha hecho bien, sino lo que ha descuidado hacer; para que mientras el corazón es desgastado por la memoria de la debilidad, sea más sólidamente fortalecido en la virtud ante el autor de la humildad. Porque a menudo el Dios omnipotente, por eso, aunque perfecciona en gran parte las mentes de los Rectores, sin embargo, las deja imperfectas en alguna pequeña parte; para que cuando brillen con maravillosas virtudes, se consuman por el tedio de su imperfección, y no se eleven por las grandes cosas, mientras aún luchan contra las pequeñas; pero porque no pueden vencer las extremas, no se atrevan a enorgullecerse de los principales actos.

He aquí, buen hombre, impulsado por la necesidad de mi reprensión, mientras vigilo para mostrar cómo debe ser el Pastor, he pintado un hombre hermoso siendo un pintor feo; y dirijo a otros a la orilla de la perfección, mientras aún me revuelvo en las olas de los delitos. Pero en este naufragio de la vida, te ruego que me sostengas con la tabla de tu oración, para que, ya que mi propio peso me hunde, la mano de tu mérito me levante.